
Selección
TERROR
extra
BOLSILIBROS
TERROR
MAS ALLA
DEL MIEDO
Ralph
Barby

En el tiro había seis caballos negros, altos, extraordinariamente delgados, las costillas y las ancas se pronunciaban bajo la piel brillante y sobre sus cabezas oscilaban altas plumas negras.

Dentro del carro había un ataúd vacío, con la tapa quitada y colocada de lado.

El interior del féretro estaba forrado con satén negro.

Sobre el pescante, el cochero vestía también ropas de gran gala, pero ajadas por el tiempo, casi hechas jirones, como algunas de las cortinillas del fúnebre carruaje.

El cochero se volvió de pronto hacia la ventana y Antoine Mortemart tuvo un fuerte escalofrío. Tembló violentamente y comenzó a sudar, no podía dar crédito a lo que estaba viendo.

Aquel cochero tenía rostro de calavera. Era un macabro esqueleto, descarnado, y parecía sonreírle desde sus ojos fulgurantes en rojo, como si el fondo de sus cuencas estuviera rebosante de sangre.



Ralph Barby

Más allá del miedo

Bolsilibros: Selección Terror extra - 26

ePub r1.0

xico_weno 13.12.17

Título original: *Más allá del miedo*
Ralph Barby, 1983
Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2



Capítulo primero

—EL carro, el carro…

Las palabras salían oscuras de la boca de Louis Mortemart, casi ininteligibles, al tiempo que parecían envueltas en el celofán del miedo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Antoine a los pies de la cama.

Era un sesentón con el pelo canoso y problemas de audición. Puso en marcha el pequeño ingenio electrónico a pilas, aumentando el volumen.

La enfermera se les acercó. En tono bajo, dijo:

—Está muy grave. Es muy, muy viejo, aunque no, no…

—Sí, sí, la entiendo —asintió Antoine Mortemart—. Yo soy su nieto y parece que tenga más años que él, cosas de la vida. Mi padre se murió de puro viejo y él, vivo y en apariencia siempre bien, como de cuarenta años.

—Su aspecto exterior no es malo —dijo la enfermera—, pero por dentro está totalmente consumido.

—Ya me gustaría a mí estar como él a los ciento diecisiete años.

—Sí, ciertamente nadie diría que tiene tantos años —aceptó la enfermera mirando aquel rostro que si bien no era terso, tenía sólo las arrugas de un hombre maduro. Estaba muy lejos de la ancianidad.

—Abuelo, ¿cómo está tu abuelo?

Quien acababa de preguntar era Joana, que había entrado en la alcoba de grandes dimensiones. Allí había muebles antiguos, dos butacas de cuero ajado y las ventanas estaban cubiertas por cortinajes.

La cama tenía un dosel sobre el que el tiempo había depositado gran cantidad de polvo. Permanecer allí dentro era como viajar a otra época, Joana acababa de llegar de la universidad y su mundo era totalmente distinto al mundo que por el mobiliario y decoración

había en aquella casa.

—El carro, el carro pasa por delante de la casa…

Su nieto Antoine, que a su vez era el abuelo de Joana, se acercó a la ventana y, apartando las cortinas, miró hacia la calle que se hallaba al otro lado del pequeño y hostil jardín, umbrío por el muro, el alto enrejado y la gran profusión de hiedras y cipreses.

Los ojos cansados por una vida gris, oscura y sin horizontes de Antoine Mortemart, miraron sorprendidos más allá de los cristales, más allá de la oxidada reja.

Allí, en la calle, había un carro fúnebre, un carro grande, un carro que antes debía haber sido muy lujoso. Ahora, los dorados se hallaban descuidados, despintados, los crespones y cortinajes agrisados.

En el tiro había seis caballos negros, altos, extraordinariamente delgados, las costillas y las ancas se pronunciaban bajo la piel brillante y sobre sus cabezas oscilaban altas plumas negras.

Dentro del carro había un ataúd vacío, con la tapa quitada y colocada de lado.

El interior del féretro estaba forrado con satén negro.

Sobre el pescante, el cochero vestía también ropas de gran gala, pero ajadas por el tiempo, casi hechas jirones, como algunas de las cortinillas del fúnebre carruaje.

El cochero se volvió de pronto hacia la ventana y Antoine Mortemart tuvo un fuerte escalofrío. Tembló violentamente y comenzó a sudar, no podía dar crédito a lo que estaba viendo.

Aquel cochero tenía rostro de calavera. Era un macabro esqueleto, descarnado, y parecía sonreírle desde sus ojos fulgurantes en rojo, como si el fondo de sus cuencas estuviera rebosante de sangre.

—¡Qué horror!

—¿Qué pasa, abuelo? —preguntó Joana ante la exclamación de Antoine Mortemart.

—El carro, el carro fúnebre.

—¿Qué carro?

—El carro de los muertos.

—No lo veo. Además, ya no hay carros, son furgones, coches.

—Yo lo he visto, está ahí abajo.

El agonizante anciano que yacía en la cama comenzó a reír

lentamente.

—¿Qué sucede? —preguntó la fornida enfermera, mientras la carcajada lenta y profunda que moría en los cortinajes que la enjugaban se dejaba oír en aquella alcoba donde el tiempo parecía suspendido en el espacio junto con el polvo, las miasmas, la humedad.

—Nada, que mi abuelo está un poco nervioso.

—Sí, claro —admitió la enfermera. Acercándose al oído de Joana, le dijo—: Los ancianos, cuando ven la muerte cerca en otro ser también anciano, se ponen muy nerviosos. Hay que darles algún fármaco euforizante.

—¡Antoine, Antoine! —interpeló el agonizante Louis Mortemart—. ¡Tengo que ver a Pucel, tengo que ver a Pucel!

—¿Y quién es Pucel, abuelo? —preguntó algo nervioso Antoine.

—Pucel, el adivinador; Pucel, el temible. No quiero morir sin verlo. Cuidado con él, oídle sólo lo justo, cuidado con él…

—Pero ¿quién es Pucel? —insistió de nuevo Antoine.

—Se ha dormido —comunicó la enfermera.

—No estará muerto… —aventuró Antoine mirando a la enfermera.

—No, no, está dormido, pero avisaré al doctor. No me gusta su aspecto.

Joana inquirió:

—¿Y quién será ese Pucel?

—No lo sé, pero será mejor que lo averigües.

—¿Cómo?

—No lo sé. Búscalo, ya lo has oído, quiere verle, quizás ésa sea su última voluntad —dijo el viejo Antoine mirando hacia la ventana con recelo, como temiendo que por ella apareciera de un momento a otro el macabro cochero de la muerte.

Joana dio una mirada al agonizante y luego abandonó la alcoba.

Toda la mansión adolecía del maligno cáncer de la vejez, del paso de los años sin el debido mantenimiento.

Las paredes estaban empapeladas desde hacía tanto tiempo que colonias de insectos habían anidado tras ellos. A Joana no le agradaba aquella casa, pero era la de su familia.

La mayor parte de los miembros de la familia habían nacido allí excepto ella, que por exigencias de su madre había venido al mundo

en una clínica, un lugar aséptico que nada tenía que ver con la siniestra mansión de los Mortemart.

Tomó las guías de teléfono, buscó el nombre de Pucel y encontró media página completa. Los números colocados en columnas bailaron en sus retinas.

Buscar al hombre al que se había referido el viejo Louis iba a resultar una tarea farragosa, antipática y molesta, porque resultaba difícil explicarse ante un desconocido al que no se sabía bien qué decirle.

El timbre del teléfono la sobresaltó. De la gran casa se enseñoreaba un gran silencio, un silencio de panteón sólo roto por algunas contracciones y dilataciones.

La casa era muy antigua y sus muros de piedra la aislaban del fárrago exterior, del ruido continuo de los automóviles que circulaban al otro lado del muro también de piedra.

—¿Sí?

Escuchó atenta y pudo oír la voz de Adeline:

—Joana, ¿eres tú?

—Ah, Adeline —suspiró sin saber por qué, quizá porque había oído hablar demasiado de la muerte y ahora la sentía muy cerca, como pegada a sus ropas. Quizá notaba hasta su halo frío, aquel halo que hacía tiritar a sus presas hasta el momento justo de exhalar el último suspiro.

—Te estamos esperando.

—¿Cómo?

—¿Qué te pasa, Joana, has perdido la memoria?

—No, claro que no. Disculpa, es que… Bueno, luego te lo cuento.

—¿Vendrás?

—Adeline, es que… —dudó.

—Tenemos aquí unos ejemplares… —silbó admirativa y luego se echó a reír.

—Está bien, ahora voy; guárdame uno de esos ejemplares.

La joven quedó pensativa tras colgar el teléfono. Había demasiado Pucel, demasiados números, era una barbaridad pensar en llamarles a todos para ver cuál de ellos era el hombre al que se refería el abuelo de su abuelo, Louis Mortemart.

Tomó su anorak y un bolso, se puso un gorro de lana dejando

que su lacia cabellera negra cayera sobre su espalda y se dirigió hacia la puerta.

—¡Joana!

Se volvió hacia su abuelo, no necesitaba enfocarlo con sus ojos verdes para saber de quién se trataba. Su voz estaba impresa en su cerebro, también su forma de caminar, sus pasos cortos y más vacilantes de lo que era de desear.

—Voy a salir, me esperan.

—¿Has encontrado a, a…?

—¿Pucel?

—Sí, eso, a Pucel.

—No, la guía está llena de ese apellido. ¿Cuál de ellos es?

—No lo sé.

—¿Por qué no se lo preguntas cuando despierte? Será lo mejor. Si he de llamar a todos los Pucel de la guía me volveré loca y la factura del teléfono va a parecer la cinta de pago de la caja de un supermercado.

—Louis está muy mal.

—Desde que nací siempre he oído que era muy anciano, y la verdad es que tú pareces más viejo que él.

—Es que yo, yo no…

—¿No qué?

—Pues… —Vaciló y luego se volvió, como molesto—. No puedo decírtelo. ¿Qué más da que yo parezca más viejo que mi abuelo?

—Si yo pareciera más anciana que tú, ¿pensarías que es normal?

—No, claro, es que yo tengo mis sesenta y pico de años, mi aspecto es el lógico dentro de mi edad y tu aspecto también lo es a tu edad. En cambio Louis es distinto, él no ha envejecido.

—¿Fue a visitar a la doctora Ana Aslam? —preguntó con sorna.

—No te creas que mujeres y hombres como esa doctora a la que te refieres sólo los hay ahora, han existido en todas las épocas, lo que sucede es que según los tiempos en que han vivido han recetado unos productos u otros. Ahora les llamamos fármacos, antes pócimas e incluso invocaciones.

—Y pactos con el diablo, también. ¿No es ése el mito de Fausto y su diablo Mefistófeles?

—No te rías de estas cosas, Joana, no te rías.

—Bueno, me voy. Seguiré tratando de averiguar lo que pueda

sobre ese Pucel. Ah, si llama mamá, dile que repita la llamada a la noche.

Joana era la última de las descendientes que ostentaba el apellido Mortemart y aún lo llevaba como segundo apellido. Si ella tenía descendencia casándose, su hijo ya no llevaría el apellido Mortemart que moriría con ella misma.

Su abuelo sólo había tenido un descendiente, una mujer que era la madre de Joana.

Antoine Mortemart, quizás atendiendo siempre a las órdenes del patriarca de la familia, aquel anciano de ciento diecisiete años que yacía en la cama aguardando a que la muerte se lo llevara, había tratado de invertir los apellidos de Joana para que el nombre de Mortemart subsistiera, pero el padre de la muchacha, de fuerte carácter, se había opuesto a ello tajantemente. Éste en apariencia pequeño problema, había suscitado grandes tensiones en la familia hasta que un día aciago para Joana, su padre ya no regresó a la lúgubre mansión.

La joven montó en un ciclomotor y salió a la calle, mezclándose con los vehículos de la gran metrópoli. No parecía afectarle demasiado la agonía del anciano centenario Louis, estaba muy distante de ella en el tiempo, aunque fuera un familiar suyo vivo y convivieran en la misma mansión; entre ambos no existió jamás una corriente de simpatía, quizá porque Louis Mortemart siempre se había distinguido como un ser egoísta, preocupado sólo de sí mismo.

Se detuvo frente a un semáforo y otros automóviles se situaron junto a ella.

Uno de los conductores bajó el cristal de la ventanilla y comenzó a hablarle.

Joana, con el embrague prieto, dio gas a su pequeño motor para no oír lo que aquel tipo le decía, todo lo que hubiera deseado hacer con ella.

El semáforo cambió y ella escapó, sorteando a otros coches gracias a la maniobrabilidad de su vehículo de dos ruedas.

En el *pub* Les Sommeils le aguardaban sus compañeros tomando unas bebidas. Cuando llegó Joana, hablaban y reían.

—¡Eh, aquí está la desaparecida! —exclamó Adeline.

—Hola a todos. ¿Es que no podíais pasar sin mí?

—Adeline nos ha hablado tanto de ti que ahora que has llegado

mereces un recibimiento.

El hombre joven que acababa de hablar tomó una guitarra que tenía junto a él y comenzó a rasguearla. Los demás hicieron silencio.

—Cántale también, Maurice —pidió Adeline.

Los ojos verdosos de Joana se clavaron en el rostro alegre del joven que rasgueaba brillantemente la guitarra. Hubo aplausos cuando terminó y, con voz un tanto chillona, Adeline dijo:

—Es un profesional. Cuando menos lo esperemos, va a ganar más dinero que John Lennon.

Maurice replicó:

—Me gustaría ser tan bueno como Lennon, pero no tengo ninguna gana de que me maten a tiros.

—Y tú, Joana, ¿por qué has tardado tanto?

—Estaba buscando a un hombre.

—¿Es que nosotros no estamos aquí? —replicó rápido Nap, que era bajo de estatura y quizá por ello se hacía notar más, procurando ser gracioso.

—Estaba buscando a un tal Pucel.

Sin soltar la guitarra que había quedado sobre sus piernas, Maurice preguntó:

—¿Le conoces?

—No, me han pedido que lo encuentre. He buscado en la guía telefónica y he visto que hay muchos Pucel.

—Yo sé de uno que se llama Pucel.

—¿Ah, sí? —preguntó Joana, congratulándose de la familiaridad que tomaba su incipiente relación con Maurice, que aún era un desconocido para ella.

—Una tía mía hablaba mucho de él.

—¿Una tía tuya? —preguntó Nap—. ¿Y qué tal está tu tía?

—Tan vieja como su gato persa. —Maurice miró a Joana y añadió—: Quizá sea el mismo Pucel que tú buscas.

—La verdad es que no lo sé. Un familiar mío que está muy enfermo me ha dicho que quería verlo, pero se ha dormido antes de explicarme quién era ese Pucel.

—El que yo conozco es un catropomántico.

—¿Quéee? —inquirió Nap abriendo mucho los ojos.

—Adivina el porvenir a través del espejo; ya sabes, hay mucha

clase de adivinadores, desde los que utilizan las bolas de cristal a los que leen en el poso del café, en las líneas de las manos, etcétera. En este caso, Pucel es un hombre que lee el futuro de sus incautos clientes a través del espejo, y también utiliza otros medios. Por lo visto, es un personaje muy especial.

—¿Es un mago ese amigo tuyo?

Maurice, despreciativo, replicó:

—Yo no creo en los magos y tampoco es amigo mío. Sé dónde está, pero yo no lo he visitado jamás.

—¿Por qué no me haces el favor de llevarme hasta él?

Ante aquella pregunta que era una petición, Maurice miró al rostro de Joana.

—¿Quieres que te lleve a ver al catropomántico ése?

—Si se llama Pucel, sí, tengo que encontrarlo.

—Eh, que te lo estás ligando demasiado aprisa —protestó Vivi, que hasta aquel momento, si no había permanecido callada, había estado riendo.

—No lo entendéis —dijo Joana—. Un familiar mío, muy anciano, se está muriendo y pide ver a Pucel. Por lo visto, es un antiguo amigo suyo y, como está tan mal, no se puede explicar mejor. Yo tengo que encontrar a ese Pucel, si es que quiero que mi familiar vea cumplido su último deseo.

—Entonces, vamos. No sé qué será de ese tipo que visitaba a mi tía, pero vamos.

Maurice se levantó de su asiento, tomó la guitarra y cogió del brazo a la muchacha. Se volvió hacia Nap para decirle:

—Ya me dirás mañana lo que te debo de hoy —con el pulgar de la diestra, con la que a su vez sujetaba la guitarra, señaló la mesa repleta de vasos.

Maurice poseía una potente motocicleta de marca japonesa. Joana, al verla, expresó su admiración:

—Vaya moto, debe correr como una loca.

—Más o menos.

—Ese bicho vale mucho dinero, ¿eh?

—La compré de segunda mano y a plazos a un manager de músicos. Supongo que se la debió quitar a otro músico por cuestión de deudas.

—¿No temes que te la quiten a ti también?

—No, no creo, ya he pagado el primer plazo —rió levemente—. Anda, sube.

—Yo llevo la mía —dijo Joana, señalando su ciclomotor.

—No querrás ir con eso, ¿verdad? —preguntó él, colocándose el casco de protección—. Te seguiré, no voy a dejarlo aquí, tendría que regresar a buscarlo.

—Como quieras, tú me sigues.

—No corras mucho, te perdería.

—De acuerdo.

Se colgó la guitarra en bandolera y puso en marcha la potente máquina, que tronó como si fuera un coche deportivo.

Tras él, la joven pedaleó para que su ciclomotor repiqueteara y, después, ambos saltaron al asfalto. Él la vigilaba por los altos y espectaculares espejos retrovisores.

Joana conducía bien su ciclomotor, y aunque carecía de potencia y por tanto de velocidad, no perdió de vista a Maurice, al que seguía casi a rueda. Al fin, Maurice se detuvo tras subir el bordillo de una acera.

La muchacha hizo lo mismo y los dos motores fueron silenciados.

—¿Es aquí?

—Si —respondió Maurice, con el casco de protección en la mano y señalando hacia un establecimiento de paredes grises por el tiempo, la humedad y los humos.

La puerta estrecha resultaba hostil. A su derecha había un escaparate ventana el doble de ancho que alto. Tras el cristal, y sobre el fondo de una cortina roja, había unos libros expuestos, dos de ellos abiertos, colocados sobre antiguos atriles de madera y hierro. El polvo se acumulaba sobre ellos y nadie parecía preocuparse de limpiarlos.

Un rótulo apenas legible anunciaba la naturaleza del pequeño, oscuro y siniestro comercio en el que nadie parecía reparar: «LIBRERÍA HERMÉTICA».

Capítulo II

AL abrir la puerta comenzó a oscilar un móvil que dejó escapar su musiquilla de advertencia, tac, tac, tac…

Alzó sus ojos verdes y miró el extraño móvil que producía una musiquilla peculiar. Eran pequeños huesos muy duros y secos, colocados adecuadamente, y todos ellos pendían de una especie de plafón que era una calavera humana.

—Un poco macabro, ¿verdad? —inquirió una voz oscura y en tono tan bajo que sonó como un rumor de viento.

Se volvieron y descubrieron a un hombre alto, tan alto como el propio Maurice. Vestía de oscuro, un pardo casi negro y tenía el cabello canoso blanco amarillento, despeinado; ofrecía un aspecto pobre, de cabello débil y enfermo, cabello quizá ya muerto.

Llevaba una barba canosa y puntiaguda, de más de un palmo de larga, y sus ojos despedían un brillo de rescoldo.

—Sí, es muy extraño y macabro —admitió Joana.

—¿Buscaban algo, algún libro especial? —preguntó, con su voz oscura, una voz que no parecía humana.

—Usted adivina el futuro a través del espejo, ¿verdad? —preguntó Maurice para no hacer violenta la presentación de Joana.

—Sí, eso dicen, aunque no es el único medio.

—Alguien me contó que posee usted una calavera de asno que habla —dijo Maurice, con una sonrisa que podía tomarse como de burla.

—¿Desean verla? —preguntó el singular individuo, extraordinariamente huesudo—. Pues síganme.

Avanzaron junto a un largo mostrador y entre paredes repletas de libros, colocados en estantes de madera negra. Todos aquellos libros no parecían nuevos en absoluto y la impresión general era que aquel comercio se trataba de una librería de lance muy especializada.

El hombre les condujo a la trastienda donde había una especie de despacho.

Allí también había libros, pero estaban protegidos tras los cristales de los muebles que los contenían. Abundaban las imágenes representando al demonio; las había en madera, en hierro, en plata, marfil y también de hueso.

Sobre la mesa, dominada por una gran lámpara que como pie y base tenía un jarrón antiquísimo esmaltado con ideogramas orientales, que podían ser coreanos, japoneses o chinos, pues ellos no sabían distinguirlos, estaba la calavera de asno.

—Ésa es —dijo el librero, señalándola.

—Qué divertido —exclamó Joana.

—No es tan divertido —opinó Maurice—, es un elemento importante. ¿No es cierto que los antiguos magos judíos hacían hablar a estas calaveras?

—Sí, eso se dice, y no fueron los únicos. Los germanos y los lombardos también practicaban la kefalonomancia.

—¿Y dónde está el truco? —preguntó Joana, cogiendo la calavera para ver su interior.

De súbito, la mandíbula se abrió y le atrapó la mano dolorosamente para ella, haciéndola gritar de sorpresa, miedo y dolor.

El extraño librero cogió la calavera entre sus manos y de inmediato se aflojó la presión de las mandíbulas, soltando la mano de la joven y hermosa mujer.

En tono de reproche, Maurice preguntó:

—¿Ha transformado esa calavera de asno en un cepo?

El siniestro personaje volvió a depositar la calavera en el lugar de la mesa que ocupara hasta el incidente, mientras la muchacha se masajeaba la mano dolorida.

—¿No sería más prudente pensar que a ella no le agrada que la toquen? —inquirió el viejo, señalando la calavera.

—De todos modos, me parece una broma pesada —opinó Maurice.

—Ustedes han querido verla.

—No ha sido nada —dijo Joana, que no deseaba crear una tensión que consideraba negativa en aquellos momentos—. ¿Usted se llama Pucel?

—Así es, y usted debe ser la última de los Mortemart.

Quedó sorprendidísima, tanto que volvió su cabeza para mirar interrogante a Maurice.

—Yo no sabía cómo te llamabas —se excusó él.

—¿Cómo sabe usted que soy la última de los Mortemart?

—Yo sé muchas cosas, muchas.

—Ya te lo había dicho yo, Joana —rezongó Maurice—. Este hombre adivina hasta el pensamiento, lo que no sé es si con el espejo o con la calavera de asno.

Pucel no quiso oír las palabras de Maurice. Miró con sus ojos de lucecitas de rescoldo a la muchacha y le dijo:

—Está usted aquí porque Louis Mortemart ha dicho que desea verme. ¿No es cierto? —¿Ha estado usted en casa?

—No me he movido de aquí.

—¿Le ha llamado alguien por teléfono?

—No.

—Eso habría que comprobarlo —objetó Maurice.

—Usted mismo, no tengo teléfono —respondió, sarcástico.

—Y yo, buscando su dirección en la guía de teléfonos…

Maurice, un tanto molesto por aquella réplica que le había dejado fuera de juego, dijo:

—No le hace falta el teléfono, es evidente, porque lee el pensamiento.

—¿Y qué le digo a Louis Mortemart? —preguntó Joana.

—Nada.

—¿Nada?

—Sí, nada: ya le veré en su momento.

—Bien, se lo diré.

—No creo.

—¿Por qué?

—Sencillo, no va a despertar de su coma hasta que yo le vea.

—¿Cómo lo sabe?

—Mi querida amiga, no cesa usted de preguntar que cómo lo sé. Pues, por viejo; eso, por viejo.

—Yo no me creo que alguien sepa muchísimo más simplemente por ser viejo —objetó Maurice.

Pucel le miró para puntualizar:

—Ciertamente es como usted dice en muchos ancianos y eso es

porque sufren una degradación cerebral senil; pero el viejo que conserva bien su mente, no le quepa duda de que su sabiduría es muy grande.

—Louis Mortemart es muy anciano —dijo Joana.

—Sí, lo es, pero yo lo soy muchísimo más.

—No es posible…

—Duda demasiado de mis palabras, mi querida amiga. Venga a visitarme en otra ocasión y hablaremos de muchas más cosas; ahora, creo que la presencia de su compañero la condiciona. Por cierto, joven, tenga cuidado —dijo, encarándose con Maurice.

—¿De qué?

—Cuando pase un semáforo rojo la policía le multará, claro.

Les dio la espalda. Abrió una de las vitrinas y sacó un libro pequeño, de tapas negras con letras de plata. Se lo entregó a Joana.

—Arte de la adivinación —leyó ella—. ¿Es usted el autor?

—¿Qué más da? Guárdelo y léalo, es un obsequio.

Pucel se dirigió a la puerta dando por terminada la entrevista, y ambos le siguieron. Maurice lanzó una mirada a la calavera de asno y tuvo la impresión de que tenía vida propia, de que les estaba vigilando.

Volvió a sonar el macabro móvil de huesos, sujetos con finos cabellos trenzados de tres en tres.

Cuando se vieron en la calle, Maurice comentó:

—Tengo la impresión de que nos ha echado.

—Es que tú has sido un poco duro con él.

—¿Duro? Esa calavera podía haberte lastimado.

—Sí, no ha llegado a producirme una herida, pero me ha hecho daño.

—Seguro que ha metido un muelle de acero dentro.

—Sí, puede ser, pero yo creo en la magia.

—Bueno, las mujeres sois más crédulas para esas cosas, os gusta ver magia por todas partes y siempre andáis preguntando cuál es el signo zodiacal.

—¿Estás molesto? —inquirió, acercándosele hasta darle un beso en la mejilla.

—Bueno, con esa pequeña aspirina se me ha pasado; claro que me gustaría probar con un medicamento más fuerte.

—Tate, tate, otra vez será. —Fue hacia su ciclomotor—. Tengo

que ir a mi casa y contarle a mi familia que he encontrado a Pucel.

—¿Cómo puedo localizarte?

Ella le dio su número de teléfono y él lo anotó en una tarjeta. Luego, preocupado, inquirió:

—¿Es muy viejo es ese familiar tuyo?

—Pues —vaciló y, al fin, dijo—: Ciento diecisiete años.

—¿Quéee?

—Lo que has oído.

—¿Tan longevos sois en vuestra familia?

—No, sólo tiene esa edad el abuelo de mi abuelo; los demás parecemos mortales.

—¿Y cómo ha podido decir el librero que él tiene más años que tu pariente?

—No lo sé, pero yo le creo.

—Será porque estás acostumbrada a vivir con momias.

—Quizá, pero siempre nos resulta extraño, absurdo y hasta imposible aquello a lo que no estamos acostumbrados.

—Pues, la verdad, empieza a picarme la curiosidad, me gustaría ver a tu pariente. No he visto personalmente a nadie que pase de los ciento diez años de edad.

Maurice se quedó allí, quieto y a horcajadas sobre su poderosa motocicleta, mientras Joana se disolvía en el tráfico de la metrópoli.

El joven tenía la impresión de haberse equivocado en algo. Por otro lado, era consciente de que le había hecho un favor a la muchacha llevándola hasta Pucel. Había sido una auténtica casualidad, porque no era fácil localizar a aquel oscuro y siniestro personaje en una ciudad tan grande.

Volvió su rostro, ya oculto dentro del yelmo que usaban los jinetes del asfalto, y tuvo la impresión de que detrás de los cortinajes que protegían los cristales de la librería dos ojos de mirada penetrante le observaban. Y parecía absurdo, ya que los cortinajes eran espesos y oscuros y mal se habría de poder ver a través de ellos.

Capítulo III

COMO de costumbre, la cena se llevaba a cabo en la amplia cocina de la casa. Una larga ventana y una puerta daban a un patio posterior donde se erguía un castaño de alto tronco, con una gran copa que llegaba a cubrir la totalidad del pequeño patio.

Al otro lado del árbol se alzaban las paredes de ladrillo rojo de unos edificios de apartamentos de escaso valor y que habían condenado al patio a la eterna sombra, ahuyentando el sol. Quizá por ello el castaño había crecido más y más, cuando su crecimiento ya semejaba detenido. Sus hojas buscaban ansiosamente la luz directa del sol, un sol que en invierno, cuando aquellos edificios de apartamentos no existían y allí sólo había jardines, entraba por la alargada ventana de la cocina.

—De modo que el tal Pucel es un mago —rezongó el abuelo Antoine tras masticar lentamente el pedazo de carne guisada.

A la mesa sólo estaban Joana, el viejo Antoine y Andrea, una negra delgada y muy alta que atendía los quehaceres más básicos de la casa, sin preocuparse en demasía.

La enfermera se iba a su propio domicilio a comer y a cenar, y la madre de Joana vivía en un pequeño apartamento con un hombre con el cual no se había casado. Joana no había aceptado bien a aquel individuo, pero no opuso resistencia a que su madre tuviera su propia vida.

—Pucel adivina el porvenir y el pensamiento, lo sabía todo.

—¿Todo? ¿Qué es todo?

—Sabe que Louis está en coma y ha dicho que, cuando despierte, él estará aquí para hablarle.

—¿Y quién le avisará?

—No tiene teléfono, pero dice que lo sabrá.

—El abuelo Louis siempre ha tenido amistades muy extrañas.

—Pucel dice que es más anciano que el abuelo Louis.

—Imposible —manifestó Antoine Mortemart—, imposible —repitió—. Yo no he conocido a nadie más viejo que mi abuelo, y si lo comentáramos saldría hasta en la televisión.

—Pues Pucel asegura que es muchísimo más viejo.

—Miente —aseguró, categórico.

—A mí me da un poco de miedo ese anciano. Me ha regalado un libro.

—¿De magia?

—Sí, no lo he leído aún. Es de él, me refiero a que Pucel es su autor.

—Veremos si cumple lo que ha dicho.

—Tú crees que hay algo extraño en todo esto, ¿verdad?

—Es evidente.

—De niña nunca me había preguntado por qué el abuelo Louis, como todos le llamabais, vivía tantos años.

—Tiene un pacto con Satanás.

Joana se rió levemente.

—Abuelo, creo que si yo no hubiera vivido siempre en esta casa, si viniera aquí por primera vez, creería en fantasmas, espectros y demonios, pero…

—No crees en nada, ¿verdad?

—Sólo creo que el abuelo Louis tiene una salud muy especial. Lo que no comprendo es cómo ese Pucel dice que tiene más años aún. Se ve muy viejo, pero nadie le echaría más de ochenta años.

—Cuando se pasa de los ochenta, ya es muy difícil calcular la edad.

Antoine Mortemart estaba muy preocupado. Era evidente que temía la muerte del viejo Louis, el abuelo de los abuelos. Siempre se había dicho que tenía que morir, pero ahora era un suceso que tenía que producirse en plazo corto. El médico que lo visitaba había diagnosticado una consumición total de su cuerpo, pese a la apariencia externa que no dejaba de ser relativamente buena.

—Cuando lo veas me dirás si crees que miente.

—¿Te refieres a Pucel?

—Sí. ¿Qué es lo que más te preocupa, abuelo?

—No debería decírtelo.

—Pero me lo vas a decir, ¿verdad?

La miró.

—Eres muy joven aún.

—Los jóvenes no somos ahora tan jóvenes como podíais serlo en vuestro tiempo a la misma edad.

—Tu madre no ha llamado.

—Cuando sepamos algo más del abuelo Louis, le llamaremos nosotros.

—Bah, no le interesa el abuelo Louis. Tu madre no es como tú, yo os conozco bien. Tú eres mi nieta, pero ella es mi hija.

—¿Por qué cambias la conversación?

—Es que parece feo que esté preocupado ahora por la herencia.

—¿Acaso hay algo que heredar, no está hipotecada esta casa?

—Como vivienda no vale nada; como solar edificable, sí vale bastante, pero hay dos hipotecas y no una, de modo que cuando el abuelo Louis muera y no podamos pagar, los bancos se nos echarán encima. Subastarán la casa y algún constructor avispado la comprará para dinamitarla. No tardará en crecer aquí un feo bloque de apartamentos. —Puede que ese hipotético bloque de apartamentos sea feo, pero más fea es esta casa. No nos engañemos; aunque vivamos aquí dentro, esta residencia es fea y poco confortable. Recuperarla, acondicionarla, costaría demasiado dinero. Tiene habitaciones en las que no se puede ni entrar por peligro de hundimiento del suelo. Si las autoridades se enteraran de esto declararían la casa en ruinas.

—Eso sería funesto. Los bancos que tienen las hipotecas estarían contentísimos, porque al declararla en ruinas se nos echarían encima y se la quedarían.

—Entonces, ¿qué hay para heredar?

—Un palacete.

—¿Un palacete? ¿Estás seguro? Jamás he oído mencionarlo.

—El abuelo Louis no me ha dicho nunca nada de él, pero yo se lo oí comentar a mi padre en una ocasión y creo que llegó a verlo.

—¿Y dónde está?

—No lo sé.

—¿No será una ilusión tuya?

—Confío en que no.

—¿Crees que si hubiera algo más podríamos salvar la casa?

—Si te refieres a si encontramos el palacete o más dinero, te responderé que sí.

—Pero si el abuelo Louis no ha podido rescatar las hipotecas es que no posee nada.

—Él tiene una caja de caudales.

—Sí, la conozco.

—¿La has visto abierta alguna vez?

—No, nunca.

—Yo tampoco, pero creo que la clave está dentro de ella.

—¿Has intentado abrirla alguna vez?

Antoine Mortemart inclinó la cabeza, rehuyendo la mirada de Joana.

—No conseguí abrirla.

—Entonces, lo intentaste —dijo, más como una acusación que una pregunta.

—Sí, varias veces. También lo intentó mi padre e incluso tu madre.

—Entonces, ¿la única que no lo ha intentado he sido yo?

—Exactamente, tú no, que yo sepa; claro está que antes el abuelo Louis estaba muy entero y era muy difícil sorprenderle. El lleva la llave colgada de su cuello.

—¿Ahora lleva esa llave?

—Sí, pero está en coma, quizá muera pronto y no podrá impedir que se le quite la llave. —¿Con esa llave se puede abrir la caja?

—Con la llave y la clave cifrada, sí, pero yo no conozco la clave y si él muere sin decírnosla, tendremos que entregar la caja al juez tal como está.

—¿Al juez?

—Sí, él ordenará reventarla, verá lo que contiene y cómo se ha de repartir entre los herederos.

—Y tú, ¿qué piensas?

—Que sería mejor abrirla antes de que falleciera.

—¿Cómo?

—No lo sé, no soy ningún ladrón de cajas de caudales. La llave la podemos conseguir, pero no basta para abrir la caja, que tiene cuatro ruedas numeradas.

—¿Y si trajera a alguien capaz de abrirla?

—¿Alguien? ¿Un ladrón, acaso?

—Un amigo que trabajó en eso y sabe abrir cajas.

—¿Ha estado en la cárcel?

—No exactamente, estuvo en un reformatorio.

—Es arriesgado, ¿no crees?

—Nap es buena persona.

—¿Se llama Nap?

—Napoleón, pero le llamamos Nap. No es mal chico, ha tenido problemas pero no lo parece, siempre está de broma.

—¿Y qué pediría por hacer ese trabajo? Yo no tengo mucho dinero.

—Con invitarle a una cerveza creo que bastará.

—Bueno, no se trata de robar a nadie, pero el abuelo Louis está en coma y alguien tiene que abrir la caja para hacer frente a los gastos de su enfermedad. Me parece muy acertada tu sugerencia. ¿Cuándo crees que puede venir ese chico?

—No sé, quizá mañana.

—Cuanto antes, mejor. El abuelo puede morir de un momento a otro y mientras esté vivo no será un delito abrir esa caja, porque tenemos que cuidarle y hace falta dinero; lo malo será que si la abrimos después de que haya muerto podemos ir a la cárcel. —Entendido, le llamaré esta misma noche.

—Muy bien, quizá encontremos el secreto del palacete.

Joana no tardó en llamar por teléfono. No consiguió encontrar a Nap pero si a Adeline que, excitada, le preguntó:

—Cuenta, cuenta… ¿Cómo te ha ido con Maurice?

—Ni bien ni mal, me ha presentado a un viejo muy raro y luego nos hemos separado. —¿Nada más?

—Pero ¿qué querías?

—Bueno, has estado muy sosa.

—Estoy preocupada, tengo problemas familiares. Necesito ver a Nap.

—Esta noche estará en casa de Vivi.

—Ella no tiene teléfono. ¿Cómo podría avisarle?

—Pues yendo a verla. Oye, ¿y por qué no lo dejas para mañana?

—El tiempo corre en contra. En fin, gracias y adiós.

Colgó.

Su abuelo Antoine, que permanecía nervioso y vigilante, la vio prepararse para salir, vestida de oscuro.

—¿Te vas?

—Voy a buscar a Nap. ¿Y la llave?

—La tiene él colgada de su cuello.

—Quítasela.

—¿Ahora?

—Sí, mientras yo busco a mi amigo.

—De acuerdo, cuando vengas ya la tendré, pero no tardes.

—Haré lo que pueda.

Sacó su ciclomotor del estrecho, umbrío y hostil jardincito, si es que así podía llamarse la franja de terreno que separaba el muro de las paredes de la casa, y salió a la calle.

Los automóviles circulaban con sus luces encendidas, formando una gran caravana. Joana sabía que antes de que transcurriera una hora aquella caravana habría cesado y rodarían pocos vehículos.

No le agradaba ir en ciclomotor por la noche; en una ocasión había sido perseguida, acosada por un coche en el que viajaban unos delincuentes que llegaron a derribarla, sin consecuencias, y lo habría pasado mucho peor de no aparecer en aquellos momentos un patrullero policial. Sabía que circulando de noche se exponía a ese tipo de tropiezos.

Cruzó el río por el puente des Invalides. Vio brillar las aguas y al *bateaux mouche*, tristón, casi sin turistas, iluminando los bajos de los puentes. En las orillas del Sena, recubiertas de césped, no había parejas retozando. La hierba estaba mojada, hacía frío. Los clochards tiritaban encogidos sobre si mismos bajo los puentes, era una noche sin estrellas, una noche de frío y soledad para los que carecían de raíces.

La casa donde vivía su amiga era vieja, tan vieja como los demás edificios que se alzaban en la angosta calleja, sobre cuyo empedrado caían siglos de deterioro.

Por suerte para Joana, la puerta de la escalera cedió a su empuje. La cerradura estaba rota y desde hacía tanto tiempo que nadie de los que allí vivían recordaba haber tenido llave para abrirla, y tampoco nadie se preocupaba de repararla o colocar otra nueva.

Introdujo el ciclomotor en el pequeño vestíbulo de no más de cinco metros cuadrados y ajustó la ajada puerta de madera.

Allí no había alumbrado alguno. Hizo brotar la llamita de su encendedor de gas para orientarse y enfrentarse a los peldaños, excesivamente altos y con bordes de madera desgastada.

Debido a lo elevado de sus escalones, el edificio parecía más alto de lo que en realidad era. Olía a orín humano, a desagües sin sifón, a dejadez, a humanidad sin dinero.

Se enfrentó a la última y solitaria puerta.

Era la buhardilla, construida posiblemente para guardar los trastos de los primitivos inquilinos, y de ello hacía tanto tiempo que habían sido olvidados por sus descendientes. Ahora había sido vendida y no acondicionada como vivienda.

Hizo sonar el timbre mecánico, pues no era eléctrico. Había que hacer girar ciento ochenta grados una palometa de metal oscuro, con rapidez y energía, para lograr el efecto deseado.

Escuchó voces al otro lado de la puerta.

Joana se sentía nerviosa, como desamparada en aquel minúsculo rellano. No sabía por qué, pero tenía el temor de que surgiera una figura de entre las sombras y la atacara.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Vivi.

—Vivi, abre, soy Joana.

Se escuchó el ruido de un cerrojo, la puerta se abrió y se hizo la luz. Era débil, pero para el temor de Joana era la «luz».

—¿Qué te pasa, ha ocurrido algo?

Joana penetró en la buhardilla sin mirar a Vivi que estaba desnuda bajo una bata. Contrariamente a lo que cabía esperar, allí dentro no hacía frío, pero si mucha humedad. Una vetusta estufa de carbón estaba encendida e irradiaba un agradable calor que se esparcía por la pequeña vivienda.

—¡Soy un macho, un macho prepotente, tengo dos hembras! —gritó Nap desde la cama.

—Cállate, idiota, que no puedes ni con una —le replicó Vivi.

—Necesito a ese sinvergüenza —dijo Joana, señalando al joven que asomaba su torso desnudo entre las sábanas.

—¿Lo ves, Vivi? Ya te lo he dicho, las hembras no podéis pasar sin mí, el magnífico entre los magníficos. ¿Qué quieres que te abra? —preguntó, mirando a Joana.

—Una caja de caudales —respondió ella, acercándosele.

—¿Una caja de caudales? —Parpadeó—. ¿Tan estrecha eres?

—No seas bruto —le reprendió Joana—. En mi casa hay una caja de caudales y necesitamos abrirla.

—Pues abridla.

—No es tan fácil. Tenemos la lleve, pero no la combinación.

—Oye, guapa, qué pretendes, ¿qué me encierren en la Santé?

—No, ya te he dicho que la caja de caudales es de la familia.

—Entonces no comprendo por qué no podéis abrirla.

—Porque el abuelo Louis, que es quien sabe la combinación, está en coma y no nos la puede decir.

—¿Y por qué no esperáis a que se reponga?

—Porque puede morir de un momento a otro y nos hace falta lo que hay dentro de la caja para poder atenderlo.

—Humm… ¿Y qué gano yo en esta operación? Ten en cuenta que aquí estoy con Vivi muy bien atendido.

—Pero, idiota, si ya has terminado tu tarea. Ahora, lo único que podías hacer es dormir —le replicó Vivi.

—Te daré una cerveza. ¿Vienes o no?

—¿Por una simple cerveza? ¿Te crees que estoy loco?

Vivi fue a por una jarra de agua, se acercó con ella a la cama y le amenazó:

—Está helada.

—¡Ya voy, ya voy!

—Iremos todos —resolvió Vivi—. Eso de asaltar una caja de caudales por la noche tiene su gracia.

—Pues podía esperarse a mañana —se quejó Nap.

—Quizá mañana el abuelo Louis esté muerto ya y hay que abrirla antes de que fallezca. —A eso le llamo yo abrir una caja a tumba abierta… ¿De veras va a diñarla tu abuelo?

—No es mi abuelo.

—Pero ¿no habías dicho…?

—Es el abuelo de mi abuelo.

—Pues sí que será viejo el tío. Y el nieto de tu abuelo, o lo que sea, ¿está conforme con que se abra esa caja? Te advierto que no me apetece que mis huesos se pudran en la cárcel.

A regañadientes, Nap se vistió y Vivi hizo lo propio.

Salieron de la casa.

Joana recuperó su ciclomotor y Nap fue en busca del viejo coche que tenía.

—Seguidme —pidió Joana abriendo la marcha con su ciclomotor, lo que les obligaba a rodar a una marcha reducida.

Se sintió mejor a bordo de su pequeño vehículo de dos ruedas

seguida por Nap y Vivi, pues así era más difícil sufrir algún ataque de los criminales de la noche.

Un automóvil policial, haciendo parpadear sus luces, les obligó a detenerse. Primero se dirigieron al coche de Nap, pues habían sospechado que pudiera estar siguiendo al velo motor con malas intenciones.

—Joana, diles que te acompañamos a tu casa —pidió Nap, que mostraba su documentación a los agentes que se mantenían exigentes y vigilantes al mismo tiempo.

—Así es —dijo Joana—. El abuelo Louis se está muriendo y vienen a ayudarme.

—Los papeles —le pidieron los policías, ceñudos y desconfiados.

—Sí, claro —aceptó Joana.

Cuando hubieron comprobado que todo estaba en orden, los agentes les dejaron proseguir su marcha, pero ellos les siguieron a su vez, como para comprobar que tomaban la ruta indicada.

Cuando Joana llegó ante la verja de su casa y la abrió con su llave, los policías continuaron su camino.

Nap estacionó su coche subiéndolo sobre la acera. Se acercó luego a Joana y, con un largo bufido, dijo:

—Menos mal que no les he contado que iba a abrir una caja de caudales.

—Vaya casa tiene tu familia —se asombró Vivi.

—No creas, no vale lo que piensas; está casi en ruinas y sería más caro repararla que derribarla y edificar otra nueva.

Vivi, que vivía en la caldeada pero repugnante buhardilla, no acababa de asimilar que aquel caserón, rodeado por una franja de tierra en medio de la gran ciudad, resultara inhabitable por muy viejo que fuera.

Vivi, a quien le costaba sus buenos francos el pago de su madriguera, pensó cuánto valdría aquel caserón; sin embargo estaba equivocada, porque los pobres, los miserables, pagaban más cara la vivienda, proporcionalmente a sus ingresos, que los más poderosos, y especialmente los poderosos que lo eran por herencia familiar.

—¿Joana?

—Ahí está mi abuelo Antoine.

—¿El que se muere?

—El que se muere es el abuelo Louis —contestó Joana a la pregunta de Nap, mientras se acercaba al anciano que descendía por la escalinata.

—¿Es éste el joven? —inquirió Mortemart, señalando a Nap con un gesto del rostro.

—Sí, soy yo —dijo él—. ¿Dónde está la caja?

—En el despacho.

—Entonces deme la llave y vamos —pidió Nap.

—¿La llave?

—Claro, la llave —reclamó Joana.

—Verás, es que…

—¿No la tienes, abuelo?

—No, no la he cogido aún.

—¿Por qué?

—Bueno, esperaba a que regresaras por si despertaba mientras —rezongó, evasivo.

—No te has atrevido, ¿verdad?

Antoine Mortemart rehuyó la mirada de su nieta. Vivi, un tanto divertida y deseando participar, inquirió:

—¿Puedo ayudar?

—Hay que quitarle al viejo la llave, la llave que cuelga de su cuello.

—No estará muerto —dijo Nap.

—No, no lo está.

—Mejor, sería un problema judicial que lo estuviera. Uno aprende muchas cosas cuando está a la «sombra».

—Yo le quito la llave: todo esto es muy divertido.

Al abuelo Antoine le pareció bien el ofrecimiento de la joven que había roto su descanso. Después del goce lúbrico en el lecho parecía muy despejada, tanto como si hubiera tomado un euforizante.

A Vivi le hubiera gustado que el anciano no fuera el abuelo de Joana sino un mayordomo, y que apareciera con un candelabro de varias velas en la mano en vez de verse alumbrados por las débiles bombillas colocadas en lámparas adosadas a la pared, sobre las desechadas instalaciones de gas.

Anduvieron por el espacioso corredor, cubierto en parte por una larga y raída alfombra cuyo color era imposible definir.

Entraron en una alcoba tenuemente iluminada por una lámpara con pantalla de pergamino. En el lecho con dosel completo y protegido por anacrónicos cortinajes yacía el agonizante.

Antoine Mortemart avanzó despacio, como temeroso de hacer ruido, un ruido capaz de despertar al moribundo que no parecía respirar.

—Parece muerto —observó Viví.

—Está vivo —dijo Antoine, con un ligero temblor en la voz. Había miedo en su garganta.

—Nadie lo diría, parece viejo pero no tanto —comentó la muchacha.

—Es un caso raro de la naturaleza. Creo que cuando muera se descompondrá por completo en pocos momentos, es como El retrato de Dorian Gray.

—¿Dorian qué?

—¿No ha leído la novela de Oscar Wilde en la que un hombre es pintado en un cuadro, luego lleva una vida disoluta y su vejez y sus pecados, en vez de reflejarse en su rostro, se reflejan en el retrato?

—No.

—Qué raro, porque la han hecho hasta en cine.

—No la he visto, debe ser muy antigua.

—Posiblemente.

—Debe estar peor por dentro, ¿no?

—Sí, pero no hablemos, puede despertar. Ahora quítele la llave.

—Y si despierta, ¿qué dirá?

—No puede decir nada, está en coma. Por la mañana vendrán la enfermera y la asistenta, hay que darse prisa.

—De acuerdo.

La muchacha apartó las ropas de la cama hasta la cintura del moribundo. Le abrió el pijama, desabrochándole dos botones, y apareció la llave colgada de una fina cadena de oro.

—Es una llave negra —observó Vivi.

—Démela.

—Qué prisa tiene. Huy, esto parece el robo a un cadáver.

—No es un cadáver.

—Pues lo parece, y yo trabajé un año como auxiliar de clínica.

Le quitó la llave, pasándole la cadena por la cabeza.

Dejó caer de nuevo la cabeza del moribundo sobre la almohada

y entregó la llave a Antoine Mortemart.

De súbito, Vivi sintió que unas garras atenazaban su cuello. Quiso gritar, pero los dedos que se cerraron en torno a su garganta se lo impidieron.

Antoine miró a la joven y vio las manos, los brazos del anciano Louis que hasta aquel momento había estado en coma. Acababa de despertar y sus manos, como tenazas de ultratumba, habían atrapado el cuello de la ladrona.

Vivi se debatió para escapar de aquellas garras, sin éxito.

Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos, parecía que de un instante a otro fueran a escapar de las órbitas quedando colgados de los nervios ópticos.

La boca estaba abierta y por ella asomaba una lengua que se amorataba por momentos. Toda la belleza de juventud que tuviera unos instantes antes había desaparecido.

Antoine tembló de arriba abajo y retrocedió dos pasos con la llave en su diestra.

Las angustiadas manos de Vivi se tendieron hacia él como suplicándole auxilio, ayuda, pero los dedos femeninos se crisparon en el aire mientras aquellas manos, que no parecían humanas, oprimían de tal forma su garganta que brotó la sangre por las comisuras de los labios mientras las rodillas se le doblaban y se desplomaba.

Vivi quedó muerta en el suelo, con los ojos abiertos a la desesperación, a las tinieblas Antoine miró a su abuelo. Eran dos ancianos. Toda la apariencia del paso del tiempo entre ambos. Los ojos del moribundo fulguraban y sus manos yacían ahora inertes, sin fuerzas a lo largo del cuerpo reseco.

—¡Maldito, maldito!

Antoine siguió retrocediendo como un niño espantado. Entonces, en la ventana que se hallaba cubierta por la espesa cortina, creyó ver una figura humana; era una sombra fantasmal que recordaba a un anciano alto y magro, de larga barba.

Dio la vuelta y salió corriendo.

Llegó jadeante a la escalera y la bajó trompicándose con los zapatos del pavor puestos. Hubo de agarrarse a la baranda para no caer rodando.

La puerta del despacho estaba abierta. Respirando fatigosamente

llegó hasta ella, deseó gritar pero no lo hizo.

Logró controlarse y miró la llave. La terrible visión del asesinato de Vivi, las manos crispadas de la muchacha suplicándole auxilio, un auxilio que su cobardía le había negado, no se borraría ya de su mente.

—¿Trae la llave? —le preguntó Nap que estaba examinando la caja.

—Aquí está —respondió, apenas sin voz.

—¿Qué te ocurre, abuelo? —inquirió Joana.

—La escalera, he bajado aprisa…

—¿Y Vivi?

—Arriba, está arriba. —Y evitó dar más explicaciones.

—Esta caja es de primeros de siglo, muy pesada y muy grande, pero no es ninguna maravilla. No tiene alarma ni ningún tipo de defensa electrónica.

—¿Crees que podrás abrirla?

—No es que sea mala, pero ya tiene muchos años, es un modelo checoslovaco del diez. Posee unas buenas ruedas y está construida con excelente acero y en cantidad, pero teniendo la llave no será demasiado difícil. De todos modos, esta caja no tiene comparación con las modernas de alta seguridad —fue diciendo Nap, con tono de entendido. Pegó su oído a la caja y pidió—: No hagan ningún ruido.

Comenzó a hacer girar los números, derecha e izquierda, una y otra vez, sin despegar la oreja del metal, justo donde estaban las ruedas.

Joana lo observaba de cerca, Antoine Mortemart desde el umbral.

Nap semejaba haberse olvidado de ellos, su rostro se había transfigurado, parecía otra persona.

—Veamos…

Metió la llave, movió la manecilla palanca, pero la puerta de la caja no cedió.

—Habrá que probar de nuevo.

Volvió a insistir.

—¿Podrás? —le preguntó Joana.

—Sí, claro, a mí no se me resiste una caja de éstas, para otra haría falta la perforadora. Si me hubiera traído un estetoscopio de médico ya estaría abierta, pero me has cogido en pelotas y en la

cama, ¿qué más quieres?

—No te pongas nervioso.

Antoine Mortemart sintió una ráfaga de frialdad en su espalda y tuvo la impresión de que unos ojos se clavaban en su nuca. El miedo regresó a él, a su cuerpo, se metió en el tuétano de sus huesos.

En aquel momento hubiera deseado que se hiciera de día, ver el sol y estar en la calle, mezclado con la gente: pero todo era distinto.

Se volvió lentamente.

A muy corta distancia, descubrió a Vivi que le miraba con ojos desorbitados y una sonrisa sarcástica en la boca. El aire faltó en los pulmones de Antoine, se echó hacia atrás y su espalda golpeó contra la jamba de la puerta El terror se reflejaba en su rostro senil.

—Ah, Vivi…

Vivi se acercó al viejo Antoine y lo cogió por el brazo. El hombre tuvo la impresión de que una tenaza se cerraba en torno a sus carnes; aquella fuerza, aquel poder era impropio de la muchacha.

—Ya está —dijo Nap, jadeante y sudoroso por la tensión nerviosa. Giró la manecilla y la puerta se abrió—. ¡Qué horror! —exclamó.

Dentro de la caja de caudales aparecieron varias calaveras humanas y, en un estante superior, papeles y documentos, entre los que destacaba uno enrollado.

A Joana también le produjo una repugnante impresión ver aquellas calaveras amontonadas dentro de la caja de caudales. No cabía pensar que fueran falsas.

—Los documentos —exclamó Antoine, apartándose de Vivi, que continuaba en el umbral de la puerta.

Nap se volvió, miró a Vivi y parpadeó. Por un instante, sin llegar a pensarlo conscientemente, tuvo la impresión de que parecía una muerta, un cadáver resucitado.

—¿Te encuentras mal, Vivi? Parece que tienes sangre en la boca.

Vivi se chupó los labios mientras Joana tomaba los documentos enrollados y los tendía a su abuelo.

Antoine Mortemart, sin dejar de vigilar de reojo a Vivi, los examinó.

—Aquí están los títulos de propiedad del palacete Gehenna.

—Entonces, ¿existe?

—Sí, existe, aquí está la escritura de propiedad. Lo entregó Ange Noir Pucel.

—¿Pucel?

—Sí, eso dice aquí, y lo recibió Louis Mortemart Arc.

Joana, interesada, preguntó:

—¿Y dónde está ese palacete?

—Alsacia, pero no queda claro el lugar.

—¿Crees que se podrá encontrar?

—Si —asintió, vigilando a Vivi en todo momento.

Nap rebuscó entre los papeles que aún quedaban en la caja y dijo:

—No hay «pasta», están ustedes más pobres que las ratas, sólo tienen huesos.

—¿Qué harán ahí esas calaveras? —preguntó Joana, perpleja.

—Eso sólo puede responderlo el abuelo Louis —dijo Antoine Mortemart.

—Bueno, si no me das nada para beber, me largo —dijo Nap.

Antoine, señalando a Vivi, inquirió:

—¿Con ella?

—Claro, con ella.

—Pues gracias, gracias por todo.

—Luego quéjate de los amigos —le dijo Nap a Joana.

—Iré al frigorífico a ver qué encuentro.

—No te molestes. ¿Qué te parece si me llevo una calavera?

—No, no la toques —exigió Antoine.

—¿Qué, les gusta hacer magia o estudian medicina?

Nap no obtuvo respuesta.

—Vámonos —dijo Vivi.

Ésta, sin decir nada, siguió al muchacho.

Joana les acompañó hasta la calle, comenzaba a lloviznar otra vez. Regresó junto al abuelo y descubrió a éste rebuscando entre los otros documentos.

—Joana, es mejor que no te veas más con tus amigos.

—¿Cómo? Nos han ayudado y ya ves cómo les hemos pagado…

—Esa chica no es buena.

—¿Por qué dices eso, qué ha hecho según tú?

—Es mejor que no la veas más —insistió—, hazme caso.

—Te ha estado ayudando, abuelo.

—Es cierto, pero… Te ruego que no vuelvas a verla —le dijo, ocultándole lo ocurrido en la alcoba del moribundo y que difícilmente hubiera podido explicar.

Él mismo comenzaba a estar confundido, lleno de estupor, pero lo que si sabía es que no debía ver más a Vivi, aquella joven ya no era la misma, algo le había ocurrido. Hubiera jurado que había muerto, pero ¿quién iba a creerle? Le tomarían por loco.

Capítulo IV

LAS sienes parecía que fueran a estallarle, no había conseguido conciliar el sueño pese a haberlo intentado desesperadamente.

Se vistió y fue a la cocina donde Andrea, la negra senegalesa, había preparado el desayuno. Parecía de mal humor.

—¿Qué pasa, tampoco tú has podido dormir? —le preguntó Joana.

—He tenido una noche de pesadillas —confesó Andrea, volviendo hacia ella su rostro moreno, alargado e incluso hermoso para un blanco.

—Las pesadillas se pasan al despertar.

—He visto en sueños muchas calaveras humanas, supongo que eso debe ser culpa de mis antepasados tribales.

—Bueno, en todas partes hay calaveras.

—¿Usted cree?

—Sí. —Iba a añadir que en aquella misma casa, dentro de la caja de caudales, había calaveras, pero prefirió callarse.

A la cocina llegó *madame* Brouet, la enfermera. Andrea ya le tenía dispuesto el desayuno.

—Buenos días.

Sin soltar la taza que sostenía entre sus dedos. Joana preguntó:

—¿Cómo está el abuelo Louis?

—Sigue en coma. Tendré que llamar al doctor, lo mejor sería ingresarlo en el hospital, en la unidad de cuidados intensivos.

—No, él no lo quería. Después de todo, sólo seria para morir.

—Sí, claro, es muy triste pero se está muriendo sin remedio.

—Sí, es muy viejo el abuelo Louis. ¿Qué podría tomar para quitarme este horrible dolor de cabeza que tengo? No he dormido en toda la noche.

La enfermera sacó una cajita ocultando el nombre comercial. Hizo saltar dos pastillas junto a la cucharilla de Joana y le pidió:

—Tómese esto.

—¿Qué es?

—No importa, tómeselo y se sentirá mejor —insistió la enfermera, dispuesta a no revelar lo que le daba.

La joven tomó las pastillas y, sin más, se las tragó.

—En media hora o poco más se sentirá como nueva.

Joana tomó su ciclomotor y se dirigió a la escuda privada de decoración, donde pasó la mañana. Buscó a Adeline con la mirada y no la encontró. Asistían a las mismas clases, pero Adeline sólo apareció al término de la jornada.

—¿Qué te ha pasado, por qué no has venido a clase? La cromática oriental y sus simbolismos ha sido muy interesante.

—¿No lo sabes? —le preguntó Adeline.

—¿Saber, el qué?

—Nap.

—¿Qué ocurre con Nap?

—Ha muerto.

—¿Muerto? —Pestañeó como si una molesta arenilla acabara de introducirse en sus ojos.

—Lo han encontrado muerto junto a su coche, con la portezuela abierta. Ha sido horrible.

—¿Un asalto nocturno? —inquirió Joana, sintiéndose inmediatamente culpable, pues había sido ella quien le había arrancado de la cama para abrir la caja de caudales.

—Ven, ven conmigo y deja tu cacharro ahí.

Adeline la condujo al autoservicio. Allí estaban Maurice, Michel, al que hacía días que no veía, y la pelirroja Claire, siempre tan vivaracha y que en aquellos momentos estaba muy seria. La noticia de la muerte de Nap había afectado al grupo.

—Hola —saludó Maurice.

—Toma —le dijo Michael, entregándole el periódico.

Joana lo leyó ávidamente. En su rostro juvenil se reflejaron intensas emociones, mientras en torno suyo se oía la música de tenedores, cucharas, platos y vasos.

—Le han cortado la cabeza —musitó.

—Sí, la policía la está buscando, pero no ha aparecido —dijo Claire, que por lo visto estaba muy enterada de lo ocurrido—. Ha sido fácil identificarlo por el coche, la documentación y las huellas

dactilares.

—Pero ¿quién ha podido cometer esa monstruosidad? —inquirió Joana, buscando la respuesta en los ojos de sus amigos.

—Puede tratarse de un crimen ritual —respondió Maurice.

—¿Ritual? Pero ¿qué ritual?

—Cuando hay un crimen en la noche y la víctima muere a puñaladas, a tiros o a golpes, el asesino no le corta la cabeza y se la lleva consigo.

—Yo dudo que la policía encuentre al asesino —sentenció Michael desde detrás de sus gafas de grueso cristal.

Joana se preguntó a sí misma si debía decir algo respecto a lo sucedido por la noche; sin embargo, el hecho de haber abierto la caja de caudales debía mantenerse en secreto, pese a que nadie podía acusarles de nada, pues el abuelo Louis seguía vivo y no se le había quitado nada.

—Ahí llega Vivi —señaló Claire.

Joana estaba de espaldas a la puerta y hubo de volverse para verla. Vivi se hallaba pálida, excesivamente pálida, no había ninguna clase de alegría en su rostro.

—Seguro que lo sabe —musitó Claire—. Trae una cara…

—Hola a todos. ¿Sabéis lo de Nap?

Todos asintieron.

—Ha sido horrible. Me dejó en casa, se marchó y después…

—Cuando le dejaste tú, ¿le siguió alguien? —preguntó Joana.

—No, no vi a nadie —respondió Vivi.

Adeline opinó:

—La noche es mala para ir solo.

—Como éramos amigos de Nap, es posible que la policía nos interrogue —advirtió Michael.

—¿Quién de nosotros le cortó la cabeza a Nap? —soltó Claire de improviso.

—No hagas bromas con lo que ha sucedido —le pidió Joana, molesta.

Siguieron comentando el suceso. Comieron poco y después se fueron separando. Joana quedó junto a Maurice.

—Te ha afectado mucho la muerte de Nap, ¿verdad? —preguntó él.

—Sí.

—Vivi también me ha parecido muy demacrada.

—Ella fue la última en verle.

—La muerte es una constante entre los vivos que preferimos ignorar.

—¿Tratas de decirme que la muerte de Nap es algo natural?

—La muerte, sí; la forma de morir, no: claro que no.

—No me habías contado que tuvieras vena filosófica.

—Estudié algo de filosofía, pero lo dejé.

—¿Por la música?

—Bob Dylan pinchó mi computadora cerebral y tuve que cambiar.

—¿Bob Dylan, lo tienes como líder?

—Bueno, según dice el propio Dylan, no hay que seguir a los líderes, es peligroso, y yo en eso pienso como él.

—¿Has llegado en alguna ocasión a una encrucijada de decisiones sobre la vida misma, sobre el bien y el mal, sobre la muerte, sobre la magia?

—Si continúas, dirás sobre todo.

—Sí, así es —admitió ella con un breve suspiro.

Maurice adoptó una postura trascendente, no como sofisticación, sino porque estaba dispuesto a responder con su verdad y sabía que aquello era difícil.

—Solemos creer que hemos llegado a esa encrucijada cuando nos vemos acosados por muchos problemas, pero la verdadera encrucijada, la gran encrucijada, llega cuando menos lo esperamos y entonces hay que tomar la gran decisión.

—¿Tú has llegado a esa encrucijada?

—Creo que llegué a ella cuando dejé los estudios escolásticos, y casi diría cartesianos, para escoger la guitarra, la vida, los amigos, los viajes, el mundo.

—¿Y puedes vivir?

—Sí, publico cosas, entrevistas y libros.

—¿Libros también?

—Sí, con pseudónimo.

—¿Me dejarás leer alguno?

—Sí, claro. Lo que yo hago son libros de tipo divulgativo. Me voy a una biblioteca, tomo datos de aquí y de allá y al final compongo libritos divulgativos sin importancia, a precios

asequibles.

—De todos modos, me parece muy interesante.

—Tú tienes grandes problemas ahora, ¿verdad?

—Sí, mi familia no es una familia al uso, digamos que es un poco especial, y todo debido al abuelo de mi abuelo.

—¿De veras la agonía de ese personaje tan anciano influye tanto en ti?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque él es el núcleo de la raíz, el verdadero Mortemart: los demás sólo somos descendientes.

—¿Crees que la muerte de ese anciano, el abuelo de tu abuelo has dicho?

—Sí.

—¿Crees que su muerte será el advenimiento del apocalipsis en tu familia?

—Quizás, aunque parece estúpido pensar eso hoy en día, ¿verdad?

—Sí, un poco. Somos muchos los que pensamos que la familia no existe antes ni después del ente. La familia es el todo, porque en la tierra todos somos hermanos pese a las diferencias de razas y colores, porque si el color de una piel o el aspecto físico fuera suficiente para separar, cualquier ser que naciera distinto a sus hermanos, por alguna causa genética, debería ser considerado un «alien».

—Vuelve a salir tu vena filosófica.

—La única ayuda que puedo prestarte es pedirte que no te dejes aplastar por los cascos de los caballos del apocalipsis familiar. Si sufres por el veneno que destilan las raíces de ese pasado familiar, arráncalas, trasplántate tú misma aunque tus propias raíces sean débiles al principio.

—No es tan fácil lo que me sugieres. La familia es el ambiente y el ambiente condiciona, mediatiza. Mi cerebro está repleto de visiones, de olores, de palabras, de sensaciones táctiles, de miedos y alegrías, de consejos, y todo fue introducido minuto a minuto, hora a hora, día a día, año tras año, cuando yo carecía de defensas.

Maurice se levantó, invitándola a hacer lo mismo.

—¿Nos vamos?

Salieron a la calle. Joana había dejado su ciclomotor frente a la academia de decoración y no vaciló en montar a horcajadas sobre la poderosa «Yamaha» 650 de Maurice, sin preguntarle adónde iba a llevarla.

Sintió el poderoso temblor de la moto en sus muslos. Era muy silenciosa comparada con su ciclomotor, pero allí estaba la fuerza que la hacía sentirse viva.

Antoine Mortemart hacía sonar el móvil de huesos suspendidos de una calavera humana al entrar en la extraña librería que parecía anclada en una época pasada.

Respiró y olió el polvo del tiempo, las miasmas de una dimensión desconocida para él, una dimensión que intuía, porque algo de aquello estaba impregnado en la piel de su abuelo y junto a él había permanecido toda su vida, incapaz de iniciar una vida propia.

—Bienvenido al mundo de la sabiduría.

—¿La sabiduría? —repitió Antoine Mortemart, mirando al anciano de larga barba puntiaguda, piel casi pegada a los huesos, abundante cabellera canosa y ojos con color de rescoldo.

—La sabiduría no es del bien ni del mal, es nada más y nada menos que sabiduría. El mal o el supuesto bien está en el ser que la emplea. Además, el bien y el mal son subjetivos en el tiempo, en la sociedad que los condiciona. Lo que ahora es bien, dentro de un siglo puede ser mal y viceversa.

—No, no lo crea. Quienes proponen el mal, tienen que cambiar sus formas de tentación. No juzgue por su propia vida, por los valores que le han dictado. Ha habido muchos milenios de vida humana sobre este planeta antes de que usted naciera y habrá otros miles más, aunque parezca que el apocalipsis final está cerca.

—¿Y acaso no está cerca? —inquirió Antoine, siguiendo aquel juego de palabras.

—No, no está cerca. Está próximo el apocalipsis de cada persona o incluso de pequeños grupos o naciones enteras, pero no el de la humanidad total; yo no quiero el apocalipsis.

—¿Por qué?

—¿Usted si quiere el apocalipsis?

—No, no, pero usted… usted es distinto, ¿verdad?

Pucel sonrió por primera vez.

—Sí, somos diferentes —admitió.

—¿Usted es Ange Noir Pucel o uno de sus descendientes?

—Yo soy Ange Noir Pucel y usted ha venido aquí a saber, a inquirir sobre lo que desconoce, lo que yo puedo explicarle —le dijo, agravando su voz y llenándola de aire, un aire que semejaba ulular.

—Me han dicho que es usted adivinador.

—Una forma muy vulgar de llamar al oficio de profetizar.

—¿Es un profeta, acaso?

—Ustedes llaman profetas a quienes les profetizan bienes o males, pero siempre desde una posición determinada del bien.

—¿Existen profetas del mal?

—Naturalmente.

—¿Es usted uno de ellos, acaso?

Angel Noir Pucel le dio la espalda. Su chaqueta negra tenía un ligero brillo grisáceo. Anduvo entre los anaqueles repletos de libros que parecían de lance, casi todos ellos gruesos volúmenes encuadernados en auténtica piel, libros antiguos que ninguna editorial podría ofrecer. Antoine Mortemart le siguió, sabía que tenía que seguirle. Pasaron al despacho. Vio todos aquellos ídolos infernales colocados en vitrinas, en estantes, sobre la propia mesa.

—Esa calavera de asno puede decirle lo que desea saber.

—¿Una calavera de asno? ¿Pretende reírse de mí?

—Antoine Mortemart —comenzó a hablar la calavera, lenta y gravemente, como si las palabras salieran del interior de una gruta llena de estalactitas y estalagmitas—. Morirás antes que él.

—¿Él, quién es él?

—El hombre al que temes, el hombre al que temes.

—Es usted un magnifico ventrílocuo y supongo que la mandíbula de la calavera se mueve con algún truco a distancia.

—Si usted prefiere creerlo así…

—Yo, yo… —Titubeó, había miedo en sus labios. Tuvo que pasarse el dorso de su índice derecho por la boca para secarse. Era un gesto nervioso, un gesto de miedo.

—Lo que deseaba saber, ya lo sabe —le dijo Pucel—. Si quiere poner objeciones, hágalo, pero ni se llegará a convencer usted mismo.

—¿De qué le conozco, dónde le he visto antes?

—Yo soy conocido de todos y por todos, lo que ocurre es que algunos me reconocen enseguida y, otros, tardan más. Algunos no quieren reconocerme, pero…

—¿Usted le vendió la casa a mi abuelo?

—No vendí.

—Usted o un antepasado suyo vendió un palacete a un pariente mío.

—Fui yo, en realidad, pero le repito que no vendí.

—¿Ah, no?

—No, lo que hice fue ofrecer algo a cambio de…

—¿De qué?

—Eso que se lo explique su abuelo Louis.

—¿De veras es usted tan viejo?

—Más —dijo, riéndose por lo bajo.

Era más, mucho más que sospechas lo que sentía Antoine Mortemart hacia Pucel, pero estaba allí para averiguar algo concreto y tenía que enfrentarse a la verdad.

Una terrible pregunta saltaba a la punta de su lengua, pero cuando llegaba a los dientes, la mordía y volvía a engullirla. Miedo, cobardía. Había quien llegaba a creer que la sospecha era peor que la verdad misma, porque la incertidumbre resultaba imposible de soportar, pero se equivocaba; la verdad limpia, cruda y desnuda era mucho más terrible, y Antoine Mortemart lo intuía. Tenía pánico de encontrarse con ella en las manos, porque sabía que sería incapaz de soportar su quemazón.

Los labios volvieron a temblarle.

Mirar aquellas pupilas con color y brillo de rescoldo de hoguera le producía un terror infinito que estaba más allá del miedo. Gotitas de saliva asomaron a sus labios trémulos y volvió a secárselos con el dorso del dedo.

—Usted le vendió o le regaló, no importa en qué forma, un palacete llamado Gehenna.

—Se lo entregué a Louis Mortemart, a nadie más.

—Según las leyes, lo que sea de Louis Mortemart, al morir él pertenecerá a sus herederos una vez haya recibido sepultura.

—¿Y usted es el heredero, es lo que trata de decirme? —inquirió con una sonrisa sarcástica.

—Sí, yo soy el heredero. Hay más familia, pero yo soy el nieto y

no hay hijos vivos.

—¿De veras quiere heredar el palacete Gehenna?

—Sí, si es mi herencia.

—Quizá no me oponga.

—¿Que quizá no se oponga? —repitió, nervioso, en el mismo tono de pregunta—. Es que no puede oponerse. Según las leyes, la herencia es mía. El contrato de entrega del palacete Gehenna no estipula que sea sólo por un tiempo determinado. El sentido de la propiedad es eterno.

—Hay muy pocas cosas eternas, amigo mío —rezongó Ange Noir Pucel. Los puntos rojos y brillantes de sus ojos semejaron fulgurar más cuando añadió—: Yo soy eterno. Usted es sólo una prueba, un juego más para mí.

—No le entiendo, no quiero entenderle. Dígame, dígame dónde está el palacete; es muy difícil entender el documento de propiedad tal como está escrito.

—Oh, sí, claro que se lo diré; no faltaría más.

Se dirigió a unos anaqueles donde había libros de más de tres palmos de alto, libros pesadísimos que pertenecían a otros tiempos, a tiempos perdidos más allá de muchas generaciones.

Lo puso sobre un atril de hierro forjado, hierro negro que no conocía la soldadura y sí la fragua del herrero que había sabido batir los martillazos sobre la masa roja blanca del metal. Lo abrió y comenzó a buscar entre los mapas mientras los ojos de Antoine Mortemart seguían atentos, ávidos.

Capítulo V

ANTOINE MORTEMART, aparentemente más anciano de lo que en realidad era, subió pesadamente los escalones de la amplia escalinata que conducían a las habitaciones del piso alto.

La puerta de la alcoba del moribundo Louis estaba entreabierta.

Dentro permanecía encendida la lámpara, que se hallaba protegida por la sucia pantalla de pergamino. Años de suciedad, mugre y excrementos de moscas habían dejado su marca en ella.

El anciano Louis yacía tan quieto en su lecho de agonía que a Antoine le dio la impresión de que era ya un cadáver. La piel tenía una ligera coloración azulada. Los cabellos parecían tan débiles que, con sólo soplarlos, daba la impresión de que fueran a desprenderse del cráneo. Los brazos se estiraban a lo largo de la cama por encima de la colcha.

En la atmósfera flotaba un dulzón hedor a cadáver.

Louis Mortemart tenía los ojos cerrados y su boca había quedado entreabierta, pero algo destacó rápidamente a los ojos de Antoine: los dedos estaban manchados de sangre.

La sangre aterraba a Antoine, le aterraba desde la niñez, jamás había soportado su visión, y ahora aquellos dedos se veían manchados por completo, como si los hubiera introducido en una taza repleta de sangre.

Se acercó más. ¿A qué se debía aquella sangre?, se preguntó.

Cuando tuvo las rodillas casi pegadas a la cama, por encima de ella, al otro lado, pudo ver un zapato de mujer. Era un zapato de medio tacón, uno de aquellos horribles zapatos que solía calzar *madame* Brouet.

Rodeó la cama, aquella cama con dosel completo y una ingente cantidad de polvo sobre su toldillo, y la descubrió allí, tendida en el suelo junto a la cama, desmadejada, perdidos los zapatos.

—*Madame* Brouet —musitó.

Tenía los ojos abiertos, la boca desencajada, como si hubiera intentado gritar, desesperada e inútilmente. Su cuello estaba desgarrado y toda ella llena de sangre; había sangre por todas partes, como si hubiera sido atacada por una fiera salvaje, garras de felino o garras de águila o varano.

La piel de la garganta estaba rasgada, las venas destrozadas, los tendones partidos, los músculos rotos.

—No, no es posible —gimió.

Quedó quieto mirando el cadáver. Posó luego sus ojos en Louis, que parecía también un cadáver. Tuvo deseos de echar a correr, pero no podía dejar todo aquello como estaba, sabía que no podía. Si la policía llegaba no creería que un anciano moribundo hubiera cometido tan horrendo crimen; le culparían a él, seguro.

Despegó la raída alfombra del suelo y enrolló con ella el cadáver. Fue en busca de unas cuerdas y con ellas ató la alfombra con el cadáver de la enfermera dentro.

La cogió por los pies, que sobresalían de la alfombra, y tiró de ellos, porque carecía de la fuerza suficiente para levantarla con sus brazos.

Antoine Mortemart no podía cargar aquel cuerpo de mujer sobre sus hombros y siguió arrastrándolo hasta la escalera. Allí, el cadáver comenzó a ser descendido por los escalones, cada peldaño era un golpe macabro, top, top, top… La alfombra amortiguaba en parte los golpes, golpes que la cabeza de *madame* Brouet daba al descender cada escalón.

Al llegar a la planta, siguió arrastrándola.

Abrió una puerta por debajo de la escalera y se enfrentó con otra escalera más pronunciada, que descendió de espaldas sin soltar los tobillos de la muerta.

Colocó un pie en falso y cayó hacia atrás. Como si el cadáver hubiera de sostenerle, cerró sus dedos frenéticamente en torno a los pies ya fríos. Dentro de la alfombra, el cuerpo se le vino encima y ambos rodaron aparatosamente hasta llegar al suelo del sótano.

Una bombilla desnuda, de escasa potencia, les iluminaba.

—¡Aaaah!

Un grito de espanto brotó de su garganta al ver a cuatro o cinco dedos de su rostro el de *madame* Brouet, con la boca abierta, manchada de sangre y con los ojos abiertos, también sucios de

sangre.

La empujó violentamente lejos de sí. No podía resistir aquella mirada exangüe, de cadáver que había hallado una muerte violenta.

Se inclinó contra la pared y no supo si llorar o vomitar, sentía profundas arcadas.

El estómago le subía dolorosamente hasta la garganta y parecía que fuera a saltar por entre sus mandíbulas. Tenía que apretar los dientes como para impedir que el estómago se le escapara del cuerpo, un estómago blando, maloliente.

Sollozó tragando aire y produjo unos ruidos que asustaron a las mismísimas ratas, que al oírle chillaron de miedo y buscaron dónde esconderse en el enorme sótano donde habían agujeros y madrigueras en los que los roedores proliferaban.

Tardó en recuperarse y, cuando lo hubo conseguido, hizo un esfuerzo sobrehumano para reponerse, para enfrentarse a la realidad.

Se levantó y se dio cuenta de que un pie le fallaba dolorosamente. Lo que Antoine Mortemart no sabía era que, al paso de las horas, aquel pie iba a dolerle más, mucho más.

Cojeando, volvió a arrastrar el cadáver hasta enfrentarse con un viejo baúl, que abrió.

Dentro había ropa vieja y roída, ropa húmeda que hedía a colonias de hongos que Antoine Mortemart no podía ver bien en aquellos momentos.

Sacó toda la ropa que había allí dentro y cuando lo hubo hecho, empezó a introducir el cadáver de *madame* Brouet en el baúl.

Lo cubrió con aquella ropa maldita por el tiempo y cerró después, quedando afuera un buen montón de ropa que no serviría para otra cosa que para nidal de más ratas.

Cojeando dolorosamente, subió hacia lo alto. Cada peldaño era una puñalada en el tobillo y el dolor le subía por las piernas, por el tuétano del fémur, y se le clavaba hasta la pelvis.

Agarrado a la baranda, llegó a lo alto y cerró la puerta.

Llenó un cubo de agua y metió una toalla dentro de él. Después se enfrentó de nuevo con los peldaños, ahora de la gran escalinata.

Cuando llegó a lo alto el dolor era aún más intenso, más insoportable, pero no por ello dejó de avanzar después de jadear, de lamentarse en voz baja.

Llegó a la alcoba y se detuvo junto a la cama de su abuelo. Cayó de rodillas, no por adoración, sino porque no se sostenía más con su pie roto. Sudaba y hacía frío.

Sacó la toalla mojada y comenzó a limpiar la mano ensangrentada, aquellos dedos que para matar se habían transformado en garras. La boca de Louis Mortemart semejaba reírse de él.

Una vez le hubo lavado una mano, rodeó la cama y buscó la otra mano para lavarla. Después, con la toalla ya manchada de sangre, comenzó a limpiar el suelo. Olía a sangre, el agua hacía que aquel repugnante olor se intensificara, se notara más. El suelo se tiñó de oscuro.

Fue al lavabo, vació el agua en el retrete y volvió a llenar el cubo. Regresó a la alcoba y siguió limpiando bajo la mirada atenta de su centenario abuelo que le observaba desde detrás de sus párpados semicerrados, vigilado por aquella sonrisa tan sarcástica como macabra.

Hubo de hacer tres viajes más.

Dejó el cubo en el aseo y cuando salió de nuevo se agarró a la baranda, incapaz de sostenerse más sobre aquel pie roto. Fue entonces cuando lanzó un chillido de dolor, fue como si en aquel preciso instante las manos despiadadas de un verdugo le estuvieran quebrando malignamente todos y cada uno de los huesos del pie.

Y su chillido de dolor fue como un rayo que hirió toda la casa, resquebrajó su silencio y dio una puñalada de vida dentro de la muerte. Después, Antoine Mortemart cayó desplomado al suelo.

Capítulo VI

—¡ABUELO, abuelo!

Joana llegó junto al anciano caído y Maurice se puso rápidamente a su altura. Alzó el cuerpo del viejo y preguntó:

—¿Dónde puedo ponerlo?

—En su cama. ¿Qué le habrá ocurrido?

Maurice cargó con el cuerpo tras comprobar que vivía. Lo dejó tendido en su lecho y fue entonces cuando Antoine Mortemart abrió los ojos.

—¿Qué te ha pasado, abuelo?

—Me he caído y me duele mucho el pie, mucho —suspiró más que dijo.

Maurice le examinó el pie herido y dijo:

—Está hinchado, parece roto.

—Llamaremos al médico —propuso Joana.

—Aquí el médico no podrá hacer nada —opinó Maurice—. Mejor sería llevarlo directamente al hospital.

—No quiero quedarme en el hospital —protestó Antoine con voz débil.

—Por un hueso roto, lo echarán pronto a la calle.

—¿Y *madame* Brouet? —preguntó Joana.

—No sé, no la he visto —mintió.

Joana salió de la habitación y fue a visitar al abuelo Louis, el anciano entre los ancianos. Lo observó muy preocupada y luego regresó junto a su abuelo y Maurice.

—El abuelo Louis está muerto.

—No.

—Sí, yo lo acabo de ver.

—No, está letárgico, simplemente —puntualizó Antoine.

—¿Letárgico? —repitió Joana.

—Es una situación similar a la catalepsia —opinó Maurice—.

Jacques Delarme escribió en su Crapouillot que de cada quinientas personas enterradas en Francia, al menos una es sepultada viva, o sea que cada año se enterrarían unas mil personas vivas.

—¡Qué horror!

—Bueno, no creo que sea una cifra científica —admitió Maurice—, pero antiguamente sí eran muchas las personas enterradas vivas. Levantar la tapa de un ataúd es abrir la puerta del terror. Los médicos entierran sus errores, y sí otros médicos abren las tumbas no hablan de los errores de sus compañeros. Los ataúdes pobres, de escasa calidad y coloca dos en tumbas húmedas que saben de la lluvia y los rigores del clima, se pudren y ya nada se puede ver en ellos.

—Hablas como… como… —repitió Joana titubeante.

—Un filósofo macabro. No me hagas caso, sólo he querido decir que tu abuelo puede tener razón. No es bueno enterrar rápidamente a nadie, salvo que se compruebe muy bien que ha muerto. —Se volvió hacia el viejo Antoine, tendido en su cama, y le preguntó—: ¿Cómo sabe que el otro anciano, es decir su abuelo, está letárgico?

—Porque lo he visto y sé que está vivo.

—Y *madame* Brouet, ¿qué opina? —inquirió Joana.

—No sé, no la he visto —volvió a mentir el viejo.

Maurice preguntó.

—¿Puedo verlo?

—Sí, ven conmigo —le pidió la joven. Encarándose con su abuelo, le dijo—: Llamaremos a un taxi y te llevaremos al hospital para que te curen el pie.

Antoine Mortemart no dijo nada, tenía mucho que callar. Miedo, terror, cobardía, ansias de riqueza… ¿Cuántas cosas más cerraron su boca? Apenas los jóvenes hubieron desaparecido de la alcoba cuando tuvo la impresión de que frente a él, flotando en el espacio, veía claramente el rostro barbudo, con ojos de rescoldo, de Ange Noir Pucel.

—No, no, a mí no me lleves —le suplicó, secándose la boca.

Se escuchó una risa tenue, algo que podía confundirse con las contracciones físicas de una casa vieja que estaba prácticamente en ruinas.

—¿Qué te parece? —preguntó Joana.

Maurice inclinó su cabeza sobre Louis Mortemart.

El anciano continuaba quieto, como muerto, sus manos seguían mórbidas a lo largo del cuerpo. Maurice aplicó su oído al pecho del agónico y agitó la cabeza negativamente. Le abrió un párpado para verle las pupilas y luego se lo soltó.

—¿Qué opinas? —preguntó Joana.

—Tiene la pupila dilatada, pero el párpado vuelve a contraerse y no huele a descomposición por la nariz. Parece muerto, pero no tiene *rigor mortis*. No soy médico, pero me inclino a pensar que se halla en estado letárgico como ha dicho tu abuelo.

—¿Y su mente?

—Habría que aplicarle un electroencefalograma. ¿Por qué no lo ingresáis en una unidad de cuidados intensivos?

—Él se opuso a ello.

—Como queráis, pero aunque no esté muerto aún, está a las puertas de la muerte.

—La muerte es una cosa natural en todos los seres humanos.

—Comprendo, tú desearías que muriera en paz.

—Más o menos, todos tenemos derecho a morir en paz. Hallarse en su estado, sin posibilidad de recuperación, no es agradable para nadie.

—Si se queda aquí, en cualquier momento lo encontraréis muerto, pero si ésa es la voluntad de todos.

—A quien hay que ayudar es a mi abuelo Antoine.

—Lo llevaremos al hospital ahora mismo. Yo lo sacaré a la calle, y tú busca un taxi. Regresaron junto a Antoine Mortemart. Maurice lo cargó sobre su espalda y salieron a la calle cuando regresaba de la compra la senegalesa Andrea.

—Hemos de llevar al abuelo al hospital, se ha roto un pie al caerse por la escalera.

—¿Y *madame* Brouet? —preguntó la asistenta.

—No sé, no ha venido. De vez en cuando da una ojeada al abuelo Louis. Te puede parecer muerto, pero no lo está, sólo está letárgico. Si llega el médico, se lo dices, nosotros estaremos en el hospital y te llamaré desde allí.

En el hospital hicieron radiografías del pie herido e hinchado.

—Reduciremos la fractura dentro de unas horas, veremos si le baja la hinchazón. Si todo va bien, dentro de tres o cuatro días podrá regresar a su casa —le dijo el médico.

Joana se lo contó todo a su abuelo Antoine y éste torció el gesto.

—Quiero regresar a casa.

—No, hasta que tengas el pie enyesado.

—Tenía que hacer un viaje.

—¿Un viaje, tú, adónde?

—A Alsacia.

—¿Al palacete Gehenna?

—Sí.

—Pero si no sabemos exactamente dónde está.

—Ahora ya lo sé.

Maurice miró a Joana levemente interrogante.

—Puedo ir yo a verlo —sugirió.

—¿Tú sola?

—Bueno, si algún amigo me quiere acompañar en la excursión…

Maurice se ofreció de inmediato:

—Te llevaré en mi moto.

—Iremos más seguros —aprobó Joana.

—Me gustaría que llevaras una cámara y le sacaras fotografías. Con este maldito pie, tardaré algún tiempo en poder verlo.

—De acuerdo, haremos un informe completo sobre ese palacete. ¿Cuándo quieres que vaya?

—Cuanto antes, mejor.

—Ahora no puede ser —rebatió ella.

—¿Por qué no?

—Estás con el pie roto y el abuelo Louis…

—Yo estaré aquí varios días, no me haces falta, y Andrea cuidará del abuelo Louis; no eres tan imprescindible.

—Está bien, si no te soy tan imprescindible…

—Quiero saberlo todo de ese palacete. Hubiera ido yo personalmente, pero este maldito pie… —se lamentó, postrado en el lecho sin querer recordar lo ocurrido a *madame* Brouet y sin mencionar a Vivi y lo que había sucedido con ella.

—Entonces no hablemos más, me informaré sobre el lugar donde está ese palacete de la familia, porque sigue siendo de la familia, ¿verdad?

—Sí, ya lo he comprobado. Es del abuelo Louis, no cabe ninguna duda.

—Entonces dime exactamente dónde está.

Capítulo VII

ADELINE estaba entusiasmada con el proyecto de la excursión.

—Yo iré con mi coche y llevaré el video.

—¿El video? —preguntó Joana ante el ofrecimiento que acababa de hacer Michael, cuyos ojos sonreían tras sus gafas con gruesos cristales de miope.

—Sí, tengo una cámara que un amigo me compró en
Hong-Kong.
Ya sé que las hay mejores, pero es buena. Grabaremos una cinta y luego la pasaremos por una pantalla.

—Eso complacerá a tu abuelo, ¿no? —inquirió Maurice.

—Sí, claro que sí. Sois muy amables conmigo.

—Si consigo solventar un asunto de turnos —dijo Claire—, también iré.

—Magnifico —aprobó Michael—. Sólo falta Vivi.

—Tres mujeres y dos hombres —rezongó Adeline, un poco exagerada en su protesta. Joana había observado que Claire se inclinaba más por Michael y Maurice la atendía especialmente a ella. Adeline se quedaba un poco al margen y más si Vivi participaba también en el grupo de excursión.

—¿Por qué no le propones a otro muchacho que venga con nosotros? Lo pasaremos bien, seguro. Es un palacete de mi familia, pero imagino que estará totalmente vacío. Habrá que llevar emparedados y algo de bebida.

—Ya me buscaré a alguien.

—Yo me encargo de las bebidas —dijo Claire.

—Bueno, hay que repartir entre todos —dijo Maurice—. Yo haré el encargo de lo que me pidáis. Michael, ya compraré yo la cinta para el video, dime cuál prefieres. —¿Conoces algún sitio dónde te hagan descuento?

—Sí, claro.

—Oye, de paso, ¿por qué no te traes unas películas porno? Así, si tenemos un rato muerto nos lo pasamos bien.

—Eres un caliente —le reprochó Adeline—, y con esa cara de intelectual no lo pareces. Además, estás escuchimizado.

—No será tanto —intervino Claire, saliendo en defensa de Michael.

—Bueno, nos lo tomaremos como una salida campestre, aunque será un poco lejos.

—Mi coche corre lo suyo —dijo Michael—, aunque no tanto como la moto de éste —señaló a Maurice.

—Iremos todos y lo pasaremos muy bien —aprobó Adeline—; pero ¿y Vivi?

—No la he visto —dijo Joana.

—Yo tampoco —confesó Claire.

—El otro día la vimos en el restaurante, cuando la muerte de Nap. Me pareció muy afectada.

Nadie había visto a Vivi desde el último encuentro y no se le concedió ninguna importancia porque no se habían reunido en grupo.

—Ya pasaré yo a avisarla —se ofreció Adeline—. Mientras, buscaré a alguien más que quiera venir con nosotros.

—No te traigas un peso pesado —le objetó Michael—. Mi coche corre, pero no es un camión para llevar peso.

—René, sí; quizás René, se lo propondré a él.

—Es un gafe —objetó Claire con un mohín desdeñoso.

—Tonterías, es un chico calladito y muy inteligente.

—Entre los mongólicos, puede que lo sea —objetó Michael.

Adeline protestó:

—No os metáis con él.

—¿Te gusta? —inquirió Claire, a punto de soltar una carcajada.

—Le gusta a Vivi, lo sé. Además, René es un muchacho que promete y tiene coche.

—Es de su padre —le replicó Michael con cierta arrogancia—. A veces se lo presta y, otras, no.

—Pero es mejor que el tuyo y más nuevo.

—Bah, no será tanto. La última vez que lo vi, decía que lo tenía su padre en el taller, por algo seria. Tendrá averías en cantidad.

—Bueno, si acepta venir será mejor para todos. Lo que tú

quieres es más chicas para provocar a Claire y cuatro mujeres para dos hombres sería demasiado. Buscaré a René a ver si acepta venir.

—De acuerdo, pero es mejor que no se traiga los evangelios para recitárnoslos —rezongó Michael.

—Ese René, con la cara tan sombría que tiene y lo pesimista que es, debería haberse hecho reverendo o, por lo menos, haber ingresado en los *Haré Krishna*.

—¿Y le hubieran puesto esa cola de caballo que llevan, con el resto de la cabeza rapada? —se burló Michael.

—Lo que pasa es que René es muy inteligente y no queréis aceptarlo —protestó Adeline.

—¿Por qué no dejamos de discutir? —cortó Joana—. Os propongo algo interesante y degenera en una discusión.

—No hagas caso, Joana, yo no estoy enfadada —dijo Adeline.

—Ni yo —añadió Claire—. Si no discutiéramos, ¿cómo nos divertiríamos?

—Lo malo es que queréis convertir a René en el payaso del grupo —se quejó Adeline.

—Pues vaya payaso más sombrío —observó Michel, queriendo colocar su guinda impregnada de jugoso sarcasmo.

Siguieron opinando y replicándose entre sí.

Era un juego en el que participaban a sabiendas de que sólo servía para matar el tiempo. ¿De qué iban a hablar sino cuando estaban reunidos, de Jean Paul Sartre, de Nietzsche o de las teorías económicas de los Chicago boys?

No, no deseaban profundizar demasiado en nada, entre otras cosas porque siendo amigos, a medida que se profundizaba en cualquier tema, surgían y se acusaban las diferencias de criterio, hasta tal punto que llegarían a considerarse abismales.

Eran jóvenes y deseaban pasárselo bien. Alabarían la última puesta en escena de una obra de Samuel Beckett o Eugéne Ionesco y criticarían la última medida gubernamental, fuera quien fuese el que estuviera en la más alta magistratura.

Tenían derecho a la rebeldía, a la protesta, y siempre había por qué protestar, porque no había jóvenes que pudieran estar contentos, satisfechos y felices en todos los momentos de sus vidas.

Y si en algún reportaje televisivo salían jóvenes que pare cían felices, era sólo eso, un reportaje que había captado unos instantes

concretos de aquellas vidas en que todos, por estar en grupo, por hacer lo que deseaban hacer, tenían la necesidad de considerarse felices aunque no lo fueran.

La mesa de la cafetería quedó vacía.

Adeline marchó sola. Michael y Claire, juntos, y Joana subió a horcajadas en la potente «Yamaha» 650 de Maurice que la llevó a la residencia de los Mortemart como aún se la llamaba pomposamente.

Andrea, la negra senegalesa, delgada y de elevada estatura, estaba en la cocina sentada ante la mesa.

Tenía los ojos muy abiertos y daba la impresión de hallarse hipnotizada.

—¡Andrea. Andrea!

Joana casi la abofeteó para sacarla de su ensimismamiento.

Maurice le preguntó:

—¿Le pasa esto muchas veces?

—No la había visto nunca antes en ese estado.

—¡Joana!

—Al fin… ¿Te has dormido con los ojos abiertos?

—¿Qué me ha pasado?

—Tú dirás.

—No lo sé. Llegó ella…

—¿Ella, quién?

—Su amiga.

—¿Mi amiga? —inquirió Joana, frunciendo el ceño.

—Sí, Vivi.

—Ah, Vivi. —Miró a Maurice y comentó—: Con razón no estaba en la cafetería, me ha venido a buscar.

—Ha ido a ver al anciano señor.

—Comprendo. Como… como… —Iba a decir que Vivi le había quitado la llave de la caja del cuello, pero se contuvo, no era bueno que Andrea conociera aquellas intimidades—. ¿Y luego?

—Ha estado hablando conmigo.

—¿De qué, si es que puedo preguntarlo?

—No lo sé.

—¿No lo sabes, de veras? —prosiguió Joana su interrogatorio ante el silencio de Maurice.

—No, no lo sé.

—No habrás tomado algo, ¿verdad? Me refiero a alguna droga.

—No, no, yo no soy drogadicta. Alguna vez he fumado hierba, pero nada más, nada más. —Y pastillas, ¿has tomado pastillas?

—No, no. ¿Por qué me interroga así?

—Porque tenías un aspecto muy extraño cuando te hemos encontrado aquí.

Levantó su mirada alrededor y musitó:

—Esta casa me da miedo.

—Vamos, Andrea, tú nunca has sido asustadiza.

—Hay algo en la casa que no me gusta. Se lo digo en serio, Joana, no me gusta.

—Pues no sé, está como muy vieja y parece que hay rincones donde se esconde alguien que ríe.

—¿Se ríe, dices?

—Sí, se ríen, se ríen de una forma que me da miedo.

—Lo que oirás son los crujidos de la madera, de las paredes. Las casas siempre tienen ruidos inexplicables y más si la casa es vieja como ésta y no se le han hecho las reparaciones que necesita desde hace tanto tiempo que ni había nacido mi abuelo cuando debieron empezar a repararla.

—A mí no me gusta creer en fantasmas, Joana, no me gusta —repitió Andrea—, pero creo que aquí…

Joana le tapó la boca con la mano.

—Mejor no digas nada. Lo que tienes que hacer es divertirte un poco. El abuelo Antoine está en el hospital con el pie roto, tardará unos días en volver, y el abuelo Louis está arriba, muy mal, no hay que molestarlo en absoluto. Está como muerto, pero sin estarlo. —¿Y el doctor?

—Le telefonearé para que venga.

—¿Y *madame* Brouet?

—No sé, ya te he dicho que no sé dónde está. Si no vuelve, tendremos que contratar a otra enfermera, aunque no sé con qué dinero vamos a pagarle.

—Dinero, eso, dinero. ¿Cuándo me pagarán los tres meses que me deben?

—Pronto, pronto. Hay una propiedad que venderemos enseguida y a ti te pagaremos muy bien. A partir de la venta, todos viviremos mejor. Ahora, vete al cine. Toma estos francos, sé que no son

muchos, pero…

—No, gracias, no quiero caridad, yo quiero mi salario.

—Lo sé —aceptó Joana—, pero tendrás que esperar.

—Esperaré hasta últimos de mes y, si no me pagan, me iré. Lo sentiré, pero me iré, y tendrán que pagarme si no quieren que me queje al sindicato.

—Sí, claro, tienes razón, pero ahora estoy sin fondos. Tengo a los dos abuelos muy mal. Andrea murmuró algunas palabras ininteligibles, eran palabras dichas en una lengua extraña.

Cuando la mujer senegalesa, hija de inmigrantes llegados a la gran metrópoli en busca de trabajo, abandonó la casa. Joana comentó:

—Está aturdida, como ebria. Nunca se había comportado así.

—Tiene miedo —dijo Maurice con naturalidad, sin énfasis, pero de tal forma que lo que acababa de decir se convertía en una especie de sentencia.

Escucharon varios ruidos, ruidos que se pudieron oír con claridad gracias al silencio que reinaba en la residencia, apartada del resto del mundo por un pétreo muro recubierto de hiedras.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Joana, asustada.

—No temas. Es la casa, está casi en ruinas, tú lo has dicho —respondió Maurice, pasándole una mano por la espalda para darle calor y protección, la agradable sensación de que no estaba sola.

—Sí, tienes ratón, ahora soy yo la que está asustada.

—Se te pasará. La asistenta se llama Andrea, ¿verdad?

—Sí.

—Te ha puesto nerviosa.

—La verdad es que tiene ratón, no le hemos pagado. Cuando mi abuelo Louis estaba bien, era él quien sustentaba a esta familia, pero… En fin, si es cierto que la familia posee una propiedad, saldremos de apuros.

—No deberías confiar en herencias ni en nada por el estilo; deberías confiar en tus propias fuerzas. ¿No te molestarás si te digo que tu familia es una ruina como la propia casa?

—No me molesto porque ya lo sé. Esta familia nunca ha sido importante, aunque muchas veces me han contado que el abuelo Louis ha vivido como un príncipe y ha tenido todos los placeres que ha deseado.

—¿Mujeres?

—Sí.

—Entonces es que ha dilapidado todo lo que poseía y si él lo consiguió, estaba en su derecho de gastarlo, ¿no crees?

—¿Sin pensar en los demás?

—Sin pensar en los demás —ratificó Maurice—. Cada cual debe espabilarse por sí mismo, crear su propia vida y vivirla a su antojo, no gracias a las migajas que otro deje. —Creo que podríamos discutir mucho sobre eso.

—Posiblemente.

Joana apoyó su rostro en el pecho de Maurice. Escondiendo su mirada, le dijo:

—Me temo que perdería en la discusión. Tú consigues hacerme creer todo lo que dices. Eres como una droga para mí, aunque la palabra droga no me gusta.

—¿Como un bebedizo de encantamiento? —preguntó el hombre, sonriente—. Encaja más con el ambiente que te rodea.

—Quizás —aceptó la joven, volviéndose hacia él y levantando sus ojos para buscar los de Maurice.

Él inclinó su rostro y sus labios encontraron los femeninos.

Joana había besado a varios muchachos; con esfuerzo, quizá llegaría a recordar cuántos. Había sentido placer en algunos, nada en otros y hasta repugnancia en dos o tres. Mas ahora sus labios se abrieron, se humedecieron, frotándose contra los del hombre.

Notó la punta de la lengua masculina separando sus dientes y ella jugueteó a mordisquearla hasta que separó los dientes. Entregada, su cuerpo se arqueó hacia atrás y su vientre se pegó contra el cuerpo de él. Sonrió íntimamente, era obvio que Maurice no le resultaba indiferente.

—¿Cuál es tu alcoba? —preguntó él con voz ligeramente enronquecida.

Hubiera sido una estupidez por parte de Joana preguntar para qué quería saberlo.

—No, Maurice, ahora no…

—¿Por qué no? —preguntó él mientras le bajaba la cremallera del pantalón y luego le soltaba el botón de la cintura.

—No seas malo —le riñó.

—Soy muy malo, tan malo que voy a abusar de ti.

—No serás capaz —le dijo, notando las manos del hombre por debajo de sus ropas, tomando sus pechos que no se encerraban dentro de ningún sujetador.

—¿No sería mejor la alcoba?

—Tus manos queman.

—Quiero quemarte con algo más que con mis manos.

—Y yo ansío que me quemes.

Dejó que las manos de Maurice se deslizaran acariciantes por su cuerpo mientras su boca buscaba la de él para proseguir el beso, mostrándose ahora no como la hembra entregada, sino excitante, provocativa.

Minutos más tarde se dieron cuenta de que ya no era necesario ir en busca de la alcoba de Joana.

Capítulo VIII

—TOMA, ponte esto —le pidió Maurice a Joana, entregándole un casco de motorista de color negro.

—Voy a parecer una extraterrestre con esto —sonrió ella.

—Te protegerá del viento y de un posible golpe si hay mala suerte en el viaje.

—Hacía tiempo que no iba a Alsacia. Me compraré un perro de pura raza —dijo René que estaba allí, tieso como un poste.

Era más alto y delgado que los demás. De su diestra, al extremo de un larguísimo brazo, colgaba una bolsa de nylon plastificado de color amarillo.

El anorak que vestía le iba corto de mangas y, el pantalón, ancho de cintura. Cuando reía, hacia resaltar sus grandes dientes rectangulares.

Adeline llegó agitada, con una pesada bolsa colgada del hombro.

—Ya estoy aquí.

Michael le preguntó:

—¿Traes bebidas?

—Sí, claro. No he encontrado a Vivi.

—Bueno, creo que podemos salir un fin de semana sin ella, ¿verdad? —preguntó Michael.

Subieron al automóvil. Michael pidió a René:

—Tú ponte delante, ellas irán detrás.

—¿Todavía no te has cambiado este cacharro? —inquirió René despectivo, haciendo sobresalir su estatura por encima del techo del vehículo, hallándose junto a la portezuela.

—No me lo he cambiado aún porque sabía que ibas a ensuciarlo tú viajando en él. Anda, sube.

René, ofendido, gruñó:

—Si empezamos así, me quedo.

—No seas idiota y sube delante, así podrás estirar mejor tus

piernas —le dijo Adeline, conciliadora.

—¿De veras te gusta el «Poste»? —preguntó Claire en voz baja a su compañera.

—¿Y qué voy a hacer? No he encontrado a otro para que nos acompañara, peor sería ir sola.

—No sé, chica. Yo, antes que con René, me hacía feminista.

—Nosotros iremos delante —dijo Maurice—. Seguidnos.

—Cogiendo la Nacional 4 hasta Sarrebourg, no hay quien se pierda —le replicó Michael.

—Hemos de salir antes de llegar a Sarrebourg, recuérdalo —le dijo Maurice antes de cubrir su cabeza con el yelmo protector para viajar por carretera.

Se zambulleron en el denso tráfico de la gran ciudad.

Pasaron a los Bulevares Exteriores y tomaron la puerta de Vincennes, que les condujo a la Nacional 4 Nancy-Strasboug.

Joana sentía el viento contra su cuerpo. Era un viento helado del que se resguardaba gracias al anorak impermeable y al casco que le protegía el rostro.

La velocidad que sacaba Maurice del motor de seiscientos cincuenta centímetros cúbicos era mucha, rebasaba a los automóviles con facilidad, les demostraba el poder de aquella máquina japonesa, un espléndido caballo de dos ruedas que relinchaba como un automóvil de lujo.

—Ya lo has perdido —rezongó René, sarcástico junto a Michael, el cual daba la impresión de que se le habían empañado los cristales de sus gafas. Masticaba algo y ese algo no era más que rabia.

—A ver si te callas. Si el coche no fuera sobrecargado de peso no habríamos perdido de vista a Maurice y su máquina del infierno.

—Eso sí que es una moto. Y este coche, ¿ya lo llevaste a revisar hace cinco años?

—Si no te callas, te hago bajar en marcha.

—No me digas.

—A ver si dejáis de pelear, parecéis dos chiquillos —protestó Claire.

—Pues que se calle de una condenada vez. Este coche no corre más, parece como si a la gasolina que me han metido en el tanque le hubieran mezclado varios litros de petróleo; esto no da más, llevo el pedal del gas a fondo.

—A mí me parece que vamos bastante aprisa —terció Adeline, resignada a ser la compañera de René.

Quizá por ello, ni siquiera peinaba con sus dedos los millares de ricitos que componían su peinado, dando a su cabeza el aspecto de un enorme casco chamuscado.

Tras unas horas de viaje, se detuvieron en un parador y allí, frente a la barra, encontraron a Maurice y a Joana que habían tomado unos emparedados y refrescos.

—¿Qué, habéis pinchado? —preguntó Maurice.

Los dientes de Michael chirriaron ostensiblemente.

Media hora más tarde, abandonaron el parador y prosiguieron la marcha.

Ya en Alsacia, salieron de la autopista y tomaron la carretera del Norte.

Yendo Maurice siempre como cabeza de expedición, salieron de la carretera y se internaron por otra comarcal. Bosques umbríos quedaron en torno a ellos, con altos árboles de hojas perennes.

El lugar era hermoso dentro de su soledad humana.

Allí tenían que abundar los pequeños animales silvestres, conejos, ardillas, búhos o cuervos. Incluso podía haber lobos y osos.

La «Yamaha» avanzaba con un rumor de motor poderoso acompasado, despedía fiabilidad por todos sus poros. Joana hubiera deseado no llevar el casco puesto en aquellos momentos para poder pegar su mejilla contra la espalda del hombre. El corazón de Maurice sonaba también rítmico, seguro, poderoso; ella ya podía decir que conocía su ritmo, su poder.

Entraron por un valle angosto.

Al fondo del mismo discurría un pequeño río de aguas frías. Por todas partes había gran abundancia de árboles.

Pasaron junto a un muro de cipreses, altos cipreses que podían tener siglos de vida, cipreses que se apretaban unos contra otros y que no permitían ver a través de ellos.

Joana palmeó la espalda de Maurice. Éste se hizo a un lado y detuvo la máquina sin parar el motor. Volvió la cabeza y levantó el protector de plástico del rostro para poder hablar.

—¿Has visto algo?

La joven también alzó la visera de su casco y respondió:

—Tengo la impresión de que está detrás de estos cipreses.

El claxon sonó escandaloso tras ellos.

Michael detuvo el coche y Adeline abrió la portezuela y saltó al suelo, ansiosa de estirar las piernas. Dio unos botecitos, muy sonriente, como esperando que admiraran su torneada figura.

René también salió del auto. Estiró sus largas piernas y preguntó:

—¿Ya hemos llegado?

—Ha de estar por aquí —dijo Joana—. Puede que esté detrás de los cipreses.

—No se ve nada —objetó Adeline.

Maurice paró el motor, puso el caballete a la máquina y la dejó, acercándose a los cipreses. Hurgó entre sus ramas y dijo:

—Detrás hay más cipreses y estos cipreses son enormes, tendrán más de veinte metros de altura.

—Si subimos por la ladera de esta montaña, podremos ver por encima de los cipreses —sugirió Joana.

Maurice y René treparon entre arbustos y árboles. No era fácil, había tantos árboles y con copas de follaje tan denso, que no permitía ver bien.

René tuvo más suerte y gritó:

—¡Ya lo he visto! Está dentro de una gran masa de cipreses, en el centro hay como un claro rectangular y allí está el caserón.

—¿Por dónde entraremos? —preguntó Michael, rascándose sus débiles cabellos.

—Hay que buscar un lugar para penetrar en esa muralla de cipreses.

Joana fue la primera en correr a lo largo de aquella muralla. Al final de la misma descubrió un ancho camino, casi borrado por las matas y arbustos que allí habían crecido desordenadamente.

—¡Por aquí, por aquí!

—¡Ese camino conducirá al río! —le gritó Michael.

Joana desapareció de su vista.

Siguió avanzando junto a los cipreses, buscando un lugar por donde adentrarse, hasta que encontró una arcada en los cipreses que podía considerarse una entrada en forma de túnel, un túnel de siete o diez pasos. Al final del mismo había una reja.

La joven no llevaba ninguna llave consigo; sabía lo que aquello podía significar, pero como estaba segura de que el palacete

pertenecía a la familia Mortemart, iba dispuesta a reventar cualquier cerradura.

Pediría a sus amigos que, con la palanca de las herramientas del coche de Michael, hicieran saltar las cerraduras que se opusieran a su paso, pero aquellas rejas eran de hierro, rejas Je fundición artesanal, sin soldaduras, lo que quería decir que la reja tenía varios siglos de antigüedad.

Daba una sensación extraña avanzar por aquel túnel de cipreses que unían sus ramas por encima de ella. Lo mismo a derecha que a izquierda, los troncos estaban tan pegados unos a otros que parecía imposible que entre ellos se filtrara un ser humano.

Con cierto recelo pero a la vez con la intuición de que no se le iba a resistir, empujó la pesada cancela.

Chirriando los pernos, la puerta cedió, y tras ella, escuchó el rumor de la «Yamaha».

—Se puede pasar —dijo Joana.

Michael no se quiso quedar atrás e hizo avanzar su automóvil por encima de los arbustos, aplastándolos, barriendo los fondos del vehículo.

Iba tenso, con los oídos alerta, temiendo que de un instante a otro se partiera alguna pieza importante del coche y aquél fuera el final de su avance, lo que significaría una pequeña tragedia, pues ir en busca de una grúa iba a resultar muy difícil.

Dentro de aquel denso muro de cipreses de elevada altura —un muro que tenía un espesor entre los siete y diez metros, pues no había una hilera de cipreses rodeando la propiedad sino de diez a quince hileras, pues no estaban totalmente colocados en línea sino cruzados, de tal manera que era imposible filtrarse entre los troncos —, descubrieron el palacete.

—Hum, un jardín ochocentista —comentó Maurice junto a Joana—. Y no está descuidado del todo.

Los amplios espacios que quedaban entre los parterres, circundados por setos de boj sin recortar, de troncos y ramas gruesas, estaban cubiertos por gravilla húmeda; allí había mucha humedad.

Cuando Michael rebasó el túnel de cipreses y cruzó por la verja abierta, sonrió ampliamente, era como si acabara de pasar un mal trago del que había salido vencedor.

Michael prosiguió con su coche, rodando por los jardines, hacia el atrio del palacete que daba de lleno frente a los jardines.

—Anda, sube a la moto —pidió Maurice a Joana.

Ésta saltó a horcajadas sobre el asiento y la máquina arrancó, rodando sobre la gravilla que crujía.

Llegaron frente al palacete cuando Michael ya había quitado la llave de contacto. Se apeó y silbó admirativo.

—A partir de ahora, te llamaré condesa Joana.

—No digas tonterías.

—Es cierto que está lejos del mundo habitado, pero es todo un palacio —observó Maurice.

Claire señaló hacia lo alto.

—¿Habéis visto las gárgolas? Son diablos.

—Como las de Notre-Dame —apuntó Adeline.

Claire, que parecía reparar en todos los detalles, pidió:

—Fijaos en la puerta.

—Parece una máscara horrible —opinó René.

—Gehenna —leyó Adeline.

Las letras estaban en el dintel, sobre la misma puerta de madera tallada y con llamadores de bronce.

—¿Sabéis lo que significa Gehenna? —preguntó Michael sonriente, dispuesto a deslumbrar a sus amigos.

—Infierno —respondió Maurice—. Es una palabra hebrea.

—¿Te lo ha dicho ella? —Michael señaló a Joana.

—No, yo no había caído en ello —admitió Joana.

—Pues a mí, esto empieza a no gustarme —dijo Claire.

—No vamos a arrugarnos, ¿verdad? —Gruñó Michael, avanzando hacia la puerta—. Después de todo, es la mansión del diablo.

—No seas idiota —se quejó Claire.

—¿Es realmente tuyo este palacete? —preguntó René, dubitativo.

—Sí, es de mi familia, tenemos la escritura.

—Pues vaya lugar más apartado y umbrío. La verdad es que podrías alquilarlo a los cineastas para filmar una serie de terror.

—Ahora hay poca luz, pero mañana sacaré la cámara de video y tomaré una buena grabación de la fachada de la casa —dijo Michael. Se volvió hacia Joana para preguntarle—: ¿Traes la llave?

—Pues, no.

—Atiza. ¿Y cómo quieres que entremos sino traes la llave? —se asombró Michael.

—Tampoco he traído la llave de la verja y ha cedido.

—Veremos si ésta cede.

Michael se enfrentó con el gran pomo de bronce y trató de girarlo, pero éste no cedió. Empujó y la doble hoja de madera negra tampoco cedió.

—Me temo que vamos a tener que pasar la noche fuera del palacete, salvo que encontremos otra entrada o una ventana abierta.

Joana, llevada por un impulso, se acercó también al pomo y pidió:

—Dejadme a mí.

Con una facilidad que dejó pasmado a Michael, la joven hizo girar el pomo.

Las dos hojas de gruesa y sólida madera oscura cedieron y la máscara diabólica que se hallaba en su centro y que se veía bien situándose a cierta distancia, al principio del atrio pero no tanto si uno estaba pegado a ella, se abrió en dos.

—Pues se ha abierto.

—Es que éste es tonto —dijo René sin ambages, refiriéndose a Michael.

Michael protestó.

—Hubiera jurado que se resistía.

Quedaron frente a un amplio vestíbulo. Un hedor a humedad, a ambiente enrarecido, llenó su olfato.

Siguieron adelante. Frente a ellos apareció otra gran puerta; eran cristaleras y, tras ellas, brillaban luces.

—¡Hay alguien! —chilló Claire.

Joana objetó:

—No es posible, aquí no puede haber nadie.

Era evidente que dentro de la mansión había luz, pero las cristaleras eran grabadas, policromas, y estaban tan sucias que todo podía deberse a una ilusión óptica si al otro lado, en alguna parte, había una ventana por la que penetrara el sol camino de su ocaso.

—Ahora veremos —dijo Michael. Intentó abrir la pesada puerta de cristaleras pero no lo consiguió, pues se le resistió—. Aquí hay una cerradura —señaló—. Sin la llave no podremos entrar.

Joana alargó su mano, giró el pomo y la puerta cedió, haciendo gruñir sus bisagras.

—No es posible —protestó Michael—, lo he intentado.

—Cada día te vuelves más subnormal —rezongó René—. Me espeluzna pensar que he de regresar en tu coche, mejor sería que condujera yo.

—Antes quemo el coche —replicó Michael, furioso.

El salón era grande, muy propio para llevar a cabo grandes fiestas, pero resultaba lúgubre, hostil. Dos grandes escalinatas en arco partían a derecha e izquierda hacia una galería con baranda de mármol negro, brillante.

En el espacio que se abría entre ambas escaleras, y como si se tratara del ábside de un templo, destacaba un catafalco rodeado por cuatro gruesos cirios también negros. Estaban encendidos y daban una luz tenue, unas llamas pequeñas que despedían una finísima columna de humo que producía hedor.

—¡Un muerto! —exclamó Claire, sin llegar a ver lo que había dentro del ataúd.

Se quedaron quietos en el umbral de la puerta, indecisos. El féretro quedaba a una veintena de pasos de donde ellos estaban, quizás algunos más.

Maurice avanzó resueltamente y Joana, aunque con temores, le siguió.

Tras ellos avanzaron René, Adeline y Michael. Al ver que se quedaba sola, Claire avanzó también, rápida, mirando con recelo hacia su espalda.

—¡Vivi!

La exclamación brotó ahogada de la garganta de Joana.

Todos quedaron estupefactos al reconocer a la muchacha que yacía dentro del ataúd, muerta. Tenía los ojos cerrados y su piel había adquirido un color pálido azulado. Poco a poco, se acercaron al catafalco, rodeándolo con curiosidad y recelo.

—Está muerta —musitó Adeline—. ¿Cómo es posible? ¿Y cómo ha llegado hasta aquí? ¿Quién ha preparado esto?

Eran demasiadas preguntas, preguntas que no hallarían fácil respuesta.

—¿Tú sabías algo? —preguntó Maurice a Joana.

—Palabra que no. ¿Cómo podía sospechar esto? Es increíble.

—A mí, esto me parece una broma de mal gusto —opinó Michael.

—A mí me parece horrible —musitó Claire—. ¿Cómo ha podido morir Vivi?

—Sólo tú y yo conocíamos este lugar —dijo Joana a Maurice.

—Yo no vi a Vivi.

—¿Puedo tomar grabación? —preguntó Michael.

—¿Con esta luz de las velas? —se asombró Claire—. Es muy pobre.

—Tengo un foco que se conecta a la batería del coche y da mucha luz, así podré tomar grabación.

—Yo creo que hay que avisar a la policía —opinó Claire.

De súbito, sorprendiéndoles hasta la alucinación, Vivi se incorporó. Dobló su cuerpo por la cintura, levantándose al tiempo que abría los ojos y se ponía a reír escandalosamente.

Instintivamente, todos se echaron hacia atrás.

Vivi entrecortó aquella carcajada que se esparció por todo el salón del palacete, ascendió hacia el techo y llegó a golpear los cristales de las ventanas. Al fin, cesó.

Miró a los que la rodeaban mientras continuaba sentada dentro del ataúd, y preguntó:

—Ha sido buena la broma, ¿eh?

—Estás loca —acusó Claire.

—¿Cómo sabías que vendríamos aquí? —preguntó Joana inquisitiva, habiendo alejado el miedo de sí.

—Me lo dijo un amigo.

—¿Un amigo? ¿Quién? —insistió Adeline.

Antes de que Vivi respondiera, fue Joana quien preguntó:

—¿Pucel?

Vivi tornó a reír, entre maliciosa y divertida.

—¿Le conoces?

—Sí, le conozco, fue el anterior propietario de este lugar.

—Gehenna —musitó Maurice.

Michael añadió:

—La mansión del diablo.

—Parece que tenéis miedo. —Vivi volvió a reírse—. ¿Quién me ayuda a salir de aquí? Maurice la cogió entre sus brazos y la sacó del ataúd, depositándola en el suelo. Ella le rodeó el cuello con sus

brazos, no demostraba ninguna prisa en desprenderse de él.

—Eres muy fuerte, Maurice, muy fuerte. ¿Con cuántas chicas te has acostado?

Joana sintió una punzada de celos y no pudo evitar intervenir:

—Ya está bien de bromas, Vivi.

Sin soltar el cuello de Maurice, Vivi se volvió hacia Joana.

—¿Qué pasa, te molesta que le diga cosas a Maurice?

—Vamos, vamos —dijo Maurice, tratando de desprender a Vivi de su cuerpo; mas no era fácil, y tampoco quiso ejercer ninguna violencia.

—¿Dónde está Pucel? —inquirió Joana con gravedad.

—No sé —respondió Vivi.

—¿Cómo que no lo sabes, no te ha traído aquí? —preguntó Claire.

—Me ha traído y se ha marchado. Es un viejecito la mar de divertido.

—¿Cómo lo encontraste, cómo te hiciste amiga suya? —insistió Joana.

—Ya está bien, Joana, no voy a dejar que te conviertas en un comisario de policía, no responderé a más preguntas.

—¿Te das cuenta de que esto es una propiedad privada?

—¿Ah, sí, y qué piensas hacer, denunciarme a la justicia por allanamiento de morada?

—Lo que has hecho no tiene ninguna gracia —le reprochó Joana.

—Tienes muy poco sentido del humor.

—Joana tiene sus motivos para estar nerviosa —intervino Maurice.

—Cuando tenga lista la telecámara, ¿podrás volver a acostarte en el ataúd para que te tome un poco de grabación? —propuso Michael—. Será divertido.

—Bueno, si eso te complace. ¿Y cómo quieres que me ponga, así o desnuda?

—¿Desnuda? —repitió Michael. Sus ojos brillaron tras los cristales de sus gafas.

—Sí, fui modelo fotográfica.

Maurice consiguió desprenderse de Vivi, la cual onduló su cuerpo provocativamente.

—Pues sí, me gané unos francos haciendo fotos porno para no sé qué revista.

—Un momento —pidió Joana, demandando la atención de sus amigos—. ¿De veras se ha marchado Pucel?

Todos miraron a Vivi, esperando su respuesta.

Capítulo IX

ABRIÓ primero los ojos, muy incrédulo, y luego los frunció, achicando las pupilas que se clavaron en el rostro de la mujer que acababa de entrar en la habitación que compartía con otros tres enfermos.

—Diana…

—Hola, papá, te he traído unos bombones —dijo ella, acercándose y dejando sobre la mesita una caja de bombones comprada en supermercado, al tiempo que besaba las mejillas del anciano que ya tenía el pie enyesado.

Antes de que él pudiera decir algo, observó el pie que asomaba por debajo de la sábana y preguntó:

—¿Cómo fue?

—Me caí por la escalera.

—Te vas a matar si no te cuidas.

—Y si me cuido, me moriré lo mismo —respondió el viejo, sarcástico.

Diana parecía dispuesta a aguantar. Padre e hija jamás se habían llevado bien. Diana no era ninguna niña, pero era una mujer que se conservaba espléndidamente, quizá porque no había llegado a engordar.

Siempre que compraba pasteles o golosinas, era para regalar, para que otras personas se las comieran; de este modo, ella siempre podía decir a sus amigas:

«Oh, querida, parece que estás engordando un poco. ¿Hace muchos que no te pesas?».

A cambio, estaba acostumbrada a recibir miradas acuchillantes, pero se había hecho a ello e incluso disfrutaba, quizá por algo de masoquismo o porque, según su teoría, el que apuñalaba sufría mucho, por eso atacaba.

—¿Cómo estás tú?

—Bien, bien, papá.
—¿No te ha metido en ningún burdel el chulo ese?
—Por favor, modérate, Robert está ahí afuera.
—Que no entre, no quiero verlo.
—No temas, no entrará a verte. Andrea me contó lo ocurrido.
—No te he pedido que vengas.
Diana hizo como si no oyera las palabras de su padre, seguía con su actitud amable y desenfadada.
Nadie hubiera creído que aquella mujer, capaz de despertar pasiones, fuera la madre de Joana, quizá porque la había alumbrado siendo muy joven y luego se había conservado muy bien, sin tener más hijos.
—Andrea me ha dicho que el abuelo Louis está muy mal. Es terrible lo que vive el abuelo Louis, no sé de nadie que haya vivido tanto. Cuando se muera lo sacarán por la tele, seguro. ¿De veras está agonizando? Será cuestión de hacerme un traje chaqueta adecuado. Robert conoce a uno que traba ja en la televisión, creo que podría hacer que saliéramos todos. ¿Cuántos años tiene exactamente el abuelo Louis? Haré una ficha… Por supuesto, ha vivido mucho, ha comido lo que ha querido, ha bebido los mejores vinos, ha fumado lo que le ha dado la gana y ha tenido innumerables amantes, además de conocer los mejores burdeles de la ciudad. ¿No es así?
—Por favor, Diana, me das náuseas —replicó el anciano Antoine.
Diana era menos rubia de lo que aparentaba. Usaba un postizo de cabello, que hacía que su media melena pareciera mucho más abundante de lo que en realidad era.
Sabía realzar sus ojos con unas pestañas postizas tremendamente largas y maquillaba sabiamente su rostro, un rostro que recibía mascarillas nutritivas y leches de belleza que tensaban su piel por la mañana y por la tarde, de tal modo que siempre aparecía fina y suave.
Sus ojos, verdes como los de Joana, despedían más brillo de lo normal gracias a un colirio que vertía en ellos un par o tres de veces al día. Cuidaba mucho su imagen y resultaba hasta difícil pensar que le era fiel a su amante.
Diana le habló de muchas y diversas cosas, sin que ella pareciera

escuchar nada de lo que su padre llegó a decirle. Al fin, le besó en ambas mejillas y se despidió.

—Cuídate mucho, papá. Llámame cuando te den de alta y te pasaré a recoger. Lo mejor sería vender el caserón y comprar un apartamento. Aunque sea más pequeño, será mucho más confortable.

Antoine Mortemart ni le dijo adiós.

Cuando ella hubo desaparecido, se congratuló de que estuvieran colocados los biombos que le protegían de las mira das de sus compañeros de cuarto.

Tomó la caja de bombones, la abrió y tomó uno de ellos, que mordió con sibarítico cuidado.

—Por lo menos, son de licor…

—¿Cómo está el viejo? —le preguntó Robert Duroc.

Era un hombre medianamente alto. Su edad estaría alrededor de la cincuentena y a unos diez pasos de distancia se podía decir de él que poseía una espesa cabellera que reducía su edad en unos veinte años, pero cuando esta distancia se acortaba, se descubría que la cabellera era una frondosa peluca de cabello excesivamente negro y bien peinado, de la que no parecía desprenderse jamás.

Robert Duroc fumaba tabaco rubio y sus dedos índice, corazón y pulgar de la zurda estaban tan amarillos como sus dientes. Usaba gafas de montura gruesa y parecía estar sonriendo siempre.

—Dentro de tres o cuatro días saldrá de aquí. Si fuera joven ya habría abandonado el hospital, pero está en observación.

—¿Una caída?

—Por una escalera.

—¿Sólo se rompió el pie?

—¿Qué querías, que se rompiera algún hueso más?

—¿Dejará herencia?

—Anda, vamos.

—¿Adónde? —preguntó, ya caminando junto a ella, que se dirigía hacia los ascensores.

—A la casa de los míos.

—¿Los tuyos?

—Sí, los Mortemart.

—Hablas como si aún estuvieras orgullosa de llevar ese apellido.

—No seas imbécil, sabes que no.

Dejaron de hablar porque en el ascensor coincidieron con otras personas. Roben Duroc arrojó su cigarrillo a una escupidera de cobre.

Dejaron el hospital atrás a bordo del coche de Robert, un automóvil casi lujoso que había comprado de segunda mano a muy buen precio. Cuando lo conducía, sentía la impresión de ser un hombre importante.

—¿De veras vas a visitar al anciano entre los ancianos?

—Sí, hay que aprovechar.

—¿Para qué?

—Para dar un vistazo ahora que mi padre está en el hospital y mi hija se encuentra fuera de la ciudad.

—Algún día vas a presentarme a Joana.

—Con lo cerdito que eres, ni hablar.

—¿No te fías de mí?

—La verdad es que conmigo ya tienes demasiado. —Lo examinó con ojos críticos—. No sé lo que encuentro en ti para que sigamos juntos.

—Eso pregúntatelo en ciertos momentos, cuando te olvidas de todo y chillas como una coneja herida.

—Hum… —Diana buscó un cigarrillo, lo encendió y se lo pasó con naturalidad. Encendió otro para sí y tras darle unas chupadas, preguntó—: ¿De veras te van a ascender?

—Si no me muero antes, seguro. ¿Quieres que nos casemos?

—No —respondió ella con seguridad pero sin alzar la voz.

—¿Por qué? Sólo sería legalizar nuestra situación.

—Quiero ser libre, Robert, ya lo sabes. Además, tú me llevas una buena cantidad de años aunque te cuides bien, y cuando te llegue el momento, yo no quiero cuidar a un anciano.

—Eres más cínica que yo.

—¿Preferirías que te mintiera? —preguntó, mirándole abiertamente.

Robert Duroc, ocupado en la conducción, sólo le dedicó una mirada de soslayo.

—No, pero en ocasiones eres demasiado dura.

—Me gusta ver las cosas con claridad, sin falsedades, tal como son. Además, ya he vivido demasiado tiempo entre ancianos. No me gusta la vejez, la detesto.

—Tú también llegarás a vieja.

—No.

—¿Acaso has decidido algo sobre tu suerte futura?

—Eso es asunto mío, pero yo no seré vieja, puedo jurarlo.

—A veces me das miedo, Diana.

—Vamos, vamos, no te hagas el niño. Tú también eres un cínico y, sabiendo cómo somos los dos, nos va bien. A mí no me importa nada el apellido Mortemart.

—No te importa nada porque estáis arruinados —dijo él, tomando una curva cerrada para dejar un bulevar e introducirse por una callejuela por la que estaba seguro acortaría camino—. Tenéis un caserón, eso sí, pero como tú misma dices, siempre ha estado en ruinas y nadie se ha preocupado de restaurarlo, entre otras cosas porque no ha habido dinero.

—Es cierto. El abuelo Louis, ya sabes, el abuelo de mi abuelo…

—Me cuesta asimilarlo. No he conocido jamás al abuelo de un abuelo, eso es pensar en más allá de un siglo. La gente suele decir «toda la vida ha sido así» y sólo piensa en sesenta o setenta años de nuestra humanidad. Es absurdo pensar en el tiempo, máxime siendo tan limitado, claro que en el caso del abuelo de tu abuelo es como si hubiera vivido dos vidas.

—No te pongas a filosofar ahora, no te va.

—A mí, lo que me va es hacerte chillar como una coneja.

—Cerdito —le dijo, entre cariñosa y maligna.

Diana tenía una llave del caserón. Le abrió la verja a Robert y éste introdujo el coche en la pequeña franja de terreno que quedaba libre frente a la entrada, un espacio que le permitía estacionarse.

—¿Quién hay dentro, en realidad?

—La asistenta, una chica senegalesa, y mi abuelo Louis.

—¿Nadie más?

—No, creo que no.

—Oye, me gustaría ver al anciano entre los ancianos.

—Primero lo veré yo y, si está despierto, no podrá ser. Empezaría a hacer preguntas y no quiero líos.

Entraron en la casa.

Diana lo hizo con autoridad, pisando fuerte, sin recelo. Allí había nacido y allí había vivido la mayor parte de su vida.

—¡Andrea, Andrea!

Fue hasta la cocina y no encontró a nadie. Regresó junto a Robert que fumaba con displicencia, mirando en torno suyo. Sólo conocía la casa por las referencias de Diana, su amante.

—¿No está?

—No, no la encuentro, puede que haya salido a comprar.

—Esto podía haber sido grande hace mucho tiempo.

—Tanto tiempo que ni yo, de pequeña, lo conocí —respondió Diana, sin impresionarse lo más mínimo.

Subió por la escalera y el hombre la siguió.

—Espérate aquí —le pidió ahora en voz baja.

Diana se alejó. Robert Duroc observó desde lo alto el viejo y ajado salón. Abundaban los desconchados. Las paredes empapeladas producían una visión deprimente. Había manchas de humedad en el hecho.

Mentalmente, Robert Duroc intentó transformar aquel caserón sin conseguirlo. Lo iluminaba en su cerebro, pintaba sus paredes, le cambiaba los cortinajes y lo amueblaba de nuevo, pero no había forma, todo se tornaba confuso, embrollado. No lograba sujetar su imaginación, era como si el viejo caserón se negara a ser restaurado, como si tuviera un maleficio. Aquella casa parecía haber sido construida para una generación con la que estaba obligada a desaparecer.

—¡Robert!

Abandonó sus pensamientos, dio la vuelta y avanzó hacia su amante que le aguardaba en el corredor, frente a una puerta abierta.

—¿Duerme?

—A mí me parece que está muerto.

—¿Muerto?

—Sí, parece muerto, no sé qué hacer.

—Yo no soy médico.

—Ya lo sé. Es que no sé qué médico lo atiende. Todo esto es asunto de mi padre y de mi hija, pero aquí no están ni uno ni otro, lo han dejado solo. Creo que le atendía una enfermera, pero no está.

—¿Quieres que lo vea?

—Sí, por favor, estoy hecha un lío.

—Bueno, a mí no me gusta visitar un cementerio y menos ver a un muerto, pero lo veré. ¿Le querías?

—Creo que no —confesó ella—, pero era el patriarca de la familia.

Entraron en la alcoba, aquella estancia que daba sensación de humedad pese a estar a un piso de altura, quizá porque sus ventanas no se abrían jamás, quizá porque las cortinas estaban impregnadas de mohos invisibles, de hedor a muerte.

La lámpara, de pantalla sucia y amarillenta, iluminaba pobremente el cuarto. Louis Mortemart yacía en el viejo lecho con dosel polvoriento.

Despacio, él mismo no sabía si por temor de ver a un muerto de cerca o a despertarle con sus pasos, se aproximó a la cama y miró a Louis Mortemart.

—Está muy quieto —opinó Robert.

—Parece muerto, ¿verdad?

—Yo creo que no respira.

—Tiene cara de cadáver.

—¿Cómo lo sabes, si dices que no has visto ninguno?

—Tanto como eso… Creo que si está muerto.

—¿Respira?

—No sé, se les pone un espejo en la nariz.

—Mira a ver si late su corazón.

—¿Por qué no lo miras tú? Es tu familiar.

—Vamos, no seas tonto, eso lo sabrás tú mejor que yo. Además, estoy muy nerviosa.

—Pues, para importarte un bledo la vida de este viejo, te está afectando demasiado.

Con gesto de disgusto, Robert Duroc inclinó su cabeza sobre el pecho del anciano. Pegó su oreja al raído pijama de color escarlata y trató de escuchar, sin ver cómo las manos del viejo se levantaban y su boca se entreabría.

—¡Está vivo, está vivo! —Casi gritó Diana.

—¿Qué?

Los dedos del moribundo se curvaron, se transformaron en garras de acero que se clavaron en la garganta del hombre que desesperadamente trató de liberarse de ellas.

La sangre fluyó por entre los dedos asesinos que desgarraron las carótidas. Actuaban como las garras de un animal feroz, salvaje, y cuando soltó a su víctima, ésta quiso gritar, pero por su boca no

salía más que un gorgoteo y sangre, sangre en todo su entorno, sangre que empapaba sus ropas.

El corazón todavía impulsaba rítmicamente la sangre que fluía a borbotones. Tambaleante, Robert Duroc avanzó hacia Diana.

Ésta, aterrorizada, retrocedió.

Vio desplomarse a Robert y lanzó un grito de pánico. Dio media vuelta y echó a correr, huyendo. Bajó la escalera tropezando. Chillaba e hipaba en tono bajo.

Al llegar al final de la escalera, se encontró frente a un desconocido que la dejó en suspenso.

—Tranquilícese —le pidió él con voz lenta, profunda. Sus ojos tenían un brillo de rescoldo, sus cabellos eran débiles pero muy abundantes, canosos, casi amarillentos.

—¿Quién, quién es usted? —balbuceó Diana.

—Me llamo Pucel y soy un viejo amigo de… de él —dijo elevando ligeramente la cabeza.

—Arriba ha ocurrido algo horrible…

—Sí, ha ocurrido algo horrible, pero usted es la culpable.

—¿Yo? Yo, no —rechazó, subiendo un par de peldaños y apartándose de aquel insólito personaje cuya mirada la confundía, la debilitaba.

—Usted lo ha traído aquí, usted lo ha conducido a la habitación del asesino, usted le ha pedido que colocara su cabeza al alcance de las manos del viejo Louis.

—Yo no sabía nada de lo que podía ocurrir. ¿Cómo, cómo sabe tantas cosas?

—Yo sé muchas cosas, adivino el porvenir.

—Eso es ridículo.

—¿Qué cree que diría un juez?

—¿Un juez, qué juez?

—El juez, un jurado. Hay un asesinato, o hay más de uno. Esta casa está manchada de sangre, ha habido mucha sangre aquí.

—¿Quién es usted, quién es? —gritó Diana.

—Soy Pucel, ya se lo he dicho, un viejo amigo de Louis Mortemart. Pobre Louis, está llegando su hora y se rebela contra su destino, intenta congraciarse conmigo. —Se rió, sarcástica y sordamente—. La vida ha sido muy larga para él.

—Yo no le he visto nunca, nunca.

—Óigame bien, Diana, usted es una Mortemart, y es tan perversa como el viejo Louis. Se ama a si misma por encima de todo, lo mismo que el viejo Louis que también se ama a sí mismo por encima de todo y es capaz de venderse, de entregarse a quien le dé lo que él pida. Es capaz de robar, de asesinar.

—Yo, no; yo, no.

—Usted también. La conozco desde antes de nacer. Yo adivino el porvenir, como dirían algunas de sus amistades.

—¡No es cierto, no es cierto!

—Conozco todas sus debilidades, conozco desde sus travesuras cuando era una niña a cuando entregó su virginidad en un retrete, a oscuras, a un hombre al que ni siquiera vio.

—No puede ser, usted no sabe nada, nada —repetía, incrédula y doblemente asustada por lo que había sucedido con el abuelo Louis y con Robert, y el encuentro con aquel viejo desconocido que parecía saberlo todo.

—Sí, yo sé hasta quién fue el que en la oscuridad sedujo a una muchachita que, entregada al placer de la lujuria, prefirió no gritar, no protestar.

—No, no le creo.

—¿Quiere que se lo diga?

—No —replicó rápida.

Pucel se echó a reír y su carcajada se expandió por toda la casa. Al final de la carcajada, todavía burlón, maligno y sarcástico, dijo:

—Porque estás segura de que yo lo sé y también porque puede ser quien sospechaste siempre. Ahora, subirás arriba, envolverás el cadáver en una manta y lo llevarás al sótano.

—Imposible.

—¿Por qué?

—No tengo fuerza suficiente.

—Arrastrándolo, sí, y lo harás porque te conviene. Cuando lo hayas escondido en el sótano, tomarás agua en un cubo y lavarás toda la sangre, borrarás las huellas de lo ocurrido.

—¿Y si no lo hago?

—En ese caso, te pesará. Si lo haces, puedo ayudarte.

—¿Ayudarme, en qué? —preguntó, muy nerviosa, tratando de controlar su miedo.

—¿Por qué crees que Louis Mortemart ha vivido tantos años?

Diana estaba convencida de que las amenazas de aquel viejo, al que antes no había visto jamás, no eran vanas. Además, tuvo la impresión de que Pucel no le era totalmente desconocido. Algo de él, no sabía el qué, había flotado siempre en torno al abuelo Louis, quizás él les hablara de su amigo, quizás alguna fotografía.

Regresó a la alcoba, el terror hacia flaquear sus piernas.

Robert Duroc yacía en el suelo de costado, con la pierna derecha doblada hacia atrás. La sangre le rodeaba, parecía un animal degollado por una fiera.

Miró al abuelo Louis y vio sus manos manchadas de sangre; pero ¿quién iba a creerle con el poder suficiente como para destrozar la garganta de un hombre sano, viéndole postrado en aquel estado de agonía?

Nunca había simpatizado con el abuelo Louis, nadie había simpatizado con él, ni siquiera las prostitutas ni amantes que había tenido, porque a la postre, siempre se había comportado mal con ellas. Era sádico. Parecía generoso cuando apenas se le había tratado, pero en realidad era avaro, mezquino. Y ahora, esa antipatía, incluso animadversión, se transformaba en algo más que miedo. Había visto de lo que era capaz aún dentro de su agonía.

Envolvió el cuerpo de su amante en una manta, lo ató con unos cables eléctricos que encontró, y jaló de él hacia la escalera. Miró en torno buscando al maligno anciano de luenga barba puntiaguda, de ojos con brillo y rescoldo, y no le encontró; pero un algo impalpable flotaba en el ambiente, era su presencia.

Puso el cadáver a lo largo, y paralelo a los escalones, y lo empujó.

Al principio, el cadáver de Robert Duroc parecía negarse a caer rodando, era como si tuviera vida aún, pero ella sabía que estaba muerto. Había visto la garganta destrozada, había contemplado con horror la inmensa mancha de sangre, había visto sus ojos macabramente abiertos.

Empujó con el pie y el cadáver, envuelto en la manta, comenzó a rodar, golpeando sordamente contra los peldaños, manchándolos de sangre.

Al final, quedó quieto al pie de la escalera. Diana bajó despacio, agarrándose a la baranda, consciente de su propia inseguridad.

—¡Andrea, Joana! —gritó, como suplicando ayuda. Su voz se

perdió en los infinitos recovecos del caserón sin que nadie le respondiera.

Aquella tarea se le antojaba excesiva para sus fuerzas.

Volvió a agarrar por los pies el cadáver de Robert, pero éste parecía pegarse al suelo. Tras un violento tirón, se quedó con un zapato en la mano. Lo miró y profirió un pequeño rugido de rabia y terror.

Lo arrojó lejos, sin querer ver dónde caía. Reanudó su ímprobo trabajo y logró llevar el cuerpo hasta la puerta del sótano.

Después de abrirla, arrojó otra vez el cadáver escaleras abajo, pero ahora las escaleras eran más estrechas, más duras. Lo vio al final gracias a la débil bombilla que acababa de encender.

Descendió. Con repugnancia y miedo, pasó por encima del cadáver, temiendo que una de sus manos pudiera atraparla por una pierna.

Nunca le había gustado el sótano, había visto ratas allí y les tenía miedo. Sentía una pavorosa indefensión frente a los roedores. Escuchó sus chillidos y ahogó sus propios gritos de terror llevándose una mano a la boca.

Avanzó; buscaba un lugar donde ocultar al cadáver tal como le fuera ordenado y se fijó en el viejo baúl. Junto a él, tiradas, había ropas mohosas.

Quitó las ropas que encontró dentro del baúl para hacer el hueco suficiente que le permitiera ocultar el cuerpo de Robert De pronto…

Un grito, mezcla de chillido entrecortado con distintas potencias, brotó de su garganta. Se echó hacia atrás y cayó por topar contra una caja.

La puerta del sótano se cerró sonoramente y la luz se apagó.

Diana, aterrorizada entre dos cadáveres, acuchilladas sus vísceras por un sentimiento que estaba más allá del miedo conocido por ella hasta aquel momento, chilló y chilló, ensordeciéndose a sí misma, anulando su capacidad de pensar.

Algo rápido, grueso, del tamaño de un pequeño conejo, le subió por el brazo. Le llegó al hombro y de él, a la cabeza, saltando no se sabía hacia dónde, todo con una velocidad asombrosa, incontrolable.

Diana manoteó desesperada, como si estuviera atrapada en una gigantesca y pegajosa tela de araña.

Se abrió de nuevo la luz y con un ahogo profundo, faltándole el aire para respirar, se incorporó. Corrió hacia la escalera saltando por encima del cadáver de Robert Duroc y trepó por los peldaños hasta llegar frente a la puerta, que golpeó con sus puños.

La puerta cedió.

Se vio frente a Pucel, el enigmático y maligno anciano que la observaba burlón, como si estuviera muy por encima de ella, como podía mirar un ser humano inteligente a un animal con el que pensaba divertirse.

—Arrodíllate —le pidió, sin alzar la voz.

Diana obedeció. No lloraba, sus ojos estaban secos, pero toda ella temblaba de miedo.

—Bésame los pies —ordenó Pucel.

La mujer le miró con ojos preñados de temor y súplica, pero aquellos ojos con brillo de rescoldo eran despiadados. Diana dobló todo su cuerpo, humillándose, y besó los zapatos de Pucel que silabeó:

—Ahora, harás todo lo que te diga.

Capítulo X

ACOMPAÑADO de Claire, Michael regresó al coche para preparar la telecámara. Tendió un largo cable, que conectó a un enchufe que tenía en el salpicadero del vehículo, y lo hizo salir por la ventanilla. El tiempo había empeorado y comenzaba a lloviznar.

Maurice puso en marcha su «Yamaha» y trepó con ella por los peldaños de escasa altura y considerable anchura, colocando la poderosa motocicleta dentro del atrio, protegida de la lluvia.

El palacete Gehenna carecía de luz eléctrica y, por sugerencia de Maurice, distribuyeron los velones con sus respectivos candeleros en puntos adecuados para poder tener luz, aunque fuera débil, en los sitios clave de la residencia, sin adentrarse demasiado en ella.

—¿Dónde está Viví? —preguntó Joana a Adeline.

—¿No estaba contigo?

—No.

—Qué raro, me ha parecido que estaba contigo.

—Yo no la he visto —dijo René.

—Ahí vienen Michael y Claire.

—Es una lástima —se quejó Michael—. Hubiera querido tomar cinta del ataúd y los velones.

Claire preguntó:

—¿Con Vivi dentro?

—Sería magnífico.

—Pues ella no está —dijo Adeline.

—¿Ha desaparecido otra vez?

—Ella debe conocer este lugar —opinó Claire—, si ha llegado la primera y con ese hombre; ¿cómo has dicho que se llama?

Joana aclaró:

—Pucel.

—Y ese cipo, ¿cómo conoce todo esto?

—Es un adivino —explicó Maurice que llegaba en aquel

momento y había oído las últimas palabras.

—Adivina el porvenir —añadió Joana—. Es una especie de mago.

—Nos divertiríamos más si lo tuviéramos aquí con nosotros —dijo Michael.

Claire había llevado una «mini cadena»
Hi-Fi
y la colocó sobre un mueble taquillón que estaba pegado a la pared. Accionado por un buen número de baterías, comenzó a sonar, haciendo brotar por sus altavoces estéreos un vibrante *rock and roll*.

—Cuando oiga la música, vendrá corriendo. A Vivi le encanta bailar el *rock*.

Con tono de desprecio, Michael opinó:

—Esa música suena horrible en un lugar como éste, es todo un sacrilegio.

—Pues yo creo que un poco de música no va mal aquí —rebatió Adeline, que comenzó a bailar sola, moviendo brazos y piernas.

René preguntó:

—¿Exploraremos este caserón?

—No es un caserón, hiperinteligente, es un palacete.

—¿Y hay mucha diferencia entre lo uno y lo otro? —rezongó René, despectivo.

—Claro que sí, pero no voy a gastar mi preciada saliva explicándotelo. Si por lo menos fueras un psitaco…

—¿Un qué?

—Psitaco es un loro —explicó Joana.

René alargó su mano y agarró a Michael por la cazadora con actitud agresiva.

—¿Qué me has llamado? —Silabeó.

—He dicho que si lo fueras, pero no lo eres.

—Ah, pensaba. —Y lo soltó.

—Será bueno que comamos un poco —propuso Maurice—. Dentro de poco será de noche y hay que buscar alcobas para dormir.

—¿Hay camas? —quiso saber Claire.

—No lo sé —respondió Joana.

—Quizá lo sepa Vivi —dijo Michael—, pero ¿dónde está?

—¡Vivi! —llamó Joana.

—¡Vivi! —gritaron todos.

Adeline se acercó al radio cassette estéreo y subió el volumen, ahogando los gritos de sus amigos.

—Bueno, ya aparecerá —aceptó René, encogiéndose de hombros.

Joana comentó:

—A mí lo que me preocupa es Pucel.

—¿Crees que está aquí? —inquirió Maurice.

—Podría estar, si ha traído a Vivi hasta este lugar. Indudablemente, él lo conoce mejor que nadie.

Michael preguntó:

—Y ese Pucel, ¿es muy viejo?

—Sí, ¿verdad. Maurice?

—Sí, a mí me pareció muy viejo.

—Tendrá siglo y cuarto —dijo Joana.

Michael se echó a reír.

—Te has pasado.

—No lo creas.

—A mí me parece demasiada edad —intervino René.

—Pucel le vendió este palacete a mi abuelo Louis y él tiene ciento diecisiete años reconocidos.

Llevaban varias linternas consigo, pues se había comentado que el lugar estaría deshabitado desde hacía mucho tiempo.

—Voy a inspeccionar por arriba —dijo Maurice llevando la linterna apagada en su mano, pues la luz de las velas y la que entraba por las ventanas era suficiente aún.

—Te acompaño —le dijo Joana.

—¿Vamos nosotros también, Michael?

—Sí, pero me llevo la telecámara.

—¿No te fías de mi? —preguntó René, ofendido.

—Dejaré el foco aquí, no sé si conseguiré algo con la luz de la linterna —dijo, evadiendo dar una respuesta concreta a René.

—Yo me quedo aquí —manifestó Adeline.

Michael y Claire escogieron la planta baja para inspeccionar, y Maurice y Joana ascendieron por las escalinatas.

—¡El primero que encuentre a Vivi que lo diga! —exclamó Joana.

En lo alto de la galería, que en forma de palco dominaba el

salón, Maurice miró hacia el ataúd y opinó:

—Ha sido una broma macabra.

—Sí, lo es, pero recuerda la librería hermética, a Pucel.

—Sí, tiene muchos ídolos y recuerdo la calavera de asno. Es muy aficionado a lo macabro. Lo que no acabo de entender es que un hombre anciano como Pucel, aunque no esté agonizante como tu pariente, haya tenido la humorada de traer el ataúd aquí. —¿Quieres decir que él no ha podido traerlo?

—Bueno, vacío, entre él y Vivi, quizá, pero no lo veo lógico. ¿Por qué esta broma macabra?

—Quizás haya sido idea de Vivi. Pucel tenía que conocer muy bien este palacete. —Cuando hablemos más con ellos, terminaremos por aclarar lo que ahora no comprendemos.

Se internaron por un amplio corredor alto.

Varias puertas se abrían a derecha e izquierda Allí, la claridad era ya escasa, pues no había ninguna ventana a la vista salvo las lejanas del salón y el velón que estaba en el palco.

Fue la propia Joana quien hizo girar la manecilla de la puerta, era una manecilla grande, pesada, de bronce. La puerta cedió sin resistencia.

Tec, tac… tec, tac… tec, tac…, sonó el móvil colgado en el techo.

Rápidamente, levantaron sus ojos y pudieron ver el móvil accionado por la puerta.

—Es igual que el que tiene en la librería —observó Maurice.

Efectivamente, eran huesecillos muy secos unidos con cabellos trenzados y que colgaban de un plafón que era una calavera humana.

—Es un móvil musical muy macabro.

—No cabe duda de que el viejo librero ha estado aquí —dijo Maurice.

—Pero ¿por qué ha puesto esto aquí?

—Si no nos lo dice él, será difícil averiguarlo. A nosotros no nos ha sorprendido en exceso, pero si lo llegan a descubrir los demás…

—Sí, no están preparados —admitió la muchacha—. Será mejor decírselo. —Volvió a mirarlo y se estremeció—. Parece un esqueleto colgado.

—Sí, es como un esqueleto mutilado y sin el cóccix.

Se internaron en la amplia estancia, una gran alcoba con cama amplia que estaba hecha. Maurice volcó la luz de la linterna sobre ella.

—Qué raro que hayan hecho la cama si aquí no parece que viva nadie. Hay telarañas por todas partes, está lleno de polvo.

—Y la cama también está llena de polvo.

Joana iba a retirarse, pero el joven la contuvo.

—Espera.

—¿Qué?

—Parece que…

Cogió un canto de la sábana y tiró con violencia.

¡Iiiiiiiiiih!

El chillido de la rata fue agresivo. La luz de la linterna brilló en sus ojos y la bestezuela no saltó huyendo, sino que se enfrentó a ellos, desafiante. Joana retrocedió, asustada.

—Fíjate en sus crías.

Efectivamente, tras la rata había un montón de crías apelotonadas unas contra otras, esperando que la madre rata las defendiera de los intrusos.

—Será mejor que las dejemos tranquilas, salvo que quieras dormir aquí.

—¿Yo? Ni pensarlo.

Salieron de la alcoba y al cerrar la puerta volvieron a oír el tétrico sonido del móvil musical hecho con huesecillos, en el que destacaba la horrible calavera humana.

—Veamos qué hay en la otra alcoba —propuso Maurice.

Joana se acercó más al hombre, como buscando su protección. Se sentía desasosegada pese a que estaba acostumbrada a vivir en una casa que casi podía calificarse de fantasmagórica.

Abrieron la puerta y de nuevo sonaron los huesecillos de otro móvil.

—Parece que los ha colocado en todas las estancias para que nos divirtamos —gruñó Maurice, mientras podían oír también la música de la cassette.

La alcoba era muy parecida a la anterior, pero en el dosel de la cama había una talla de madera que era una representación diabólica.

—Vamos a ver si el interior de esta cama está limpia —propuso

Maurice.

—¿Cómo habrá entrado la rata dentro de la cama?

—Habrá hecho un agujero en el colchón —respondió Maurice.

Tiró de las ropas y el interior del lecho apareció limpio.

—No está mal —opinó el hombre.

—Pues yo no dormiría aquí.

—¿Por qué?

—¿Con esa máscara del diablo sobre mi cabeza toda la noche?

—¿Tendrías pesadillas?

—Lo que creo es que no podría dormir.

—Allí hay una halconera, veremos si se puede abrir.

La cristalera se abrió y frente a ellos quedó un amplio balcón. La noche había llegado y la lluvia, también; llovía sin rabia pero de forma persistente.

—Sólo faltaría que hubiera relámpagos y truenos y tendríamos una noche de las que ponen en las películas de terror.

—No te lo tomes a broma —suplicó Joana, cogiéndole del brazo.

Salieron de aquella alcoba y visitaron otras tres más, en cada una de las cuales encontraron los macabros móviles. Los huesecillos, al golpear entre sí, sonaban inconfundiblemente.

—Para mí que los han pulido de forma que suenen mucho —comentó Maurice.

—En estas habitaciones no habrá quien duerma.

—No opines tan aprisa; a lo mejor, alguno de nuestros amigos desea excitarse con estos escenarios macabros. ¿No sabes que hay gente masoquista?

—Sí, pero…

—Quizá Michael y Claire hagan el amor en una de estas alcobas y tengan la gran gozada. —Conociendo a Claire, no creo. Michael ya es más retorcido.

—Sí, tan retorcido que puede colocar la telecámara sobre un trípode y encima graba la sesión…

Llegaron al final del amplio corredor. De allí partían dos escaleras, una hacia la derecha y otra hacia la izquierda.

—¿Adónde conducirán?

—Quién sabe —contestó Maurice—. Puede que haya un piso donde se alojaran huéspedes menores o familiares de segunda, y otra escalera puede llevar a las habitaciones más altas del edificio,

donde debían dormir los criados.

—Pues si hay que acostarse, lo mejor será ocupar habitaciones pequeñas, resultarán menos tétricas.

—Vamos a probar con una de las escaleras. ¿Cuál prefieres?

—No sé, la de la izquierda.

—Pues, vamos.

Subieron por la escalera y llegaron a un rellano donde descubrieron una ancha y pesada puerta de madera labrada negra, con sobrerrelieves en los que destacaban inquietantes máscaras, que aparecieron a la luz de la linterna que manejaba Maurice.

Aquella puerta no cedió. Joana intentó abrirla por dos veces, mas no lo consiguió.

—Es muy extraño —opinó Maurice.

—¿Por qué?

Porque hasta ahora las puertas se han resistido hasta que tú las has abierto, es como si tuvieras magia en las manos. Sin embargo, ésta…

Ahora no hay magia —suspiró Joana—. Esta puerta no se abre.

En aquellos momentos algo importante estaba a punto de suceder.

Capítulo XI

CLAIRE descubrió la biblioteca y la halló totalmente vacía de libros. Había innumerables anaqueles, pero no contenían ningún volumen.

Aquel lugar daba una sensación de absoluta soledad, una soledad que calaba, filtrándose por los ojos que miraban.

—Alguien se ha vendido los libros. Por los estantes que hay, debía haber una verdadera fortuna en libros —comentó Michael, enfocándolos con su linterna, con la secreta esperanza de hallar algún libro olvidado—. Posiblemente habría ediciones príncipe, códices valiosos, facsímiles e incunables. Me habría conformado con alguno de esos incunables.

Claire anduvo hacia el umbral de la biblioteca, cuando Michael se fijó en lo que le pareció una puerta y que podía confundirse con parte de las estanterías. Aquella puerta disimulada tenía un pomo pequeño.

Alargó la zurda, lo hizo girar y abrió la puerta, lanzando ti haz de luz hacia adelante para ver qué había tras aquella puerta disimulada. No tardó en descubrirlo, con gran sobresalto por su parte.

—¡Vivi!

La joven estaba frente a él, sonriendo malignamente. A Michael no le gustó nada su mirada y mucho menos cuando descubrió que estaba armada con un revólver.

Vivi apretó el gatillo por tres veces consecutivas y brotaron sendos fogonazos, uno tras otro.

Los oídos de Michael semejaron estallar.

Un terror rápido como el rayo retorció sus vísceras, produciéndole un dolor intenso; mas no cayó al suelo, no se sintió perforado por las balas.

Frente a él, Vivi se reía escandalosamente.

—Divertido, ¿verdad?

Michael exhaló un largo suspiro.

—Me has dado un susto de muerte.

—Tonto, ¿cómo iba a dispararte? Son balas de fogueo. Anda, toma, gástale tú la broma a René, verás qué susto se lleva.

Michael tenía ya el revólver en la mano, lo miró cuando se lo acercaba Claire.

—¿Qué pasa, Michael?

—Ha sido una broma —dijo él, dándole la espalda a Vivi.

La puerta simulada se cerró.

—No entiendo —replicó Claire.

—Ven y verás.

Salieron de la biblioteca y vieron a René venir hacia ellos. Michael le lanzó el haz de la linterna al rostro.

—Di tu última palabra, cerdo del demonio —exigió Michael con voz rabiosa, rotunda. René, a su vez, le vio el revólver en la mano, pues él también le había enfocado con la linterna, cruzando así los haces de luz.

—Oye, ¿qué te pasa ahora, qué significa ese revólver?

—Maldito seas. Por los diablos de este palacio, por todos los infiernos, te voy a matar.

—Hijo de perra, ve con Satanás —le gritó, atiplándosele la voz.

René se balanceó, indeciso.

—No juegues con eso.

—Te voy a matar, ¿es que no me has oído?

—¡Eh, se ha vuelto loco! —gritó René, dando la vuelta y echando a correr.

Sonaron tres detonaciones, una tras otra, Michael sintió las sacudidas del revólver en su mano, un revólver que, de pronto, había adquirido vida propia.

Tras él, Claire chilló aterrorizada.

En el rostro de Michael había excitación, locura, deseos de matar, con la tranquilidad al mismo tiempo de que no iba a pasar nada, pero el ansia de matar si estaba en él. René corrió unos pasos más y cayó de bruces, ya en el salón.

Adeline bajó la potencia del *rock and roll*, corrió hacia René y gritó también.

Michael quedó quieto, desconcertado. Parpadeó tras los gruesos cristales de sus gafas como despertando de un molesto sueño.

—¡Lo has matado, lo has matado! —chillaba Claire.

—No puede ser, no puede ser, sólo eran balas de fogueo —rebatió Michael.

Vacilante, como si estuviera drogado, avanzó hacia el caído.

René estaba boca abajo. Tenía tres balazos, tres agujeros que enrojecían. Adeline lo puso boca arriba y René la miró.

—¡Está vivo, está vivo!

—René, René, yo sólo quería gastarte una broma —balbuceó Michael.

René se quedó mirando a su verdugo como perplejo y luego comenzó a gritar de dolor. Se torció hacia atrás y Adeline le abrazó contra sí.

René seguía gritando, era un dolor animal, inaguantable, que en forma de alarido golpeaba las paredes del salón.

Por la escalera bajaron corriendo Maurice y Joana.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntaron.

Adeline miró a Michael, el cual aún tenía el arma en su mano.

—Lo ha tiroteado él.

—Os juro que creía que eran balas de fogueo. Ha sido Vivi, ella me ha dicho que lo asustara, primero me ha gastado la broma a mí. ¿No habéis oído los disparos?

—Hemos oído tres detonaciones —dijo Maurice.

—Tres antes y tres después —puntualizó Michael—. Son seis.

Maurice le quitó el revólver de la mano sin que Michael opusiera resistencia. Abrió el tambor, lo examinó y dijo:

—Sólo hay tres cartuchos y están quemados. Sólo tres, Michael. ¿Y los otros tres?

—Yo no sé nada, os lo juro, no sé nada —se disculpó muy nervioso ante las miradas acusadoras de sus compañeros.

René volvió a gritar como una bestia agonizante y herida, atrapada en un cepo mortal y que se negaba a morir.

—¡Hay que salvarle, hay que llevarle a un hospital! —gritó Adeline.

Maurice le miró la espalda y, sombrío, opinó:

—Me temo que no va a poder ser.

—Yo lo llevaré al hospital, lo llevaré a toda velocidad. Tengo que salvarlo, os juro que no quería matarlo, ha sido una broma. Vivi me ha dicho que lo hiciera.

—¿Dónde está Vivi? —preguntó Maurice, cogiéndole por el brazo.

—Venid, venid, está aquí; en la biblioteca.

Corrió hacia el interior de la biblioteca, se enfrentó a la puerta simulada que permanecía cerrada y dijo:

—Ahí está.

Maurice se acercó a la puerta. Tomó el pequeño pomo y lo hizo girar. Abrió la hoja de madera y tras ella apareció un muro de ladrillos.

—¿Dónde dices que estaba?

—¡No es posible, estaba ahí, ahí! —señaló el muro de ladrillos —. Yo la he visto, ella me ha dado el revólver, me ha disparado. ¡Tenéis que creerme! —gritó, desesperado y trémulo.

—Se muere, se muere —gemía Adeline sujetando la cabeza de René, que emitía sobrecogedor estertores.

Michael golpeó con sus puños la pared de ladrillo, como pretendiendo derribarla y descubrir qué había tras ella.

—¡Estaba aquí, aquí!

Michael se revolvió, todos le miraban acusadoramente.

—Os juro que ha sido Vivi, os lo juro. Yo sólo quería gastarle una broma a René, os lo juro.

—¿Por qué no has comprobado antes si el revólver tenía balas o no? —le recriminó Maurice.

—Acababan de dispararme a mí y sólo eran de fogueo… ¿Cómo podía sospechar una cosa así? —preguntó suplicante, tendiendo sus manos hacia sus compañeros.

—Me temo que eso vas a tener que explicárselo al juez —le dijo Maurice—. Desgraciadamente, en el revólver sólo había tres cartuchos quemados, los que tú has disparado.

Claire añadió:

—Nadie ha oído otros tiros.

—¡Estáis sordos, sordos! Ella me ha disparado, yo he oído las detonaciones y tú también, Claire, has tenido que oírlas.

Claire denegó, nerviosa.

—Lo siento, Michael, lo siento. Quisiera poder decirte que sí, pero no he oído nada. —¡Dios, Dios, no es posible!

Al pronunciar aquellas palabras, se produjo un trueno que hizo temblar el palacete. Parecía que el fragor fuera a derrumbar las

paredes. Todos se estremecieron ante aquel inesperado trueno. El rayo tenía que haber caído en el propio palacete.

—Yo, yo me voy —dijo Michael—. Poned a René en mi coche, lo llevaré al hospital.

—No llegará vivo, pero se puede intentar —dijo Maurice.

Fueron hasta donde se hallaba Adeline y ésta les miró con ojos desorbitados. Seguía sosteniendo la cabeza de René.

—Ha muerto —musitó.

Claire, nerviosa, inquirió:

—¿Qué hacemos ahora?

Joana dijo:

—Habrá que avisar a la policía. Yo testificaré que ha sido un accidente dentro de una macabra broma.

—Podemos poner el cadáver en el ataúd y dejarlo así hasta que llegue la policía —propuso Maurice.

—Yo iré a avisar a la policía, me entregaré, ha sido un accidente. Os lo juro, ha sido un lamentable accidente.

—Yo voy contigo —se ofreció Claire.

—Está bien —aceptó Maurice—. Los demás esperad aquí. Pondremos a René en el ataúd, estará mejor que en el suelo, aunque la policía diga que no había que tocarlo. Les diremos que no había muerto aún.

Entre todos, metieron el cadáver de René en el ataúd.

Michael y Claire salieron al atrio. Allí delante estaba el coche, del cual partía el cable de alimentación del foco para tomar la grabación de video.

—Ha arreciado la lluvia —comentó la joven.

—Cuando yo toque el claxon, corre hacia el coche —le pidió Michael, corriendo hacia el vehículo.

Penetró en él, desconectó el cable y lo arrojó fuera. Dio un claxonazo corto y Claire corrió también hacia él. Le abrió la portezuela y la muchacha se acomodó en el auto.

—¡Hace muy mal tiempo para viajar por pista forestal! —les gritó Maurice desde el atrio del palacete.

Michael no quería oír nada; sólo quería huir, huir cuanto más lejos mejor.

Encendió los faros, le dio a la llave de contacto y el coche ronroneó cansino, sin que el motor diera muestras de querer

ponerse en marcha.

Claire miró interrogante a Michael. Éste detuvo el contacto, volvió a intentarlo y el motor de nuevo runruneó fallidamente.

—Se habrá mojado algo —gruñó Michael.

—Se va a gastar la batería —le dijo Claire.

—¡Cállate!

Hubo de intentarlo varias veces. Al fin, el motor se puso en marcha y el hombre suspiró.

El vehículo se apartó del atrio y, en medio de un aguacero, rodeó los setos de boj. Avanzó sobre los paseos enarena dos y se dirigió hacia la salida.

La puerta de reja unía un pequeño muro que circundaba toda la propiedad. Los cipreses estaban al otro lado del muro, con un espesor de troncos y ramas de siete a diez metros que podían considerarse insalvables, salvo que se dispusiera de un *bulldozer* o una motosierra.

Iluminando la puerta de reja, una reja que debía tener varios siglos de antigüedad, Michael ordenó a Claire:

—Baja y ábrela.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Quién va a conducir, si no?

—Baja tú y yo conduciré.

—No, no, yo no dejo el coche en tus manos. Abre la puerta, vamos.

—Voy a mojarme —se quejó, mirando el aguacero que caía sobre el cristal parabrisas.

—Está bien, iré yo —mascculló Michael.

Se acercó a la verja. Claire lo vio iluminado por las luces del coche. Michael forcejeó rabiosamente contra la reja, pero ésta no parecía ceder mientras el agua caía sobre ellos.

No consiguió abrir la puerta pese a que se agarró a los barrotes y trató de arrancarlos inútilmente. Era su desesperación la que le hacía actuar de aquella forma; de haber usado la razón, su comportamiento habría sido otro.

Regresó al coche empapado.

—¡Maldita sea! —bramó—. ¡Inténtalo tú!

—¿Yo? Si no has podido tú, ¿cómo iba a poder yo?

—¡Maldita sea mi suerte! —bramó iracundo, golpeando el

volante con los puños y sacudiendo agua en torno suyo.

Los faros del coche se apagaron. Michael abrió más los ojos y manipuló la palanca de las luces, pero los faros no volvieron a encenderse.

—¿Qué diablos pasa ahora?

—Has roto las luces. Vas empapado de agua, chorreando —le recriminó Claire—. Debes haber provocado un cortocircuito. Además, lo has golpeado con los puños, estás histérico y el coche ya es viejo.

—¿Y a ti qué puñetas te importa? ¡El coche es mío!

—Estás loco y yo me voy.

Claire abrió la portezuela y salió al exterior bajo el terrible aguacero.

—¡Eh, espera! —le gritó Michael.

La joven cerró de un portazo y echó a correr de regreso a la casa.

Frente a él, sobre la reja, cayó un rayo que casi levantó el coche del suelo. Michael quedó cegado por unos instantes y luego divisó una figura humana frente al coche, de espaldas a la reja.

—¡Vivi!

Cayó otro rayo y el coche pareció que fuera a estallar. La reja, a tres o cuatro pasos frente a él, actuaba como un pararrayos.

La figura de Vivi se transformó en la de un anciano de larga barba que le sonrió malignamente.

Aterrado, consiguió poner la marcha atrás. Pisó a fondo el acelerador y el coche dio un salto brusco, pues soltó el embrague súbitamente.

El vehículo se introdujo entre los setos de boj, destrozándolos y quedando como atrapado. Cambió la marcha y hubo de poner el gas a fondo con la primera puesta para salir de lo que parecía un cepo.

Embriagado de locura, riendo y gritando al mismo tiempo, rodó hacia el atrio mientras el aguacero caía sobre él con tal fuerza que semejaba que millares de puños golpeasen sobre el techo del automóvil.

Trepó en parte por la escalinata hasta que el parachoques se destrozó contra el granito. El coche gimió y el cristal parabrisas se rompió, quedando como grabado, millares de puntitos que le impedían ver.

Michael saltó del vehículo.

La sangre le corría por la cara, se había abierto las cejas contra el volante.

—Tranquilízate —le exigió Maurice, recibiéndole.

—¡Los he visto, los he visto, Vivi y un viejo, están en la puerta de reja, están allí, los he visto!

El agua de lluvia diluyó la sangre de su rostro.

—Anda, pasa adentro, haremos fuego. Tienes que secarte o enfermarás.

—¡Allí no hay nadie, nadie! —le gritó Claire que estaba empapada—. Te has cargado el coche y ahora, ¿cómo saldremos de aquí, cómo saldremos?

Capítulo XII

MAURICE no dudó en destrozar unos muebles viejos que encontró en la cocina para convertirlos en leña, que fue llevada a la chimenea del salón, y allí le prendió fuego con dificultades. La chimenea debía hacer mucho tiempo que no se utilizaba y produjo algo de humo.

Cuando las llamas devoraron con fuerza las maderas el calor se hizo notar, y Michael y Claire se quitaron las ropas mojadas y se cubrieron con mantas que encontraron en las alcobas. La radio rumoreaba al fondo sin que nadie le prestara atención.

—Ahora que ya estás más tranquilo, Michael —le dijo Maurice que parecía haberse convertido en el miembro del grupo más seguro de sí mismo—, nos dirás si has bebido.

—¿Bebido?

—Sí, hay varias botellas y dos están abiertas, una de coñac y otra de scotch.

—Sí, he bebido unos tragos, pero no para emborracharme —protestó.

—Yo también he bebido algo y no he visto a Vivi —puntualizó Claire que miraba a Michael con cierto rencor.

—Os juro que la he visto, y también a un viejo de larga barba.

—Yo creo en lo que dice Michael —confesó Joana.

—Por lo menos, alguien no cree que esté loco ni borracho.

Joana prosiguió:

—Todos hemos visto a Vivi y todos la hemos visto desaparecer, porque si no, ¿dónde está ahora?

—Jugando al escondite con nosotros —dijo Adeline—. Es extraño en ella y yo no creo que ninguna de nosotras se atreviera a andar sola por este palacete tan siniestro.

—¿Qué opinas tú, Maurice? —preguntó Joana.

—No conozco muy bien a Vivi, pero también opino que ninguna

de vosotras haría lo que ella está haciendo.

—Lo hace porque va con el viejo —dijo Michael, nervioso—. A mí me engañó, me dijo que eran balas de fogueo y luego ha ocurrido lo que ha ocurrido. Se lo contaré al juez y tenéis que ayudarme, no quiero que me corten la cabeza.

—Nadie te va a cortar la cabeza —le dijo Maurice, sin pensar demasiado.

A Michael le podían caer un montón de años de presidio encima, los suficientes para aplastarlo, pero no era cuestión de desesperarlo más en aquellos momentos. Vivi tenía la clave de todo, pero ¿dónde estaba la muchacha?

Todos se mantenían cerca del fuego; era la única fuente de calor en aquella noche lluviosa y desapacible.

—Si está acompañada por el viejo Pucel, que conoce muy bien este lugar porque fue de su propiedad, perderíamos el tiempo buscándola —dijo Maurice—. Es mejor que sigamos aquí todos juntos, dormiremos como podamos. Mañana, de día y con luz, será otra cosa y si no nos interesa seguir buscando a Vivi, nos marcharemos y en paz.

—¿Cómo? La puerta de reja está cerrada.

—Joana las abre todas —dijo Adeline.

—Sí, pero esta vez no va a poder.

—Y además, Michael se ha puesto tan nervioso que ha roto el coche —le recriminó Claire.

—Pues en la moto de Maurice no vamos a poder irnos todos.

—Quizás el coche se pueda arreglar —dijo Maurice—. Mañana lo veremos, ahora es inútil, y menos bajo el aguacero.

—Lo mejor será que te vayas tú y llames a la policía para que pase a recogernos a todos —dijo Claire.

—Sí, no estaría mal —aceptó Maurice—. Después de todo, la policía va a tener que venir aquí con nosotros para averiguar lo ocurrido.

Adeline advirtió:

—Yo no me quedo sola aquí con Michael.

—Estará Claire —le dijo Joana.

—Después de lo que Michael ha hecho con el coche y… —Se mordió los labios, prefería no recordar que Michael había matado a tiros a René. Era evidente que no se llevaban muy bien.

Escuchando aquellas opiniones, Maurice decidió:

—Mejor marcharé mañana por la mañana. Después de todo, con este aguacero y con la motocicleta, no es bueno rodar por una pista forestal, puede estar cruzada por varias torrenteras y sería fácil sufrir un accidente. Lo que ha sucedido ya no se puede evitar. Podemos dormir aquí, alrededor del fuego. Tenemos sacos de dormir y algunas mantas. Si alguien lo cree conveniente, podemos coger un colchón de una de las camas de arriba. —Miró a Joana y le preguntó—: ¿Crees que alguien se va a molestar?

—No —denegó ella—. No creo.

Las tres muchachas asintieron. Por su parte, Michael no dijo nada, estaba encogido sobre sí mismo, envuelto en la manta, recibiendo el calor del fuego de la chimenea, porque el frío más lacerante se apoderaba de su cuerpo.

Lo único que le preocupaba en aquellos momentos era el temor a la guillotina.

—Yo prefiero dormir en un colchón —dijo Adeline.

—Entonces vamos a por él. En uno de esos colchones podéis dormir dos. Con bajar un par, será suficiente.

—Hay que tener cuidado con los nidos de ratas —advirtió Joana.

Adeline dio un respingo.

—¿Ratas? —preguntó, asustada.

—Sí, hemos encontrado un nido en un colchón. La verdad es que me he asustado mucho al verlas.

—En ese caso, paso del colchón —dijo Adeline.

—Los otros colchones están limpios —objetó Maurice—. No podemos acogotarnos por todo. Pon la radio más alta de volumen y una música que sea agradable, a este palacete le falta animación.

Claire, envuelta en una manta, se quedó junto a la chimenea.

La lluvia también había calado en ella y era una lluvia fría, cercana al aguanieve.

Los velones seguían ardiendo en los lugares estratégicos donde ellos los habían colocado para tener luz. Todos rehuyeron mirar hacia el ataúd que continuaba sobre el catafalco y en el que descansaba el cadáver de René. Le habían puesto la tapa para no ver su macabro contenido.

Joana, Maurice y Adeline subieron por la ancha escalera y

llegaron a las habitaciones.

Desestimaron la alcoba donde sabían que anidaba la rata con sus crías y penetraron en el cuarto del que habían sacado las mantas.

—Nos llevaremos el colchón de esa cama —señaló Maurice—. Por lo menos no estará duro.

Un relámpago seguido de un estruendoso trueno, casi al unísono luz y fragor, les cegó y ensordeció. La luz violácea penetró por la ventana y, como si fuera un foco de proyección, dio de lleno en el dosel de la cama.

Adeline, sorprendida, chilló despavorida mientras cerraba sus manos, sus uñas se clavaron en torno al brazo de Maurice. Acababa de descubrir la máscara tallada en madera negra. La luz la iluminó de tal manera que la máscara satánica semejó cobrar vida.

—Tranquilízate, sólo es una talla de madera —le dijo Maurice.

—No puedo, no puedo resistirlo —confesó Adeline.

—Está bien, vete abajo con Michael y Claire.

Adeline no se lo hizo rogar por dos veces. Sin mirar la máscara diabólica que tanto le impresionara, salió corriendo de la alcoba.

Quiso dirigirse hacia la doble escalinata unida por aquella baranda en forma de palco que dominaba el salón, cuando vio avanzar hacia ella a una figura humana.

Se detuvo, la estaba viendo a contraluz, una luz débil que venía de los velones que iluminaban el salón de donde llegaba la música del radio-cassette, una música que en aquellos instantes era una pieza de Back interpretada al órgano clásico.

—¿Michael?

No era Michael, era demasiado alto para ser Michael. Aquel ser avanzaba hacia ella ligeramente tambaleante.

Torpemente, Adeline encendió la linterna y le lanzó el haz de luz al rostro.

Lo que vio la hizo chillar de terror.

Jamás, jamás había gritado de una forma semejante. Aquel chillido advertía que la joven había rebasado la barrera del miedo y había ido más y más lejos.

Maurice, seguido de Joana, pasaron corriendo por debajo del móvil que se agitó macabramente, posiblemente por alguna desconocida corriente de aire.

—¿Qué pasa? —inquirió Joana.

—¡René, René, lo he visto, estaba aquí, venía hacia mí, venía hacia mí, lo he visto!

—¡Vamos, vamos! —le pidió Joana—. René está muerto, lo hemos puesto en el ataúd.

—¡No, estaba aquí, lo he visto!

—Estás muy excitada, Adeline —trató de calmarla Maurice.

—Lo he visto, os lo juro.

—¿Qué pasa? —gritó Claire desde el salón.

Se acercaron al palco desde el que se dominaba el salón.

—Nada, Adeline que está asustada.

—Os juro que lo he visto. René no está en el ataúd, está caminando, se ha ido hacia el final del corredor.

Maurice objetó:

—No ha tenido tiempo.

—Sí, al chillar yo se ha ido corriendo.

—Ven, ven y te convencerás —le dijo Maurice, cogiéndola de la mano.

Descendieron la escalera. Joana fue tras ellos, no deseaba quedarse a solas después de lo que Adeline había dicho, aunque ella se negase a creerlo.

Se acercaron al catafalco. Adeline se puso muy tensa, al borde de la histeria.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Joana.

—Quiero que vea a René —respondió Maurice—. La única forma para convencerla de que lo de arriba sólo ha sido una alucinación.

—¡No, no quiero verlo, no quiero, no quiero verlo! —gritaba Adeline.

Maurice la retuvo sujetándola firmemente por la mano. Ella quiso desprenderse, pero no lo consiguió pese a que le arañó la mano haciendo brotar la sangre.

—Basta ya, míralo.

Levantó la tapa y lodos miraron el interior del féretro.

A Adeline se le agradaron más los ojos hasta que los cerró de golpe y sus piernas se negaron a sostenerla, cayendo desmayada. Sus nervios ya no podían soportar más tensión.

—Es Vivi —musitó Joana, entre incrédula y anonadada.

Maurice recogió el cuerpo inconsciente de Adeline al tiempo que, atónito, observaba al ser que yacía dentro del ataúd.

—No lo entiendo.

Joana miró con infinito recelo a la que fuera su amiga.

—Parece, parece muerta.

—No puede ser —repitió Maurice.

—Sí, sí, parece muerta.

—La verdad es que si lo parece, pero antes, antes también lo parecía y…

Claire se mantenía a cierta distancia, también recelosa, y Michael no se separaba de la chimenea.

—¿Qué pasa? —gritó Michael que por causa de la música de órgano que brotaba del radio cassette estéreo no había oído las palabras de Joana.

—Vivi está dentro del ataúd —dijo Claire.

—¿Vivi? —repitió Michael.

Maurice le pidió:

—Ven aquí.

—¡No!

—¡Cobarde!

—¡No quiero verla, es una bruja, es una bruja! —gritó Michael.

Maurice llevó a Adeline hasta la chimenea. La depositó en el suelo sobre una manta y regresó al ataúd. Cogió el rostro de Vivi, le levantó un párpado y le observó la pupila.

—Está muerta, ¿verdad? —inquirió Joana, sin atreverse a acercarse al féretro.

—Sí, tiene la pupila dilatada. Parece haber muerto por estrangulamiento.

Claire se volvió hacia Michael y, alzando la voz, le preguntó:

—¿La has matado tú?

—¿Yo? ¿Es que os creéis que soy un asesino insaciable? He matado a René por equivocación y Vivi ha sido la culpable.

—Es difícil entender lo que ocurre aquí —admitió Maurice con un corto suspiro.

Joana interrogó:

—¿Y René?

—Si no está aquí, es posible que sí lo haya visto Adeline.

—Pero ¿cómo puede ser, si estaba muerto?

Claire puntualizó:

—Tenía tres balazos en la espalda.

—Sí, tres balazos, pero ahora no está aquí y si Vivi está ocupando su puesto, algo muy raro ocurre.

—¿Pucel? —sugirió Joana.

—Ese viejo no puede transportar un cuerpo como el de René arriba y abajo, no puede, no tiene fuerzas suficientes.

—A menos que…

—¿Que tenga poderes especiales, quieres decir? —inquirió Maurice.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Claire—. ¿Poderes especiales, qué clase de poderes?

—Alguna explicación ha de haber para lo que aquí está ocurriendo —dijo Maurice—. Vivi estaba viva y ahora esté muerta, y René que estaba en el ataúd, todos le hemos visto muerto, ahora está caminando por el piso alto.

—¡René está muerto, muerto! —insistió Claire.

—Tendríamos que encontrarlo —opinó Maurice.

—¿De verdad crees que es un zombi? —preguntó Joana, con el miedo envolviendo cada una de sus palabras.

—¿Tú crees en los zombis?

—No.

—¿Entonces?

—Es que…

—Me temo que buscar a René esta noche sería poco menos que inútil. Este palacete debe tener muchas habitaciones, vericuetos y pasadizos secretos. Buscar a alguien aquí durante la noche es una tarea inútil.

—Pero ¿qué puede hacer René si está muerto? —preguntó Claire —. ¿Es acaso un muerto viviente?

—Calma, calma… Yo creo que alguien nos está gastando una broma pesada. Estamos aquí como en una trampa, mejor diría dentro de un escenario donde ocurren cosas, cosas incomprensibles para nosotros. Un director y unos actores nos están haciendo vivir alucinaciones.

—¿Quieres decir que estamos hipnotizados? —preguntó Joana.

—Podría darse el caso. He leído algunas cosas de éstas, se tratan en parapsicología.

Claire inquirió:

—¿Es ésta una casa encantada, acaso?

Joana concretó:

—Es Gehenna.

Nada más pronunciar aquel nombre cuando un rayo cayó sobre alguna parte del palacete. Su poderosa luz penetró por todas las ventanas, al tiempo que el trueno semejaba que fuera a resquebrajar techos y muros.

—Es la morada de Satanás —gruñó Michael.

De pronto, algo cayó por la chimenea. Dio contra las brasas que ardían y siguió rodando fuera de la chimenea, cayendo entre chisporroteos a los pies de Michael que saltó aterrorizado.

—¡Nap, Nap, es Nap!

Capítulo XIII

A MICHAEL le castañeteaban los dientes. Tenía la espalda pegada a la pared, no podía retroceder más.

Maurice se acercó a la cabeza humana, la observó de cerca y opinó:

—No cabe duda, es la cabeza de Nap.

—Entonces, su asesino está aquí —observó Joana, mirando alrededor con miedo, como si de un instante a otro una gran espada de afilada hoja fuera a caer sobre ella.

—Es una advertencia para Michael —dijo Claire—. Le cortarán la cabeza.

—¡Cállate, cállate! —gritó Michael.

Maurice buscó, entre lo que había traído, una prenda que resultó una camisa. Envolvió la cabeza, la tomó entre sus manos y notó su considerable peso.

Se acercó al ataúd, lo abrió y la arrojó dentro. Volvió a cerrar, lamentándose:

—Si por lo menos tuviéramos la llave del ataúd…

—La han tirado desde arriba —dijo Michael, algo más repuesto.

—Arriba está René —recordó Joana.

Adeline despertó en aquel momento y, como si se acordara muy bien de lo sucedido, comenzó a sollozar convulsivamente, al tiempo que con palabras que apenas se le entendían, decía:

—Quiero irme a casa, quiero irme de aquí, quiero irme de este maldito lugar…

—Nos podríamos marchar todos si Michael no hubiera roto el coche.

—Cuando se haga de día, veremos la forma de arreglar el coche —dijo Maurice—. Ahora es inútil. Nada más abrir el capó del motor se llenaría de agua.

—Es inútil, no se puede salir de aquí, la reja está cerrada.

—Joana la abrió —dijo Claire—, la volverá a abrir.

—¿De veras la volverás a abrir? —preguntó Michael, ansioso.

—Pues claro que sí. Estaba abierta cuando entramos, ¿no?

—Sí, pero alguien la ha cerrado. Esto es una trampa en la que hemos caídos todos. Tú nos has traído aquí. ¿Para qué, Joana, para qué nos has traído a este maldito lugar?

—Mi abuelo quería saber cómo era este sitio: quería unas fotografías. Yo no os he traído, habéis venido por vuestra propia voluntad.

—¡Basta! —exigió Maurice—. No debemos pelearnos entre nosotros, debemos permanecer unidos. Las fuerzas malignas que nos amenazan quieren dividirnos. ¿Es que no os dais cuenta?

—Entonces, ¿tú crees en esas fuerzas ocultas? —preguntó Claire.

—No sé lo que creer —confesó Maurice—. Me gustaría que todo fueran trucos, que todo fuera una broma macabra, pero…

—Yo también creo en fuerzas sobrenaturales —confesó Joana—. El abuelo Louis ha vivido demasiados años, no es natural.

—Ha habido hombres más viejos que tu pariente, tu tatarabuelo, ¿no es así? —preguntó Claire.

—Sí, ha habido hombres más viejos que él y puede que los haya aún, pero no es lo mismo.

—¿Por qué no? —inquirió Michael.

—El abuelo Louis tiene muchos años, muchos, pero incluso pasando del siglo se ha comportado como un hombre maduro pero con plenos poderes mentales y sexuales.

—¿Plenos poderes sexuales pasando del siglo? —repitió Adeline, incrédula.

Las horas que faltaban para el amanecer de aquella noche desagradablemente lluviosa iban a hacerse interminables. No comprendían nada de lo que sucedía.

Vivi, a la que en principio creyeran muerta, se había mostrado como viva para luego reaparecer muerta. Por otra parte, René, al que Michael había matado a tiros, había desaparecido y Adeline decía haberle visto vivo.

Sólo había faltado la violenta aparición entre las brasas de la chimenea de la cabeza de Nap, el joven asesinado junto a su coche.

—¿De veras no sabías nada de Nap? —preguntó Claire de pronto a Michael.

—¿Yo, por qué tenía que saber de él, por qué; es que crees que también lo asesiné yo?

—Puede que el juez lo crea así —insistió Claire.

—Es posible —admitió Maurice.

—¿Estáis locos?

Claire preguntó:

—¿No te pidió Vivi que lo mataras?

—No, si ahora voy a ser yo el asesino de todos los muertos que aparezcan… Os repito que Vivi me engañó.

—Un momento —pidió Maurice, y todos le miraron—. ¿Y si se tratara de un truco? René podía estar de acuerdo con Vivi para asustarnos a todos.

—Sí, sí, eso puede ser —se apresuró a decir Michael—. René fingió que yo lo baleaba y se hizo el muerto.

Adeline protestó:

—Estaba muerto, muerto. ¿Os olvidáis de la sangre?

—Podía traerla preparada en una bolsita de plástico como se hace en el teatro.

—Yo no lo creo —rebatió Adeline—. René estaba muerto.

—Y Vivi también lo está ahora —dijo Joana.

—¿Y la cabeza de Nap, qué hace la cabeza aquí? ¿Se puede fingir eso? —preguntó Adeline.

Maurice miró intensamente a Joana y le preguntó:

—¿Qué opinas tú?

—Me lo preguntas de una forma especial, ¿verdad, Maurice?

—Este palacete pertenece a tu familia. ¿Qué supones que puede estar ocurriendo aquí? —No lo sé, pero ¿quién no cree en las casas malditas o también llamadas «encantadas»? —Los miró a todos y, al no hallar ninguna objeción, prosiguió—: Hay mucha gente que dice no creer en ellas, pero no se arriesgan a quedarse solos en una de esas casas y quizás este palacete al que se le llama «Gehenna» o «Morada del diablo», puede sufrir una serie de fenómenos extraños, fenómenos que no llegamos a comprender.

—Fenómenos que matan —puntualizó Michael.

—Bueno, sólo nos queda matar el tiempo sin separarnos —propuso Maurice—. Al amanecer todo será distinto. Con la luz del día lo veremos todo distinto.

—Si sigue lloviendo como ahora la situación no va a variar

demasiado —opinó Michael.

—Tengo frío —dijo Claire, estremeciéndose.

—Pues habrá que romper más muebles o puertas, si hace falta, para alimentar la chimenea —dijo Maurice.

Más madera fue pasto de las llamas, unas lenguas rojo amarillentas que crecieron con facilidad, dándoles luz y calor que les confortó, hasta que ocurrió algo que erizó sus pelos de miedo.

—¡Ayudadmeeeee, ayudadmeeeee!

La voz lúgubre, suplicante y lejana, les hizo tragar saliva con dificultad.

Temblorosa, lanzando su mirada hacia la escalera a la que nadie se atrevía a ir, Adeline dijo:

—Es René, es René.

Un súbito ventarrón debió entrar por la abertura exterior de la chimenea, porque las llamas salieron de su encierro y semejaron querer envolver a Claire que gritó, asustada:

—¡Esto es el infierno, esto es el infierno!

Capítulo XIV

EL viejo Louis Mortemart abrió los ojos. Su agonía se prolongaba como un castigo infernal.

—Pucel…

El enigmático anciano de larga barba puntiaguda, ojos con brillo de rescoldo, cabellos blancos amarillentos siempre alborotados y ropas oscuras que alargaban su silueta, estaba a los pies del lecho. Sonrió con infinito sarcasmo.

—Está llegando tu hora, Louis Mortemart.

—No quiero morir, no quiero morir —dijo, alargando las palabras con la voz oscura y cavernosa que brotaba por entre sus dientes amarillos.

—Lo sé, lo sé. Otro, a tu edad, después de lo que has vivido y viendo su cuerpo consumido como está el tuyo, suplicaría la muerte.

—Yo no quiero morir, no quiero morir —gemía, sabiéndose impotente para torcer su destino.

—Yo no soy la muerte, Louis Mortemart, sólo hago pactos con ella. Soy el intermediario entre tú y ella, pero no tengo su poder. Ella aguarda, aguarda su momento. Ahí afuera está, esperando —le dijo con voz lenta, una voz que sonaba sentenciosa e inapelable en cuanto decía.

—Que no entre, que no entre.

La ventana se abrió como si los herrajes de cierre se hubieran partido.

Los pesados cortinajes se alzaron empujados por el viento como si fueran gasas livianas.

En la ventana, con el fondo de la noche, noche de tormenta, estaba la más horrible de las damas, escrutándole desde sus cuencas vacías, envuelto su esquelético cuerpo con una larga capa negra mientras entre sus manos sostenía la afilada guadaña, presta a

intervenir. Louis Mortemart la miró con espanto.

—Se acaba tu tiempo, Louis Mortemart —silabeó Pucel.

—¡No dejes que entre, no dejes que se me acerque, no la dejes! —gritó con voz ronca, desesperado, levantando sus manos e interponiéndolas entre él y lo que estaba viendo, mientras las cortinas semejaban volar y la macabra imagen de la muerte permanecía en pie sobre el alféizar de la alta ventana, como aguardando el momento definitivo para saltar al interior de la alcoba.

—Ya no puedes ofrecerme nada, Louis Mortemart, nada —le dijo Pucel—. Has asesinado a quienes se han acercado a ti porque seguías creyendo que con cada crimen alargabas tu miserable y podrida vida humana, pero ya ves que las últimas muertes han sido inútiles. Te aterroriza la muerte porque sabes que cuando ella siegue el hilo de tu vida tendrás que pagar tu parte del pacto que hiciste conmigo y eso será para toda la eternidad.

—Cuando llegue el apocalipsis y el juicio final, todo, todo habrá terminado.

—Iluso, en la eternidad de los tiempos jamás habrá un juicio final.

—Así está escrito…

—Será mejor que no creas en todo lo que está escrito.

Los humanos miserables como tú se sucederán unos a otros. Pueden desaparecer los individuos, generaciones, naciones enteras, civilizaciones completas, pero otras les sucederán. Yo, que soy eterno y no tengo fin, lo sé bien. Los humanos de civilizaciones totalmente desaparecidas e ignoradas llegaron a creer lo mismo que tú crees ahora y ya ves, tú estás aquí y luego vendrán otros y otros. El universo es infinito. Mi tarea no tiene fin, pero eso sí, siempre la llevo a cabo bien, sujetando todos los cabos. Tu pequeña y miserable vida se acaba. Has llegado a creer que ha sido muy larga, pero en mi concepto de la unidad del tiempo, apenas ha sido una gota en los océanos. Si yo fuera capaz de sentir lástima, tú me la darías, Louis Mortemart. Has vivido, robado, asesinado, corrompido… Has gozado de una excelente salud y del poder de la virilidad del macho cabrío, pero ahora te toca pagar.

Desesperado, hundido en su lecho de muerte, Louis Mortemart balbuceó:

—Algo habrá que pueda ofrecerte.

—No.

—Te ofrezco la inmortalidad de todos los Mortemart —le dijo, en su desesperación por prolongar su tiempo de vida.

—Bah, yo puedo conseguir esa inmortalidad.

—¿De todos?

Pucel permaneció unos segundos en silencio, se volvió hacia la ventana y el viento cesó.

Allí seguía la macabra figura de la muerte, esperando entrar en la alcoba. Los ventanales se cerraron y ella quedó tras los cristales. Los cortinajes terminaron ocultándola y la respiración del agónico Louis Mortemart se hizo jadeante de satisfacción.

—¿Qué es lo que piensas hacer para entregarme la inmortalidad de los tuyos?

—Todo.

—En cierto modo, ahora te puede ser fácil. Antoine, tu nieto, está en el hospital; te tiene terror, es un cobarde nato. Después está Diana, ella ha ocultado uno de tus crímenes. Intuye quién soy y me obedece. Está dispuesta a hacer cuanto le pida por terror y también a cambio de una vida de fortuna, de éxito en el amor.

—¿Para qué esperar tanto tiempo, si puedes conseguir su eternidad pronto?

—Quizá. Luego, está Joana. ¿Cómo podrás entregarme a Joana?

—A través del miedo.

—No es un fácil, y yo tengo mucha más experiencia que tú. Joana está con unos amigos sufriendo el terror dentro de Gehenna.

—¿En Gehenna están?

—Sí, allí están, acosados por el terror. Bien, vas a tener un nuevo plazo, Louis Mortemart.

—¿De cuánto tiempo?

—Eso, no lo sé. Yo intercederé por ti, pero es la muerte quien tiene la última palabra. Te cedí Gehenna para tus orgías, bien lo aprovechaste; las calaveras que guardas en tu caja de caudales así lo demuestran. Te has ganado a pulso la eternidad en el otro Gehenna, en el Gehenna que está más allá de la muerte.

—Si permanezco aquí, agonizante en el lecho, no podré servirte, Pucel.

—Podrás moverte hasta que la muerte llegue a por ti. Yo no

estaré lejos. Ya conoces algunos de mis poderes; puedo estar aquí ahora y, dentro de un instante, en otro lugar muy lejano. Me mantendré cerca de ti y te ayudaré en lo que pueda. Puedo introducirme en el cuerpo de un cadáver y hacer que se mueva como si estuviera vivo, o penetrar en el cuerpo de los vivos y torturarlos con mi incómoda presencia.

—Pero no puedes hacer daño físico a nadie —le puntualizó Louis Mortemart.

—Cierto, pero de eso ya os encargáis vosotros mismos. *Homo homini lupu*[1]… Mi labor es, en cierto modo, sencilla, me basta con demostrar que sois más perversos que yo mismo. Suerte, Louis Mortemart. Te queda algo más de tiempo antes de que hayas de pagar con tu alma. De tu comportamiento depende, a partir de ahora, que ese tiempo que te resta antes de que deba conducir tu alma a Gehenna sea más o menos corto.

Pucel dio por concluida su visita al moribundo. Se alejó hacia la puerta y desapareció.

Louis Mortemart se reincorporó en su lecho, aquel lecho que había de ser de muerte. Apartó las mantas y la sábana y se puso en pie. Se tambaleó ligeramente, y así estaba cuando entró una mujer en la estancia.

—Diana.

—Pucel me ha dicho que me necesitas.

—Acércate, acércate a mi —le ordenó como había hecho siempre en aquella mansión donde se consideraba el poder absoluto.

Diana obedeció hasta detenerse a un paso de él.

—Acércate más, acércate, quiero notar tu calor humano.

La mujer vaciló un instante, pero luego dio el paso y notó las manos de Louis Mortemart, el abuelo de su abuelo, en torno a su cuerpo. La estrechó fuertemente contra sí, era como si quisiera succionar su calor de vida, su energía.

De pronto, Louis comenzó a reír. Fue una risa al principio vacilante, ansiosa. Sus ojos también comenzaron a reír y su boca se abrió para exhalar lo que terminó convirtiéndose en una estentórea carcajada.

Diana se asustó ante lo que estaba ocurriendo. Louis Mortemart no parecía el mismo que unos momentos antes. Estaba cobrando

una fuerza vital que cabía calificar de feroz. Sus dedos, poseedores de una fuerza inhumana, rompieron el vestido de la mujer que gritó.

—¡Noooo, noooo!

Capítulo XV

EL día nació lluvioso. La arena de los paseos era incapaz de absorber unta agua y se formaban grandes charcos. La tierra que quedaba oculta bajo la arena parecía impermeable.

Al abrir la puerta de Gehenna, todos miraron hacia afuera con decepción. El automóvil de Michael estaba allí, frente a ellos, recibiendo el imponente aguacero y con el parabrisas lleno de puntitos blancos que impedían la visión. Bastaría darle un puñetazo para que cientos de diminutos cristales cayeran al suelo.

—En estas condiciones, es inútil tratar de arreglar el coche —opinó Maurice.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Claire.

—Yo llevo un impermeable de plástico en mi moto. Voy a ir hasta la verja y veré si se puede salir.

—¿Te atreverás a viajar en moto con esta lluvia? —preguntó Joana.

—Siendo de día, sí. Por lo menos, los peligros serán visibles. Iré en busca de ayuda. Haré que venga una grúa para buscar el coche y también avisaré a la policía.

—Un momento —pidió Michael.

Todos le miraron. Claire inquirió:

—¿Qué quieres?

—Despacio, despacio —pidió, nervioso—. He estado meditando estas malditas horas antes de que llegara el día y he llegado a la conclusión de que si no hay cadáver, no hay muerto. ¿Para qué entonces avisar a la policía?

—Es cierto —admitió Adeline—. Yo he visto a René vivo, caminando, y todos le hemos oído lamentarse.

—Y el cuerpo de Vivi, ¿qué? Está en el ataúd, y luego está la cabeza de Nap.

—Nos agobiarán a preguntas —dijo Michael, nervioso—. No sé

si nos meterán a todos en un manicomio o acabaremos en la guillotina. Creerán que nosotros hemos matado a Vivi y a Nap.

—¡Yo no tengo nada que ver! —gritó Adeline, agudizándosele la voz.

—Todos diremos que no hemos sido, pero ¿se lo creerá la policía? —prosiguió Michael—. Dirán que a Nap lo mató uno de nosotros; de lo contrario, ¿qué haría su cabeza en este palacete?

—¿Adónde quieres ir a parar, Michael? —preguntó Maurice.

—A algo muy sencillo.

—Dilo de una vez —exigió Claire.

—A que nos marchemos de aquí y nos olvidemos de todo lo ocurrido, como si esta noche no hubiera existido jamás.

—¿Y ellos? —Joana señaló hacia el interior de la casa.

—Que se queden aquí. ¿Quién va a encontrarlos? Hay telarañas aquí que parecen tener siglos. Aquí no viene nadie y, si algún día se acerca alguien, ¿qué va a encontrar? Restos humanos, nada más. Sólo se trata de que les quitemos las ropas, todo lo que lleven encima y que la naturaleza haga el resto, que no se puedan identificar. Después de todo, ninguno de nosotros es culpable de nada, pero la policía no se lo va a creer y tratará de culpabilizarnos como sea. Y yo no quiero pasar el resto de mi vida en la cárcel.

—Ya discutiremos luego todo eso. Ahora voy a ver si la reja se puede abrir.

Maurice sacó el impermeable, que era azul, casi negro. Se cubrió con él y bajó la escalinata, pasando junto al coche averiado.

Avanzó por el sendero enarenado, flanqueado por los setos de boj que estaban descuidados desde hacía demasiado tiempo. Cada rama iba en la dirección que había seguido nada más nacer, ramas que ahora ya tenían unos troncos gruesos.

Mientras caminaba bajo la lluvia, vio los altos cipreses, árboles altos y puntiagudos que jamás se debían haber recortado. Aquellos árboles tendrían una altura entre los diez y los quince metros. Sus puntas no eran uniformes, unas destacaban entre las otras.

En la parte baja, rodeaba la propiedad un muro de piedra no muy alto. Los cipreses se hallaban fuera del muro. Pasó por encima de los anchos charcos y llegó frente a la reja.

Observó los setos que Michael destrozara durante la no che en su intento de marcharse sin conseguirlo. Se enfrentó a la puerta de

reja, sujeta al muro por grandes pernios. La cerradura era antigua pero muy sólida.

Agarró las rejas con sus manos.

El agua chorreaba por los hierros y, por más que intentó abrirla, no consiguió nada. Se apartó un paso y, justo entonces, un rayo dio de lleno en la reja y toda ella vibró de forma impresionante.

Maurice se sintió transportado, como elevado del suelo.

El fragor del trueno le ensordeció y, cuando quiso darse cuenta, había caído al suelo. Se recuperó casi al instante. Los gritos de las muchachas fueron absorbidos por el fragor del trueno. Miró la reja y gruñó entre dientes:

—Maldita, maldita.

De un salto, trepó al muro. Intentó filtrarse por entre los cipreses para escapar a aquel cerco de árboles que les encerraba como si estuvieran en una prisión.

Las ramas se entrecruzaban de tal manera que, salvo que se dispusiera de una sierra o un hacha y paciencia, era imposible atravesarlas.

Se dejó caer hacia la base de los troncos y entonces pudo comprobar que los troncos casi se tocaban. Si conseguía pasar entre algunos de ellos, más adelante otros se cerrarían, de tal forma que le harían imposible el paso.

Desistió. Volvió a trepar sobre el muro cuando otro rayo, con el consiguiente trueno, cayó sobre la puerta, advirtiéndoles del peligro que significaba tocarla.

Bufó con desesperanza y regresó al atrio donde, a resguardo de la lluvia, aguardaban los demás.

—No se puede pasar, ¿verdad?

—Así es, Michael, no se puede pasar y esa maldita puerta está colocada de tal forma que parece un pararrayos. Si alguien quiere achicharrarse, basta con cogerse a esa reja y esperar hasta que quede fulminado.

—He pasado un miedo terrible —le confesó Joana.

—Y ahora, ¿cómo vamos a salir de aquí? —preguntó Claire.

—Si estuviera todo seco, con una cerilla —dijo Maurice—. Hace falta un hacha o una sierra para cortar ramas. Si lo consiguiéramos, haríamos un hueco entre el ramaje de los cipreses y pasaríamos. No es que sea fácil. El espesor es mucho, pero haríamos una especie de

túnel.

—¿Y si buscamos dentro del palacete por si encontramos herramientas cortantes?

—Sí, podemos buscarlas. Ahora es de día, todo es distinto —opinó Adeline.

—Como con esta lluvia no se pueden emplear las cerillas, busquemos herramientas para cortar el ramaje de los cipreses. Os advierto que algunas de las ramas son gruesas como mí brazo.

Entraron en el palacete y cerraron la puerta. En la chimenea no había ya fuego.

—¿Te importa que destrocemos algún mueble más? —preguntó Maurice a Joana.

La joven asintió. Reavivaron el fuego, era lo único que daba color y vida en aquel palacete.

—¿Por qué no comemos algo antes? —propuso Adeline—. Yo tomaré unas galletas y *whisky*, me va a hacer falta.

—No está mal pensado —aceptó Maurice—. Tampoco nos viene ya de una hora para salir de aquí.

—Eh, ese banco déjalo —pidió Maurice a Michael.

—Yo no me fiaría al sentarnos, es muy viejo.

—Servirá de ariete.

—¿Para qué?

—Arriba hay una puerta que se resistió.

Pese a la pertinaz lluvia, la llegada del nuevo día les había insuflado nuevas fuerzas. Calentaron agua en la chimenea y tomaron café soluble y leche condesada, *whisky*, coñac y galletas dulces.

Aumentaron la potencia del radio-cassette y el palacete se llenó de música punk. Aquella música sonaba como una herejía en semejante lugar, pero conseguía romper la estructura deprimente y demoniaca del palacete Gehenna.

La voz quejumbrosa y de lamento de René se había silenciado y ello les tranquilizaba, pero aún ignoraban dónde se encontraba el que fuera su compañero y ninguno de ellos tenía ya la certeza de si estaba vivo o muerto. Se dirigieron a la cocina, donde presumiblemente podían hallar objetos cortantes y contundentes.

Joana parecía dotada de una magia especial o guiada por algún espíritu invisible, pues las puertas que se resistían a los demás a ella

se le abrían con facilidad.

Parecía infructuosa la búsqueda de objetos adecuados para desramar los cipreses hasta que Joana, en un armario bajo, halló un hacha de gran tamaño, un hacha de dos manos que mostró a los demás.

—¡Mirad qué he encontrado!

Michael exteriorizó sonoramente su alegría con un grito que salió agudo de su garganta.

Maurice se adelantó y la tomó de las manos de Joana, observándola.

—Tiene un filo mellado y romo. Habrá que afilarla para sacarle partido.

—Pero algo se podrá hacer con ella, ¿no? —preguntó Michael.

—Bueno, lo primero que se puede hacer es afilarla. Tómala.

Con el hacha de gran peso entre sus manos, Michael preguntó:

—¿Y qué hago yo con ella?

—Afilarla.

—¿Dónde?

—¿No se te ocurre nada?

—La verdad, no —confesó Michael.

—Pareces tonto.

—Oye, sin insultar —exigió, mostrando el hacha con gesto agresivo, aunque lo hiciera inconscientemente.

—¿De qué están hechos los escalones del atrio?

—No sé, de piedra, supongo, no me he fijado.

—Pues eso, de piedra, de granito. Te sientas en un escalón, mojas de cuando en cuando el fijo del hacha con la lluvia y lo vas pasando por el canto romo del escalón, primero una cara y luego por otra, sin prisas y con paciencia. Tú mismo te sorprenderás del filo que le sacas.

—¿Y por qué no la afilas tú, que sabes tanto?

—Porque yo voy a ir arriba.

—¿Adónde?

—Arriba. —Señaló la escalera.

—¿Y qué esperas encontrar?

—A René. Adeline lo vio arriba y las voces de René también parecían venir de ahí. ¿Quieres ir a buscarlo tú mientras yo afilo el hacha?

—Tienes razón, tengo que afilar el hacha. Pienso dejarle un buen filo. No os preocupéis, con uno que pase frío afuera será suficiente.

Tras aquellas palabras, Michael, que se encontraba más recuperado después del desayuno ingerido, en el que había incluido una generosa dosis de *whisky* y coñac, que parecía haberle hecho olvidar lo sucedido con René, su supuesta muerte de la que se sentía culpable, aunque se empeñase en acusar a Vivi, salió al atrio de la mansión.

—René sigue vivo —dijo, y comenzó a silbar mientras el agua golpeaba sonoramente sobre el techo de su automóvil averiado, muy cerca de él. Allí estaba, atorado frente a las anchas escalinatas que había pretendido subir sin conseguirlo.

Maurice, resuelto, dijo:

—Voy a ir arriba.

—Yo te acompaño —decidió Joana.

—Bien, veremos si tu magia es buena para abrir ciertas puertas.

—Nosotras nos quedamos —dijo Adeline.

—Sí, nos quedamos aquí, junto al fuego, y le iremos añadiendo maderas para que no se apague.

—De acuerdo. Por lo menos tendremos un poco de calor de hogar —suspiró Maurice, mirando hacia el ataúd que seguía sobre el catafalco.

Joana captó su gesto y preguntó:

—¿No sería mejor que lo lleváramos a alguna habitación o dependencia para no tenerlo tan a la vista?

—Si estando a la vista nos han hecho el cambiazo, ¿qué sucedería si estuviera en un lugar donde no pudiéramos vigilarlo?

—¿Adónde vas con eso? —inquirió Joana, mirando el banco de madera, estrecho y sólido, que Maurice se había cargado al hombro.

—Es por si tu magia no funciona.

—¿De veras crees que tengo magia?

—Yo creo que, por alguna causa desconocida, tú consigues abrir puertas que los demás no podemos abrir.

—¿Piensas derribar alguna puerta con eso?

—Quizá. —Se detuvo al pie de la escalera y dejó el banco en el suelo—. Un momento. Joana le vio acercarse al ataúd y, una vez junto a él. Maurice levantó la tapa casi dos palmos. Observó y

volvió a cerrar, regresando junto a la muchacha que le aguardaba en el primer peldaño de la escalera.

—¿Todo está como lo dejamos? —preguntó la joven con cierto patetismo.

—Sí.

—¿Es Vivi?

—Sí.

Capítulo XVI

SUBIERON la escalera y se introdujeron por el amplio corredor. No se detuvieron en las alcobas de las que habían sacado mantas.

Maurice se decidió por la escalera por la que ya habían pasado. Cargado con el banco, anduvo delante y Joana le siguió hasta el rellano donde se hallaba la puerta en la que estaba la máscara satánica tallada en un bajorrelieve muy grande.

—Prueba a abrirla —pidió Maurice.

—¿Qué esperas encontrar tras esa puerta?

—No lo sé, quizás a René.

Joana, con cierta prevención, se acercó a la puerta. Intentó hacer girar el pomo, pero éste no cedió; la puerta continuó cerrada.

—No se puede abrir.

—Tu familia es la propietaria de este lugar, ¿no?

—Sí, ya te lo dije, hay un documento de propiedad.

—Entonces, ¿me das permiso para derribar esta puerta?

—Si no te lo diera, ¿la derribarías igual?

—Posiblemente, pero opino que una puerta es siempre algo importante. Veamos lo que puede resistir con este ariete improvisado.

Sujetó adecuadamente el banco, colocándolo a media al tura de su cuerpo. Se balanceó en vaivén de atrás adelante y de adelante atrás y descargó un fuerte golpe con el canto del banco contra la cerradura.

Sabía que al primer golpe no conseguiría sus propósitos. Insistió golpeando con el banco que actuaba de ariete sobre la puerta, junto a la jamba. Las maderas comenzaron a agrietarse primero y a astillarse después.

—Parece que se resiste —opinó Joana.

Maurice, que empleaba certeramente el banco como ariete, utilizaba a su vez la fuerza y el peso de su propio cuerpo que, a

través de sus brazos y manos, transmitía al tablón con que fuera construido el banco, con viejos herrajes que le daban solidez.

Al fin la puerta se abrió con un violento estampido. Parte de la jamba quedó astillada y también el borde de la puerta. La cerradura había quedado torcida, destruida.

—Bueno, ya hemos abierto la puerta que nos conducirá a no sabemos qué. Si estaba tan sólidamente cerrada, seria por algún motivo.

Pasaron por una especie de recibidor, como si acabaran de penetrar en una vivienda independiente del resto del palacete.

Ante ellos se abrió una amplia nave, iluminaba por ventanales que se conservaban bien, vidrios enteros que recibían el golpear de la lluvia.

Allí se alineaban un buen número de camas, como si fuera la sala de un hospital o un barracón militar. En otros tiempos, allí debían haber descansado sirvientes o miembros de alguna posible guardia.

Joana quedó como petrificada al descubrir lo que había sobre algunas de las camas.

Esqueletos de mujeres, esqueletos que todavía conservaban ropas de distintas épocas que iban desde finales del siglo XIX hasta los últimos tiempos. La atmósfera estaba cargada de humedad y hedía.

Algunos de aquellos cadáveres no estaban aún convertidos totalmente en esqueleto y si algo les unía a todos, era la falta de la cabeza.

Pero lo más siniestro es que todavía quedaban camas vacías, como si aguardaran a que llegaran otros cadáveres sin cabeza.

Aquella sala, que había estado vigilada y protegida por la puerta en la que destacaba la máscara satánica que ahora podía tomarse como todo un símbolo, parecía un macabro panteón sin féretros. Cada uno de los cuerpos había sido depositado sobre una de las camas como si fueran pudrideros, hasta que quedaron en esqueleto.

—¿Qué opinas de esto?

—No sé qué opinar. Es aterrador —balbuceó.

—Faltan las cabezas, calaveras de ésas con las que Pucel hace sus macabros móviles. —Espera, espera, recuerdo algo…

—¿El qué?

—Las calaveras… ¿No es eso lo que falta en este macabro rompecabezas?

—Sí, rompecabezas, nunca mejor empleada la palabra.

—Están en mi casa, es decir, en la mansión de los Mortemart, aunque parezca pomposo dicho así.

—¿Las has visto tú?

—Sí.

—¿Dónde, exactamente?

—Están en la caja de caudales del abuelo Louis, junto al título de propiedad de esta mansión.

—¿Calaveras dentro de una caja de caudales? —repitió, asombrado.

—Sí, Nap abrió la caja de caudales, después fue asesinado y también le cortaron la cabeza y, ya ves, ha aparecido aquí. Se podrían contar los cuerpos que hay aquí y, luego, las calaveras que el abuelo Louis guardaba celosamente en su pesada caja de caudales. —¿Por qué crees que él guarda esas cabezas?

—El abuelo Louis, ya sabes, el abuelo de mi abuelo, es decir mi tatarabuelo, aunque suene cómico, ha vivido muchos años. Ha tenido una vida muy disipada. Ha sido un hombre que ha alardeado de una cierta perversidad. Nadie le ha querido jamás. Si se muere ahora, salvo los pocos que quedamos de la familia Mortemart, no irá nadie más a su entierro. He oído contar algunas cosas de él y, por lo visto, ha tenido un cierto sadismo. No ha respetado nada, persiguió y acosó a toda clase de mujeres. Esto sería un macabro descubrimiento sobre su vida íntima. Estas mujeres habrán desaparecido de sus hogares o de donde estuvieran sin que nadie las hallara, por más que las hayan buscado.

Joana se echó hacia atrás lentamente. No deseaba ver aquellos restos humanos esqueletizados por el tiempo, pero cuyas calaveras no estaban allí pino en la caja de caudales del que todos llamaban el abuelo Louis.

—¿Qué pasará ahora?

—Todo esto se tendrá que poner en conocimiento de la policía —le dijo Maurice con sencillez, pero procurando no dramatizar más tan macabra situación. También él había vuelto la cabeza para no ver los repugnantes despojos humanos.

Cogió a Joana por los hombros, transmitiéndole algo de fuerza,

de cariño, hasta de amor.

—Tú no eres culpable de nada. Por otra parte, no es la primera vez que la justicia descubre un depósito de restos humanos, gente asesinada por algún maniaco, y ahora no me cabe duda de que el abuelo Louis es un maniaco, y muy peligroso.

—¿Peligroso? Ya nada puede hacer. Agoniza, tú lo has visto, se halla en estado letárgico. ¿Crees que lo procesarán?

—Procesarlo, sí, pero no creo que llegue ante un tribunal. Lo internarán en un hospital judicial bien vigilado para guardar las formas. Cuando muera, se cerrará el proceso y no llegará a ser sentenciado, aunque no se podrá evitar que los periódicos hablen de todo esto, saldrá en las primeras páginas.

—Tienes razón. Sin embargo, si estas mujeres murieron hace ya mucho tiempo, ¿crees que merece la pena hurgar en sus vidas, en sus historias, hacer una identificación de ellas? ¿Crees que valdría la pena?

—Lo que yo crea no importa; lo que importa es que la justicia siga sus propios pasos para averiguar la verdad. Hechos como éste deben evitarse.

—¿Piensas que la denuncia de estos horribles crímenes evitará que haya otros?

—¿Olvidas la muerte de Nap?

Joana le miró con los ojos muy abiertos.

—Tienes razón, qué pronto se olvidan las barbaridades. No entiendo nada de lo que ocurre, no lo entiendo. ¿Por qué está muerta Vivi, qué sucede con René?

—Vámonos.

Salieron de aquel recinto. Nada se podía hacer ante aquello que habían descubierto.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Claire cuando les vio descender con los rostros ensombrecidos.

—Hemos descubierto algo muy desagradable —dijo Maurice.

—Hay que salir de este lugar y avisar a la policía —añadió Joana.

—Voy a buscar a Michel —indicó Maurice—. Con el hacha lista y bien afilada, abriremos paso a través de los cipreses y abandonaremos este lugar aunque sea andando.

Claire y Adeline esperaban enterarse de lo ocurrido pero, al

mismo tiempo, lo temían.

Maurice abrió la puerta que daba al amplio atrio donde la motocicleta quedaba protegida de la lluvia.

Se quedó quieto, como petrificado, al ver lo que tenía ante sus ojos.

En el suelo yacía el cuerpo de Michael. Tenía un brazo extendido, caído por los escalones manchados en abundante sangre. El joven estaba decapitado y su cabeza no aparecía por ninguna parte, tampoco el hacha.

Tardó unos instantes en recuperarse tras el horrible descubrimiento.

Sus ojos buscaron la cabeza del infortunado amigo, la cabeza que tras ser separada del tronco debía haber caído rodando por la escalinata, quedando sobre el charco de agua que se había creado al pie de la misma. Podía haber caído también entre las ruedas del automóvil, pero no se veía por parte alguna.

—Maurice, ¿qué pasa? —preguntó Claire, saliendo al atrio.

Al descubrir también el cuerpo de Michael que todavía escurría sangre, comenzó a chillar desaforadamente, incapaz de moverse porque sus pies semejaban haberse pegado al suelo.

Capítulo XVII

—HE venido a buscarte.

Antoine Mortemart miró a su hija. Nunca se habían llevado bien, pero siempre la había visto más alegre dentro de lo que cabía. En aquellos momentos, el rostro de Diana era casi una máscara de gravedad, un rostro que inspiraba intranquilidad.

—¿De veras puedo salir del hospital? Me dijo la enfermera-jefe que tenía para un par de días más.

—He hablado con el doctor y ya podemos irnos.

—¿Por qué no ha venido Joana a buscarme?

—Aún no ha vuelto. Se marchó con sus amigos, con uno que lleva una potente moto. —Sí, es Maurice.

—No sé cómo se llama. A mí, Joana nunca me ha contado nada.

—Nada, porque apenas te has ocupado de ella.

—Me he ocupado lo suficiente; luego la dejé volar.

—¿Volar? La que voló fuiste tú.

—¿Vas a reprocharme que tenga una vida propia?

—Está bien, no discutamos más. Tú y yo siempre hemos discutido por todo, por tonterías, por nimiedades.

—Lo que ocurre es que jamás me has querido.

—¿Qué dices? Soy tu padre —le espetó con dureza.

—No me has querido porque no nací varón sino hembra.

—Qué tonterías dices.

—Vamos, papá, ya ves que te llamo papá y la verdad es que hubiera tenido que preguntarle a mamá en secreto si eso era cierto.

—Debería abofetearte por lo que acabas de decir.

—El tiempo no pasa en vano. Ahora las cosas se dicen a la cara, tal como son. Tú no tuviste el hijo varón que exigías para transmitir el apellido de los Mortemart. Eres un reaccionario y consideras que es el varón el auténtico transmisor de la estirpe familiar, pero los Mortemart es una familia que desaparece, se extingue. Yo también

tuve una hija, parece como si hubiera una maldición en la estirpe de los Mortemart. Cuando desaparezca Joana, el nombre habrá desaparecido para siempre y yo me pregunto qué importancia tiene que desaparezca o no.

—Es la familia, es nuestra inmortalidad.

—Nuestra inmortalidad está en Gehenna.

—¿Gehenna? —Se le abrieron tanto los ojos que pareció que ya jamás volvería a cerrarlos—. ¿Qué sabes tú de Gehenna?

—Lo mismo que tú, probablemente.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Te lo diré en su momento.

—¡Quiero saberlo! —exigió, trémulo.

—¿De veras quieres saberlo? —preguntó mirándole con una sonrisa fría, una sonrisa que hacía daño.

Antoine Mortemart tragó saliva antes de responder:

—Sí.

—¿Cómo te rompiste el pie?

—Me caí, ya lo sabes.

—¿Dónde?

—En la escalera.

—¿En qué escalera?

—¿A qué viene tanta pregunta?

—Descubrí lo que dejaste dentro del baúl en el sótano.

—No, no puede ser —rechazó, incrédulo.

—Sí, asesinaste a la enfermera y la escondiste en el baúl del sótano. Trasladando el cadáver te rompiste el pie.

—¡Yo no la maté!

—¿Ah, no, quién ha sido entonces?

—Yo, no.

—La policía pensará en ti inmediatamente. Les será fácil deducir cómo te rompiste el pie.

—Yo no fui —insistió. La miró, casi suplicante, y preguntó—: ¿Has denunciado el hallazgo del cadáver?

—No, no he dicho nada aún. Vístete, nos vamos.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Diana?

—Sacarte de aquí. El doctor me ha dicho que sólo se trata de que pases el tiempo con el yeso puesto, la fractura ya está reducida. Deberás pasar por aquí cada semana para ver cómo funciona el pie

y nada más.

—Está bien —se resignó.

Estaba convencido de que Diana le tenía sujeto y que posiblemente trataría de hacerle pagar tantos menosprecios como él le había hecho a lo largo de su vida. Muchas de las acusaciones que le lanzaba su hija estaban fundamentadas en la verdad.

Salieron del hospital tras pasar por el control de las enfermeras administrativas y descendieron al aparcamiento.

—Aquí tengo el coche —le dijo ella.

—¿Tienes coche propio?

—Es de un amigo, pero como si fuera mío.

—Ya, de tu amante. La verdad, Diana, querría ver muerto a ese hombre.

Al oír aquellas palabras, Diana sintió como un pinchazo interior pero no hizo ningún comentario. Abrió la portezuela y le pidió:

—Sube.

Al entrar en el automóvil, Antoine Mortemart quedó atónito ante el viajero que les aguardaba pacientemente y en silencio.

—Hola, Antoine —saludó Louis Mortemart con su voz quejumbrosa.

—¿Cómo estás levantado? Si estabas, estabas… —balbuceó.

—¿Muriendo? —comenzó a reír cavernosamente.

—Siéntate bien —le pidió Diana, y ella pasó al volante. Puso el vehículo en marcha y abandonaron el aparcamiento.

—La verdad, creí que estabas mal, muy mal.

—Lo estaba, hasta que…

—¿Te vio el médico?

—Alguien más importante que el médico, se llama Pucel.

—¿Pucel, estuvo en casa?

—Sí, y ya no voy a morirme, si es lo que estás pensando.

—Qué bien, lo celebro. Seguro que moriré yo antes que tú.

—Seguro, Antoine, seguro. Siempre has sido débil, estúpido y cobarde.

—No consiento que me hables de esa manera.

—Tú escucharás todo lo que yo te diga y en la forma que yo quiera decírtelo porque es verdad. Siempre has sido un cobarde.

Antoine Mortemart se resignó. Su abuelo Louis siempre lo había dominado; en realidad, la familia Mortemart era él y nadie más.

—¿Adónde vamos ahora?

—Pronto lo sabrás —le respondió Louis Mortemart, siempre hablando con su voz cavernosa.

Antoine Mortemart rehuía mirarle al rostro, era como mirar una calavera viviente, una calavera rebosante de maldad, si es que así podía verse una calavera.

Las calaveras siempre inspiraban algo de rechazo, de temor, un temor más o menos fuerte según las tradiciones heredadas, según las fobias personales de cada individuo.

—Tú mataste a *madame* Brouet y también a la muchacha, que luego está viva otra vez. Louis volvió a reír sordamente. Diana le miró por el espejo retrovisor sin decir nada, filtrándose entre el denso tráfico de la gran ciudad. El asfalto estaba mojado, el cielo encapotado, pero no llovía en aquellos momentos.

—¿Cómo has podido recuperarte tan pronto?

—Algún día te lo contaré, Antoine, algún día. Por cierto, hiciste muy mal abriendo mi caja de caudales.

Antoine tragó saliva. Se sentía cada vez más viejo, más desmoronado; sólo le fallaba estar lastrado por aquel pie roto y envuelto en yeso hasta casi la rodilla para mantenerlo inmóvil.

—Creí que ibas a morir y quise solventar todos tus problemas administrativos. No olvides que la casa está con dos hipotecas y nos la pueden quitar y derruir después. —No, mientras yo viva.

—No tienes dinero para impedirlo; en la caja de caudales no había dinero.

—Lo sé, lo sé, pero lo encontraremos.

—¿Dónde?

—Ya se verá en su momento, antes hay que solventar otros problemas. Ahora que he recuperado la salud, haré algunas cosas que estoy obligado a hacer.

—¿De veras te sientes bien? Si parecías muerto…

—Sí, me encuentro bien. Sé que me he desmejorado mucho, que ya no volveré a recuperar el aspecto siempre joven que he mantenido durante toda mi vida, pero físicamente vuelvo a estar bien, muy bien. Con esta sola mano —le mostró los dedos nudosos y huesudos en posición curva, como garras—, podría matarte si quisiera y tú no lograrías impedirlo.

Con el miedo en los ojos, Antoine inquirió:

—¿Y qué ganarías matándome?

—Ahora, quizás nada, pero…

Salieron de la ciudad. Diana conducía en silencio.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Sí, ¿por qué no?

—¿Qué hacían las calaveras dentro de la caja de caudales?

—¿Las calaveras? —Volvió a reír, lenta y sarcásticamente—. Algún día tendré también la tuya en la caja de caudales.

Antoine sentía que la boca se le secaba. Hubiera deseado no salir jamás del hospital, allí estaba atendido, cuidado. Ahora se sentía débil frente a la poderosa y sádica personalidad de su abuelo.

De niño ya lo había temido, y de mayor no había sabido escapar a su dominio. Al pasar los años, había ido comprobando con horror que él envejecía más pronto que su abuelo.

Al fin había llegado el momento de la agonía; sin embargo, no había caído en las garras de la muerte. Había logrado escapar de ella, aunque si había desaparecido su aparente juventud física. Ahora era una especie de calavera viviente, pero muy fuerte en su demacración. Había dejado de ser un hombre maduro más o menos atractivo.

Mirarle, soportar su aspecto se hacía difícil, y encontrarse a solas con él en una casa tenía que ser de auténtica pesadilla.

—¿Qué estás pensando, Antoine? Me tienes miedo, ¿verdad?

—¿Para qué guardas las calaveras?

—Son mis caudales, no lo entenderías. La verdad, no es fácil convertir cabezas humanas en calaveras… Hay que buscar un buen hormiguero y hacer un hoyo no muy profundo junto a él. Se entierra la cabeza con tierra suelta y se dejan pasar unos meses. Se desentierra luego, se introduce en un recipiente, puede ser un cubo de plástico, y se cubre con cal. Se deja una semana, se llena de agua y…

—Por favor, no sigas, no sigas —suplicó Antoine.

—¿Qué te ocurre, tienes miedo de conocer los detalles de lo que haré con tu cabeza cuando la separe de tu cuerpo?

—¡No puedes, no puedes, no es posible que tantos crímenes como has debido cometer a lo largo de tu larga y malvada vida queden impunes!

—Sí, soy un malvado, cierto, pero tú eres un cobarde y eso es

aún peor, porque el cobarde se convierte en cómplice y encubridor de los crímenes de los demás.

Diana hacia rodar aprisa el coche por la carretera en dirección a Alsacia. No tenía mucha seguridad conduciendo, aquél era el coche de Robert Ducor y no estaba muy habituada a él.

En realidad, ella sólo había conducido un utilitario en su vida hasta que se había desprendido de él cuando lo halló junto a un árbol, aplastado por algún posible camión del que no supo más, ya que después de destrozar al turismo, había desaparecido. Desde aquel día, Diana se había dejado llevar por los coches de los demás o había utilizado taxis. Ahora se encontraba pilotando el automóvil del hombre cuyo cadáver permanecía oculto en los sótanos del caserón de los Mortemart.

Capítulo XVIII

MAURICE cargó con el cuerpo decapitado de Michael sobre sus hombros.

La lluvia diluía la sangre y lavaba los escalones que conducían del atrio al jardín.

Joana recogió las gafas; uno de los cristales estaba roto.

Miró con cierto temor hacia los jardines, como si pudiera descubrir al asesino oculto tras los setos de boj. No había nadie, no parecía haber nadie, pero alguien, con un hacha de gran hoja y una cabeza cercenada, debía deambular por alguna parte.

Con el cuerpo de Michael cubierto con una manta para no ver su cuello cortado, Maurice se dirigió a la sala de los humanos esqueletizados.

Joana le siguió hasta la puerta reventada en la que destacaba la máscara satánica. No hizo intención de seguirle hasta el interior de la macabra sala convertida en panteón de decapitados.

Con su trágica carga sobre el hombro derecho, Maurice avanzó frente a las camas hasta llegar a la primera vacía, la cama que aguardaba una nueva víctima. Allí depositó el cadáver incompleto de Michael. Lo dejó envuelto en la manta, no quiso contemplarlo, rehuyó hurgar en él con la mirada. Salió de la sala.

Joana miró hacia la escalera que continuaba hacia otro piso superior.

—¿Qué habrá arriba?

—No lo imagino —confesó Maurice—, pero será mejor que sea la policía quien haga más averiguaciones.

Adeline y Claire esperaban junto a la chimenea. Después de sollozar de temor y, sin que Adeline hiciera nada por evitarlo, Claire había comenzado a beber coñac hasta embriagarse.

—¿Adeline, Maurice, Joana, Claire? ¿Quién será el próximo? A ver si lo adivinamos, esto es como la ruleta rusa.

Claire se rió histéricamente e inició unos pases de danza, pero incapaz de sostenerse bien cayó al suelo y entonces fue víctima de unas horribles arcadas. Joana la cubrió con una manta.

Después de los vómitos, Claire comenzó a temblar de frío. Estaba pálida como una muerta y de nuevo volvió a llorar.

Adeline musitó:

—¿Cómo saldremos de aquí?

—Encontraremos la forma —respondió Maurice—, aunque ya no tengamos el hacha.

—¿Quién puede ser el asesino, el viejo de la barba? —preguntó Adeline—. ¿Acaso René?

—A Pucel lo creo capaz de esto, pero no le veo tan fuerte como para llevarlo a cabo —opinó Joana.

—Pero René, sí —le dijo Adeline.

—Tú abrazaste a René. ¿Seguro que los balazos que recibió no fueron un truco? —preguntó Maurice.

—Juraría que no fue ningún truco. René estaba muerto, tan muerto como Vivi.

—Es evidente que no estamos solos en este maldito palacete —gruñó Maurice—. Hay un homicida terriblemente peligroso. Lo que le ha sucedido a Michael no es ninguna broma. No podemos separarnos, hemos de permanecer juntos y alerta hasta que podamos salir de este lugar. —Se volvió hacia Joana para preguntarle—: ¿Quién te pidió que viniéramos aquí?

—El abuelo Antoine. ¿Crees que él tiene algo que ver?

—No lo sé, aquí hay que desconfiar de todos.

—¿Estás segura de que él no sabía nada de lo que podía suceder en este palacete?

—Creo que no. Aquí no había estado nadie de la familia, salvo el abuelo Louis, y ya sabes que él está agonizando.

—Sí, sí, pero alguien tiene capacidad de usar un hacha y decapitar a un ser humano. ¿Quién es ese alguien? Hemos de ponernos en guardia para que no vuelva a sorprendernos. Realmente, ésta es la casa de Satanás. Yo creí que era una broma al llegar y leer lo de Gehenna, pero se está demostrando que no lo es.

—Yo me volveré loca —confesó Adeline.

—Tranquilízate, encontraremos alguna salida. Cuando cese la lluvia veré si se puede arreglar el coche de Michael. Además, es

posible que si revisamos cuidadosamente el muro de cipreses hallemos algún lugar por donde filtrarnos.

La maldita lluvia no cesaba.

Abrir la tapa del motor del coche de Michael en aquellas circunstancias era una locura. Se mojarían las partes eléctricas y sería totalmente imposible ponerlo en marcha. Y si no se ponía en marcha, no habría forma de averiguar si estaba bien o mal.

—Manteneos juntas. Yo voy a caminar junto al muro para ver si encuentro algún hueco por donde filtrarnos. Si hay que salir andando, lo haremos. Si aparece alguien, sea quien sea, no le dejéis acercarse a vosotras.

—¿Sea quien sea? —insistió Joana.

—Así es, aunque sea Michael.

—¿Michael? —repitió Adeline—. Si…, si…

—Sí, está decapitado, pero por aquí anda alguien que es capaz de provocarnos alucinaciones colectivas y me temo que podríais llegar a ver a Michael, a Vivi o a René. No dejéis que se os acerque nadie, nadie.

Resultaba tan difícil dar una explicación lógica a cuanto sucedía que Maurice había optado por creer que se trataba de alucinaciones.

Se ajustó el impermeable. Desde hacía rato no había rayos, con sus consiguiente truenos. La lluvia seguía, pero más suave.

Se acercó otra vez a la puerta con la secreta esperanza de que incluso alguno de los rayos la hubiera abierto; mas cuando faltaban entre uno y dos pasos para tocarla con sus manos, saltó otro rayo que la sacudió, aunque no llegó a caer. La tierra había temblado bajo sus pies, sus ojos quedaron cegados y sus oídos ensordecidos.

Ya no le cupo ninguna duda de que algún poder manejaba el rayo e impedía que pudiera aproximarse a la puerta y abrirla. Se revolvió furioso y, no sabiendo si mirar al cielo o al palacete, gritó:

—¿Quién eres, hijo de puta?

La voz salió desgarrada por su boca; era un grito feroz, el grito del hombre que se sabía en inferioridad pero que estaba dispuesto a luchar y a morir si hacía falta, pero sin doblegarse.

Dos rayos más, casi consecutivos, cayeron sobre la puerta, que ya debía tener su hierro templado por aquellos rayos que, con sus hijos, los truenos, habían sido la respuesta de los poderes desconocidos a los cuales Maurice desafiaba con su actitud.

Maurice se envalentonó.

Demostrando que no iba a ser vencido por miedo, avanzó por encima del muro.

Saltó entre ramajes y buscó un hueco entre el amplio espesor de cipreses. La propiedad, protegida por el muro de coníferas que la aislaban de miradas intrusas, era mayor de lo que podía parecer a simple vista.

Caía el agua sobre su rostro y, pese al impermeable, notaba el agua entrando en sus botas, bañando sus pies.

Notó incluso el agua en su pecho, estaba muy fría, pero él poseía una gran vitalidad. Era joven, fuerte, tenía la sangre caliente y tumultuosa.

Saltó unas gruesas ramas e intentó filtrarse entre unos cipreses, pero casi destrozó el impermeable. Hubo de desistir tras recibir varios arañazos. Era como si los árboles tuvieran una vida animal y se resistieran como carceleros dispuestos a luchar para que los prisioneros no pudieran huir.

Se hallaba en la parte posterior del palacete cuando oyó un rumor lejano, algo distinto a la lluvia. Corrió por encima del muro para ver mejor.

Pudo ver un coche y le pareció increíble.

Corrió saltando del muro y cuando llegó a la fachada principal del palacete, el automóvil ya estaba frente al atrio.

Maurice dudó y luego optó por correr hacia la puerta enrejada, esperando hallarla abierta; mas cuando llegó a ella estaba cerrada de nuevo.

Antes de que consiguiera cogerla con sus manos para probar si estaba abierta o cerrada su cerradura, volvió a caer un rayo que le hizo retroceder.

Malhumorado, regresó al atrio.

Del coche habían salido tres personas que penetraron en la mansión.

Cuando llegó, las tres muchachas estaban cerca de la chimenea, observando con mucho recelo a los recién llegados.

—¿Qué te pasa, Joana, es que tienes amnesia?

—Sé quién eres, mamá, pero…

—¿Pero qué?

—Piensa que somos fantasmas o poco menos —rezongó Louis

Mortemart.

Maurice cerró dando un sonoro portazo.

—¡Bienvenidos a Gehenna! —exclamó, estentóreo.

—¿Quién es este joven? —preguntó Louis Mortemart.

—Me llamo Maurice.

—Es el amiguito de Joana.

—Joana, cógete de su mano y marchaos corriendo de aquí —le pidió Diana.

—No hagas caso de tu madre, pequeña, siempre ha estado un poco loca —intervino Louis.

Maurice, enfrentándose a ellos, preguntó:

—¿Cómo han entrado aquí?

—¿Cómo dice, joven? —preguntó Louis Mortemart, porque Antoine prefería permanecer callado, buscando un lugar donde apoyarse debido a su pie enyesado.

—La puerta estaba cerrada. ¿Cómo la han abierto?

—Este palacete, toda la propiedad, es mía —dijo Louis.

—Entonces, usted es el que ha dejado los cadáveres decapitados arriba en la sala.

Maurice intentó sorprenderle con sus palabras, mas no lo consiguió. Louis Mortemart, dentro de su aspecto cadavérico, se hallaba muy seguro de sí.

—No sé de qué me habla, joven. Hace mucho, mucho tiempo que no he venido por aquí. Esta mansión no es muy cómoda para vivir, máxime careciendo de servidumbre.

—No me diga que no sabe nada de los restos humanos que hay en este lugar…

—Así es, no sé nada, y me pregunto ¿quién es usted para atreverse a interrogarme en la forma que lo hace, aparte del amigo de Joana?

—Aquí se han cometido varios asesinatos, queremos marcharnos.

—El que se quiera ir, puede hacerlo.

—En ese caso, no le importará que usemos su coche.

—No, eso no, el coche está a mi disposición. ¿No es cierto, Diana?

—Sí, está a su disposición —asintió Diana, casi como si fuera una zombi.

—Mamá, nos hace falta para escapar de aquí. Han asesinado a varios de nuestros amigos. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué sabes tú de lo que pasa aquí?

—Yo no sé nada, Joana, nada.

—Afuera hay otro coche y una motocicleta —señaló Louis Mortemart—. Pueden marcharse en ellos.

—El coche está averiado y en la moto no podemos viajar cuatro personas. Además, tenemos que avisar a la policía para que venga a investigar aquí. Por cierto, para lo mal que parecía encontrarse en su cama, ahora le veo muy restablecido.

—¡Aquí hay asesinos, asesinos! —gritó Claire de pronto—. ¡Han matado a Michael y a Vivi, y no sabemos dónde está René!

—Cálmate —le pidió Maurice—. La policía ya solventará esto. —Se encaró con Louis Mortemart para pedirle—: Ábranos la puerta del muro de los cipreses.

—¿Abrir la puerta? Qué raro, nadie la ha cerrado, que yo sepa. ¿No es así, Antoine?

—No, no está cerrada.

—Mienten —les espetó Maurice, furioso.

Diana añadió:

—La puerta estaba abierta.

—¡La puerta estaba cerrada, cerrada! —gritó Adeline, inconteniblemente.

—Nosotros nos vamos a ir para avisar a la policía, y quizá sería mejor que nos acompañaran en el coche para llevar a las chicas, yo iría en mi moto.

—No, nosotros nos quedaremos aquí unos días —anunció Louis Mortemart.

Maurice inquirió:

—¿He de entender que no quieren prestar su coche?

—Joven, es usted muy fogoso —silabeó Louis Mortemart—, demasiado fogoso; será mejor que se calme. Puede usted coger su motocicleta y marcharse.

Miró a Joana, a Claire y Adeline, y les dijo:

—Os quedaréis aquí. Yo iré con mi moto, con lluvia o sin ella, a avisar a la policía. A usted le parecerá divertido, pero ésta es una situación muy grave.

—Naturalmente, joven. Si aquí han sucedido hechos trágicos,

nadie mejor que la justicia para solventarlos. Vaya, vaya y traiga a la policía…

—De acuerdo, así se aclarará todo. Será mejor que vengan con perros para descubrir todos los restos humanos que haya y también a ver si encuentran a René y a otras personas que estén aquí.

Como que las muchachas no ponían impedimentos, pues comprendían que en la motocicleta y bajo la lluvia no conseguirían escapar, Maurice salió al atrio resuelto.

Joana fue tras él y en voz baja le dijo:

—No vayas.

—¿Por qué?

—No vayas, no llegarás nunca.

—¿Por qué? —insistió.

—El abuelo Louis no te dejará ir, quiero decir que no te permitirá hablar con la policía. Es malo, perverso; si te deja marchar, es porque no vas a llegar.

—¿Cómo podrá impedirlo?

—No lo sé, pero no olvides que Pucel es su amigo. ¿Cómo llegó Vivi aquí con el ataúd? Pucel, siempre Pucel…

—No sé lo que sucederá —dijo Maurice—, pero si antes del anochecer no he regresado o no ha llegado la policía, intentad escapar de aquí como sea.

—Yo soy la culpable por haberos traído a este horrible lugar.

—Tú no tenías ni idea de esto. No cabe duda de que aquel tipo tan extraño llamado Pucel, ese viejo maligno que tiene los móviles de calavera, está detrás de todo esto. —¿Crees que es algo más que humano?

—¿Te refieres a Pucel?

—Sí.

—La verdad, Joana, yo no creo en fantasmas, en demonios ni en nada de todo eso, pero si admito que hay sucesos que escapan a mi comprensión. Pucel tiene poderes que nosotros calificamos de sobrenaturales. ¿Por qué? No lo sé, quizá no llegue a saberlo jamás y opino que el hombre al que tú llamas el abuelo Louis es su cómplice. ¿Te has fijado en su aspecto?

—Sí, parece un muerto viviente. Es horrible, no puedo sostener su mirada. Siempre me ha parecido un ser egoísta, vicioso, dominante y sádico, pero ahora, con ese aspecto de calavera, aún

me parece más horrible.

—El abuelo Louis también me parece extranatural. ¿Sabes que en un libro de demonología hallé alusiones a un Mortemart?

—¿Un Mortemart en un libro de demonología?

—Sí, un libro que relataba hecho más o menos históricos, más o menos legendarios, y supongo que también debió salir mucho de la imaginación del autor.

—¿Y qué decía de Mortemart?

—Hizo un pacto con el diablo. ¿Quieres saber cómo se llamaba el tal Mortemart?

—¿Louis? —inquirió, casi trémula.

—Sí.

—No es posible que ya estuviera escrito.

—Puede que la historia se repita o que la leyenda tenga algo de profecía.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

—Porque pensé que era una tontería, ya te he dicho que no creo en esas cosas.

—¿Y ahora?

—Ahora, dudo. Insisto en que muchos sucesos que ocurren casi cotidianamente escapan a nuestro entendimiento, a nuestra ciencia cargada de soberbia, a esa ciencia que se empeña en creer que ya tiene todos los triunfos en la mano y que nada se le escapa; pero luego aparece el comodín y se ríe sarcásticamente de los ases. Bueno, por más que habláramos me temo que no encontraríamos la luz de la verdad. Permaneced juntas, claro que podríais subir al coche que acaba de llegar y nos iríamos todos.

—¿Robarle el coche a mi madre?

—¿Crees que sería robar el coche llevarlo hasta la primera comisaria para pedirle a la policía que venga aquí?

—No creo que sea necesario hacer eso. Esperaremos con mi madre y los abuelos, aquí no pasará nada.

—Yo no estoy muy seguro, guárdate. De todos modos, iré lo más aprisa que pueda.

La tomó por la cintura y la atrajo hacía sí para besarla en la boca.

—Esta pesadilla terminará pronto le dijo.

Quitó el caballete de sostén de la «Yamaha» y la puso en

marcha. Descendió la escalinata, pasó entre los dos coches, el recién llegado y el averiado, y se alejó bajo la lluvia hacia la puerta de reja. Se detuvo ante ella y la observó con recelo.

Desmontó de la máquina y se acercó a la puerta. Miró hacia el cielo. Esperaba que cuando tocara la puerta cayera un rayo sobre él, fulminándolo, pero no sucedió así.

Abrió la puerta sin dificultad y le pareció increíble. Se preguntó si habría sido hipnotizado, si aquella puerta había estado abierta todo el tiempo y no habían podido verlo porque sus mentes se hallaban mediatizadas por otra mente más poderosa que jugaba con ellos.

Alargó su mano y arrancó una rama de ciprés. Quitó las finas hojas escamosas e introdujo los pedacitos de rama en el hueco donde la lengua o tetón de la cerradura tenía que introducirse en el orificio correspondiente.

Tras aquella maniobra con la que se aseguraba que la puerta permanecería abierta en todo momento, la ajustó y se alejó por el túnel abierto entre las ramas de los árboles.

Subió por el camino lleno de arbustos hasta la pista forestal. Seguía lloviendo y el suelo estaba enfangado en muchos puntos.

Avanzó con facilidad; la motocicleta de seiscientos cincuenta centímetros cúbicos, por su peso y por la anchura de sus ruedas, tenía un buen agarre pese al estado de la pista forestal.

Tomó confianza por lo bien que rodaba la máquina y aumentó la velocidad.

Cuando doblaba una curva, se encontró con una torrentera.

Los desagües que había bajo la pista forestal eran insuficientes para engullir el agua de la torrentera que, debido a la lluvia, bajaba llena, tumultuosa.

Maurice se agarró al manillar y pasó entre la corriente de agua, pero la maldición estaba allí en forma de traidora roca desprendida de la torrentera, escondida bajo las aguas que cruzaban indómitas la pista forestal para saltar al otro lado y proseguir su camino hacia el río.

La rueda tropezó contra la piedra y piloto y máquina saltaron.

Maurice estaba entrenado para aquellas circunstancias y sabía muy bien que debía separarse de la máquina para que, en la caída, el considerable peso de la potente motocicleta no le partiera las

piernas, que era lo más fácil en una caída de aquel tipo.

Si quedaba allí, bajo la lluvia y con las piernas rotas, iba a pasarlo tan mal que podía morir.

Cayó al suelo y se dio un fuerte golpe. El casco protector evitó que se partiera el cráneo, pero quedó abollado. El golpe repercutió en sus cervicales y el intenso dolor le hizo perder la conciencia por unos momentos.

Un rayo cayó entonces sobre la motocicleta, que seguía haciendo rodar su rueda posterior en medio de un ruido de queja. El rayo le dio de lleno y la máquina se inflamó bajo la lluvia. Dejó de chirriar y el fuego no tardó en apagarse por la acción del agua que seguía cayendo sobre ella.

Capítulo XIX

JOANA estaba dispuesta a no dejarse amedrentar por sus familiares. Claire y Adeline estaban asustadas. La llegada de Antoine Mortemart —con su pie roto y enyesado—, de Diana y del casi cadavérico Louis Mortemart, no las había tranquilizado en absoluto.

En cierto modo, lo que si las tranquilizaba en aquellos momentos de tragedia y miedo era el hecho de que Maurice hubiera podido salir del recinto con su «Yamaha» para ir en busca de la policía.

Las muchachas esperaban que los hombres de la ley llegaran pronto allí para buscar al desaparecido René e investigar lo ocurrido con Vivi, Michael y Nap, que si bien había sido asesinado en otra parte, su asesino debía andar por el palacete, ya que allí había aparecido cercenada la cabeza del muchacho que consiguiera abrir la caja de caudales.

—Tenéis que ver lo que hay arriba —manifestó Joana decidida, dándose cuenta de que no debía mostrarse débil ante su madre ni ante los abuelos.

No quería que el miedo se reflejara en su rostro, en sus gestos, en sus palabras.

El abuelo Louis estaba acostumbrado a dominar con el miedo de los sometidos. Había muchos seres como él que disfrutaban con el terror que imponían con su poder, fuera de dinero o del uniforme que ostentaban.

En la familia Mortemart el dinero lo había controlado siempre el patriarca Louis, pues no podía decirse que Antoine Mortemart hubiera trabajado para ser independiente económicamente. Jamás lo había sido, ni él ni su padre.

Diana si había trabajado por su cuenta; había llegado a independizarse, primero por su matrimonio y después, al enviudar, por sí misma. Ella sí había escapado del caserón familiar.

Por su parte, Joana, estudiando, se preparaba también para esa independencia que no gustaba al viejo Louis, acostumbrado a dominar a todos sus descendientes, pero también él había tenido muchos apuros económicos en los últimos tiempos y se había visto obligado a ceder.

—¡Vamos arriba! —exigió Joana.

—¿Arriba? —repitió el abuelo Louis.

—Sí, arriba conmigo.

—¿Para qué?

—Abuelo Louis, ¿no has dicho que no sabías nada de lo que ha podido ocurrir aquí en tu ausencia?

—Sí, más o menos eso he dicho.

—Yo no puedo subir escaleras —advirtió Antoine—. Me quedaré aquí abajo en una butaca. —Miró el ataúd y preguntó—: ¿Qué hay ahí dentro?

—Vivi —respondió Joana.

El viejo Antoine palideció.

—¿Vivi, estás segura?

—Sí. Ven, mírala antes de que subamos.

Joana se armó de valor. En otro momento no se hubiera atrevido a acercarse al féretro para levantar su tapa, pero ahora quería demostrar energía, decisión.

Se había transformado. Era como si al estar Maurice junto a ella dejara que fuera él la fuerza, la seguridad, pero al marchar el hombre, tomaba para sí el duro y pesado equipaje de demostrar seguridad en sí misma.

Con naturalidad, pero con firmeza, cogió la mano del abuelo Antoine y lo acercó al ataúd.

El hombre cojeó ostensiblemente, cada uno de sus pasos quedaba marcado sonoramente.

Joana alzó la tapa y Antoine Mortemart retrocedió un paso con el rostro lívido, las facciones desencajadas.

—¿La reconoces?

—¿Cómo, cómo está ella aquí?

Joana miró al abuelo Louis y le hizo observar:

—El abuelo Antoine pregunta cómo está Vivi aquí.

—¿Y yo qué puedo decirle?

—¿No te extraña que Vivi, mi amiga, esté aquí muerta, dentro

del ataúd?

—Todo lo que sucede aquí es nuevo para mí, Joana.

La joven cerró el féretro. Antoine buscó una butaca para descansar. La reducción de la fractura de su pie era demasiado reciente aún y dolía. No quiso decir nada; estaba asustado, se le notaba en la cara, en cada uno de sus gestos.

—¿Qué te propones? —preguntó Diana.

—Que se aclare todo lo que aquí sucede. ¿Cómo el abuelo Louis era propietario de un lugar como éste sin que nadie lo supiera?

—No creo que tengas derecho a interrogarle.

—Tranquilízate, Diana, pariste una hija muy fogosa.

—No has respondido. ¿Sabes que este palacete se llama Gehenna, o lo que traducido equivale a «La morada de Satán»?

—Bah, eso no tiene ninguna importancia —contestó el abuelo Louis—. En otros tiempos se acostumbraba dar nombres rimbombantes a las grandes mansiones. Quizás el que la mandó edificar tenía acceso a alguna secta secreta. ¿Qué importa eso? No pensarás de verdad que es la morada de Satán…

—Es una respuesta propia para dársela a una criatura y que se quede con la boca abierta, sin saber qué añadir.

Louis sonrió.

—Tú no eres ya una niña.

—Exactamente, no soy ninguna niña. Cuando se me dice algo trato de saber si lo que me dicen es cierto o no, no tengo por qué aceptar a ciegas lo que oigo.

—Joana, creo que estás demasiado impertinente.

—¿Qué te pasa, mamá? Siempre has odiado al abuelo de Louis, ¿a qué viene ahora defenderle tanto?

—Hay que respetar la edad.

—¿La edad? Prefiero respetar la razón. La edad significa muy poco para mí, sino está apoyada por la verdad y la razón. Se puede ser tan cretino a los quince años como a los setenta. Ahora, vamos arriba.

—Pero ¿qué es lo que hay arriba, que te empeñas con tanta insistencia en que veamos?

—Subid y lo veréis.

Diana volvió su rostro hacia Louis, interrogante. Éste emitió una especie de suspiro y fueron hacia la escalinata.

—Veamos qué hay para ver. Supongo que esta niña nos querrá mostrar algún hallazgo macabro. No importa demasiado; antiguamente, aquí se celebraron ceremonias de sectas secretas.

—¿A las cuales perteneciste tú? —preguntó Joana directamente, volviéndose hacia el patriarca de los Mortemart.

—Tengo tantos años sobre mis huesos, querida, que ya no recuerdo a cuántas sectas, grupos, asociaciones y conspiraciones he pertenecido a lo largo de mi dilatada y movida vida; pero veamos, veamos eso que tanto te preocupa.

Les condujo a través del amplio corredor. Les hizo subir por la siguiente escalera y cuando Louis Mortemart observó la puerta violentada, dijo:

—Parece que no habéis tenido ningún respeto por esta propiedad.

—Estaba cerrada y teníamos que ver lo que había dentro.

—¿Por qué motivo?

—Estábamos buscando a un asesino y creíamos que estaba escondido detrás de esta puerta.

—De todos modos, no teníais derecho a hacerlo.

—Mirad, mirad, mirad lo que hay dentro…

Diana seguía grave, distante para con su hija, pero no dijo nada, ni siquiera se asustó, lo cual sorprendió mucho a Joana.

—Hum, esto parece un panteón.

—Sí, el panteón de unas victimas sacrificadas a una secta demoniaca. ¿Qué sabes tú de todo esto, abuelo Louis?

—¿Yo? Nada, querida, nada —respondió el viejo sin demostrar emoción alguna por lo que veían sus ojos—. Estos restos humanos sin duda pertenecen a tiempos lejanos. Siempre que se han llevado a cabo sacrificios rituales y sangrientos, ha sido con objeto de invocar, desagraviar o satisfacer a supuestos dioses para conseguir algo. ¿De veras tú no has tratado nunca de obtener algo?

—No. ¿Tú sí?

—¿Qué podía haber conseguido yo? —preguntó, con sonrisa sarcástica.

—Mantenerte vivo los años que tienes, retozar en el sexo cuando otros hombres, por ley natural, ya estaban incapacitados para ello.

—¡Basta! —estalló Diana, y dando la vuelta echó a correr.

—¿Lo ves, querida? Has puesto nerviosa a tu mamá, son

demasiadas emociones.

—¿Y a ti no?

—Tú no puedes ponerme nervioso a mí, querida.

—¿Qué le has hecho a mamá?

—¿Tú qué crees que he podido hacerle?

—Nunca la había visto de esta manera, nunca la había visto tan dominada. Ella siempre ha sido rebelde.

—A los rebeldes se les hace probar el látigo de la sumisión y claudican o mueren. Ella ha preferido seguir viviendo y tú también vivirás.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿A qué viene tanto defender a tu madre, cuando ella te dejó para vivir su vida?

—No se lo reprocho. En muchas ocasiones, no son mejores los que nos retienen a su lado que los que nos abandonan.

—Estás saliendo demasiado intelectual. ¿Es cosa de ese Maurice?

—¿Crees acaso que una mujer no puede ser inteligente por sí sola?

—Oh, sí, claro, claro. No sabía que fueras feminista.

Joana abandonó la sala y quiso regresar al salón. Al pasar a Louis Mortemart, éste la cogió por las muñecas antes de que ella pudiera evitarlo.

—Suéltame.

—Eres muy hermosa, Joana, y una Mortemart. Tu vientre podría alumbrar un Mortemart varón que me sucediera.

—¡Canalla, suéltame!

Las manos del hombre semejaban tenazas de acero y sintió un profundo dolor en los huesos de las muñecas. Ni unos grilletes torturadores podían causarle tanto dolor como el que sentía en aquellos momentos.

—Eres brava, casi salvaje —le fue diciendo con su voz lúgubre —. Hermosa, joven, intelectual también, pero eso, eso se puede borrar con el paño del terror pasado por tu mente.

—¿Por qué no has muerto, Louis Mortemart? —preguntó sin miedo, con frialdad, asco y desafío en la mirada.

De súbito, ambos descubrieron una figura humana que avanzaba hacia ellos por delante de aquellas camas donde yacían los despojos humanos sin cabeza.

—¡René! —exclamó Joana.

El cuerpo de René siguió avanzando. Había una especie de pesadez y torpeza en su caminar. No era una embriaguez alcohólica, era como si le costara soportar su propio cuerpo.

—Te reconozco —dijo Louis mirándole al rostro—. Sé que eres tú, no importa la forma que tengas. Vas a ayudarme porque tengo que hacer algo importante, algo que alargará la vida de los Mortemart.

—¿Qué es lo que deseas de mí? —preguntó René con una voz que no era la suya, una voz cavernosa que parecía tener dificultad en salir por entre sus dientes.

—Te la vas a llevar y serás su cancerbero hasta que yo te la exija.

De las garras de Louis Mortemart pasó a las de René.

Joana no acababa de comprender el sometimiento del joven René a Louis Mortemart, pero de pronto al mirar sus ojos, cuando iba a pedirle que la soltara, vio un brillo como de rescoldos de una hoguera ya consumida y lo comprendió todo con espanto.

—¡Pucel!

Quiso desasirse de él pero fue imposible. Con una fuerza sobrenatural no acorde con su torpeza de movimientos, René la cargó sobre su hombro y se la llevó escaleras arriba mientras Joana gritaba y chillaba aterrorizada, sin que nadie acudiera en su ayuda.

Sus gritos se esparcían por todo el palacete, pero no eran los primeros gritos de terror salidos de una garganta de mujer que los siniestros muros oían.

Capítulo XX

MAURICE se sentó sobre el suelo, empapado por el agua de lluvia, una lluvia que había cesado. Sin embargo, el rumor del agua de la torrentera persistía cerca de él.

El agua espumeante cruzaba el camino, inundándolo en parte.

Sentía un fuerte dolor en la base de la nuca y estaba tan aturdido que apenas recordaba nada.

Se quitó el casco y observó las abolladuras causadas por la caída. Se pasó la mano por la cabeza, la sentía dolorida. Se levantó y al estar derecho, se tambaleó ligeramente.

Recordó que había tenido un accidente, pero sus recuerdos se circunscribían sólo a eso. No trató de recordar nada más porque le parecía que nada iba a recordar.

Fue hacia la motocicleta que había ardido durante varios segundos bajo la lluvia; ésta, antes de cesar, había apagado el pequeño incendio.

Maurice actuaba en forma mecánica, no tenía ni que pensar para lo que estaba haciendo.

Enderezó la máquina, la puso sobre la pista e intentó ponerla en marcha. Una y otra vez le dio al encendido electrónico y la motocicleta no reaccionó, estaba rota. Trató de ponerla en marcha con el pedal destinado al efecto y tampoco obtuvo resultados.

Se pasó la mano por el rostro, preocupado. Suspiró. Miró atentamente la máquina y observó que había varias piezas y conductos rotos, era demasiado para poder arreglarla allí sin tener piezas de recambio.

Dejó la «Yamaha» apoyada contra el árbol y dio varios pasos por la pista forestal, indeciso. Se dejaba llevar por el instinto y por sus recuerdos.

Hundió las botas en el agua de la torrentera y avanzó por la pista hasta descubrir la roca contra la que tropezara. Dobló su

cuerpo para cogerla entre sus manos, la sacó de allí y la lanzó fuera de la pista forestal, torrentera abajo. Siguió mirando, buscando más rocas, y halló más que eran pequeñas.

Tambaleante, echó a andar, no sabía hacia dónde.

Iba con el casco colgado de la mano, balanceándolo; aquel casco le había salvado la vida.

A derecha e izquierda abundaban los árboles. Mientras caminaba, se pasaba la mano por la cabeza. Su cerebro persistía en su aturdimiento a causa de los golpes provocados por la caída.

Ante sí tenía una larga pista forestal, mojada por la reciente lluvia.

Era un largo camino que ignoraba adónde conducía, pero tampoco se lo cuestionó y siguió andando, haciendo oír el crash, crash, crash, de sus pasos, silenciada la motocicleta, devolviendo a los bosques su serena paz.

—¿Qué han sido esos gritos? —inquirió Claire.

—¿Gritos? Ah, sí, gritos —respondió Diana, evasiva. Antoine, que había permanecido en silencio sentado en la butaca, miró hacia las escaleras. Todavía no bajaba nadie por ellas y dijo a las muchachas:

—Huid, huid si podéis.

Claire y Adeline le miraron entre interrogantes e incrédulas. Después observaron a Diana, para que ella confirmara o negara las palabras del viejo, que descansaba por la dificultad de tener que arrastrar su pie roto.

—Sois unas zorras, ¿verdad?

—¿Qué dice?

—Sois chicas que tomáis drogas, que os prostituís para pagar vuestros vicios.

—¿Está loca? —preguntó Adeline.

—¿Acaso no es eso lo que hacéis normalmente en la ciudad?

—No —le replicó Claire.

—Pues es una pena.

—¿Por qué?

—Sería bueno que fuerais zorras o algo así.

—¿Se han vuelto locos los dos? —inquirió Claire, atónita.

—Huid, huid —insistió el viejo Antoine.

—¿Cómo, cómo vamos a huir? Además, ¿y Joana, dónde está?

—Ella es de la familia —le dijo Antoine—. Vosotras, no.

—Cállate —ordenó Diana a su propio padre—. Cállate.

—El abuelo Louis te ha hipnotizado, te domina, eres su esclava. ¿Qué te obligará a hacer, Diana? Louis es peor que el mismísimo Satanás.

—¡Nunca serás como él, nunca! —replicó ella.

—Te prefería como eras antes, rebelde, pero dueña de ti, no sometida al abuelo Louis. Es cierto que soy un cobarde, siempre lo he sido, pero no quiero que tú seas manejada por…

—Ahí baja —señaló Adeline.

Como si fuera un espectro de la mismísima muerte, Louis Mortemart descendía por la escalera. Carecía de la pesadez de un anciano, se movía ligero; sin embargo, su rostro, con aspecto de cadáver, sobrecogía.

Antoine preguntó, ceñudo:

—¿Dónde está Joana?

—Ha encontrado a otro amigo suyo, un tal René, y se ha ido con él.

—¿René, que ha encontrado a René? —preguntó Adeline, perpleja.

—Sí, ése creo que es su nombre. ¿Cómo os llamáis?

—Claire.

—Adeline.

—Sois jóvenes, hermosas, podéis servir.

—¿Para qué? —quiso saber Claire.

—He de preparar una especie de representación y serviréis para que la ceremonia pueda llevarse a cabo.

—¿Qué ceremonia?

—Ya os contaré, es una ceremonia importante. Acercaos, quiero ver vuestros rostros, vuestros ojos.

Ambas sentían un profundo rechazo, pero quedaron quietas y muy juntas. Sus respectivas miradas se concentraron en las pupilas de Louis Mortemart.

—Sois muy hermosas, sois jóvenes y debéis obedecerme.

Al pronunciar las últimas palabras, ellas se movieron con inquietud, como negándose a obedecer.

—Debéis relajaros, ya nada os pesa. Vuestras piernas no pesan, no las sentís, vuestros brazos están lánguidos. Vuestros párpados sí

pesan, se cierran. Tenéis sueño, mucho sueño, mucho sueño…

Claire y Adeline se debatían instintivamente, no querían caer bajo el influjo de la mente de aquel malvado, que sólo pensaba en su egoísmo, en su longevidad, en la inmortalidad de su apellido.

Las dos muchachas terminaron cerrando los párpados.

—Sólo oís mi voz, sólo mi voz. Yo soy vuestro dueño y señor, vuestro dueño y señor. Me obedeceréis en todo lo que os mande. No preguntaréis nada. Todo lo que os ordene será obedecido por vosotras…

Continuó hablándoles con tono bajo, quejumbroso. Ellas no decían nada, seguían quietas delante de él, obedientes y sometidas.

—… abriréis los ojos y no recordaréis vuestras vidas anteriores. Seréis Adeline y Claire, nada más. Abrid los ojos.

Las jóvenes abrieron sus ojos, que ya habían perdido el brillo que tuvieran anteriormente. Eran miradas apagadas, vacías.

—Arrodillaos a mis pies, soy vuestro amo y señor.

Claire y Adeline se arrodillaron e inclinaron sus cabezas.

Louis Mortemart se rió lúgubremente, con gran satisfacción.

—¿Has hecho lo mismo con Diana?

Se volvió hacia su nieto Antoine que acababa de interpelarle con dureza.

—¿Te importa?

—Sí, ya estoy harto de todo, no aguanto más.

—Bravo, Antoine, bravo, lástima que no estés dotado para el teatro. La verdad es que nunca fuiste dotado para nada. Yo esperaba mucho de ti, pero… sólo engendraste una hija y quedaste incapacitado para engendrar más. Siempre un cobarde y viviendo a mi costa, de mi dinero. ¿Qué crees que se perdería si tú murieras?

Antoine tragó saliva con dificultad, pero no bajó la cabeza pese a que le tenía miedo a su abuelo.

—Puedes acusarme de todo lo que quieras, escupirme incluso. No he sido nunca nada y sé que nada se perdería con mi muerte, pero tampoco se perderá con la tuya.

—Yo soy importante —dijo, soberbio.

—Importante para ti mismo, sólo eso.

—Yo viviré mucho tiempo, gozaré de todos los placeres y dominaré a mucha gente. —Puede que sí y puede que no.

—¿Pretendes saber más que yo?

—La muerte es siempre una incógnita para todos, nunca sabemos en qué momento puede aparecer. A muchos les ha sorprendido cuando creían estar alcanzando sus más importantes metas en la vida y la irrupción de la muerte las ha segado.

En la mente de Louis Mortemart apareció la ventana de su alcoba en el caserón de París. Recordó a la muerte, encaramada en el alféizar, con su afilada guadaña dispuesta.

La había visto muy de cerca y la temía, no se podía pactar con ella sino con su intermediario, que en su caso había sido Pucel; pero ella estaba libre de romper su pacto en cuanto le apeteciera.

—¿Acaso tú crees que si vas a vivir mucho tiempo?

—He vivido demasiado, por cobarde, creo; pero ya no me importa morir.

—¿De veras no te importa morir?

—No.

—Qué extraño. Lo que más ha importado siempre a los cobardes es no morir.

—Quizás ahora haya cambiado.

—¿De veras? —se burló.

—¿Es que no puedo cambiar?

—Eso ya lo veremos cuando te ponga a prueba. Ahora estarás quieto porque te has convertido en un torpe cojo. Aunque trataras de huir, con ese pie enyesado no lo conseguirás.

—¿Para qué me has traído aquí, para que no pueda salir de este maldito lugar?

—Si no mueres, podrías quedarte como cancerbero de Gehenna, ya que tu curiosidad, tu codicia, te llevó a profanar mi caja de caudales y descubrir este lugar. Podrías permanecer aquí hasta tu muerte.

—Un día u otro se me curará el pie.

—Puedo convertirte en un ser incapaz de huir.

—¿Transformarme en una especie de Quasimodo?

Louis Mortemart se echó a reír con su carcajada cavernosa.

—Magnifico, magnífico, podría ser. Debes obedecerme, Antoine, has de obedecerme como todos. Para mí no significas más que un Mortemart castrado, tu muerte no va a afectarme lo más mínimo.

—Hablas como si tuvieras todos los poderes en tus manos y yo te he visto agonizante, suplicando vivir.

—Sí, y también me has visto asesinar y te has convertido en mi cómplice. ¿Por qué lo hiciste, Antoine, por qué? —Volvió a reír—. Siempre has sido un imbécil.

—¿Y Joana?

—Ya te lo he dicho, está arriba, con un tal René.

—No sé qué es lo que te propones, pero yo no quiero ser más tu cómplice.

—¿Y qué harás, contárselo todo a la justicia?

—Sí.

—¿Confesarás que ocultaste el cadáver de *madame* Brouet en el sótano de la casa?

—Sí, tuve miedo. Pensé en ti, en lo que sucedería con la intervención de la justicia en las malditas hipotecas del caserón.

Dispuesto a todo, Antoine se alzó de la butaca y, cojeando, se dirigió hacia la puerta de salida. La abrió e, inesperada y sorpresivamente, apareció ante él un personaje que no esperaba ver en aquel lugar.

—¡Andrea!

La negra senegalesa, de elevada estatura y cuerpo elástico, tenía los ojos encendidos. En sus manos estaba la gran hacha afilada.

La levantó ante el aterrorizado Antoine Mortemart, la volteó ligeramente sin que él hiciera nada por impedirlo, y descargó un feroz hachazo sobre la base de su cuello.

Claire, Diana y Adeline presenciaron el espantoso crimen sin decir nada, sin siquiera parpadear, como si nada estuviera sucediendo.

La sangre brotó del cuello del viejo Antoine mientras éste caía de lado contra la puerta y se deslizaba hasta el suelo, vomitando sangre en abundancia.

Andrea alargó un pie y pisó la cabeza de su víctima. Volvió a levantar el hacha de enorme y pesada hoja y la descargó de nuevo, asestando un tremendo hachazo al cuello del viejo al que había estado sirviendo durante largo tiempo.

—Bienvenida a casa, Andrea. Veo que tú también haces pactos con Pucel —dijo Louis Mortemart, sin lamentarse por la muerte de su nieto.

Capítulo XXI

SE abrió una gran puerta en cuyo centro también campeaba la máscara satánica. Al abrirse las hojas de pesada madera, sonaron los móviles de huesos humanos que colgaban del techo. Allí había varios móviles.

El recinto era una capilla satánica, el corazón de Gehenna.

Las paredes estaban llenas de Ídolos de muy distinta clase pero todos satánicos. Procedían de distintas religiones, de ignoradas y lejanas civilizaciones.

El aire olía a extrañas hierbas desecadas y reducidas a polvo que caían sobre un carbón encendido. Ardían velones negros junto al altar de piedra negra, alargado.

En la pared frontal había un espacio en blanco, en torno al cual aparecían distintas figuras de diablos y seres humanos que destacaban por la rosada blancura de su piel. Aquellos humanos semejaban inmersos en una orgía satánica en la que participaban voluntariamente.

Sobre el altar yacía el cuerpo de René. Tenía los ojos abiertos y semejaba despierto, pero su pecho no se movía.

Andrea estaba junto al altar, con el hacha en su mano. Se escuchaba como un rumor sordo que parecía brotar del subsuelo del palacete.

Louis Mortemart entró en la capilla satánica. Avanzó hasta situarse junto al altar, miró a Andrea y le dijo:

—Vivirás mucho tiempo, gozarás de los placeres, pero deberás servirle siempre.

—Lo haré —dijo la senegalesa de alta estatura.

Se volvieron hacia la puerta. Los móviles semejaron agitarse solos, los huesecillos entrechocaron provocando la tétrica musiquilla.

Por la amplia puerta abierta de par en par, aparecieron las

mujeres. Delante iba Diana, vestida con una túnica negra. Tras ella, Joana, con túnica blanca, los cabellos sueltos y bellísima pese al patetismo de su rostro.

Seguían a Joana. Claire y Adeline, también con túnicas negras. La llevaban como una novia obligada al altar. Louis Mortemart sonreía satisfecho de lo que consideraba un triunfo.

—Joana, vamos a casarnos en esta capilla dedicada al culto de Satán donde Pucel, uno de sus principales siervos, celebrará la ceremonia.

—Jamás —replicó ella.

—Te casarás, aceptando o no, da lo mismo, aunque preferiría que fuera de buen grado por tu parte. Si tienes miedo al parentesco, no temas, estoy demasiado lejos de ti. Nos uniremos y me darás hijos varones que perpetuarán la estirpe de los Mortemart.

—Jamás, antes prefiero morir.

—No morirás. Ahora haremos el sacrificio a Pucel, para que se digne presidir esta ceremonia de unión entre tú y yo. Cuando termine estaremos unidos, te guste o no. Me obedecerás ciegamente porque yo gozaré de la protección de Satán. Diana, toma el hacha.

Andrea, la negra, entregó el hacha homicida a Diana, la cual la cogió entre sus manos. Después, miró interrogante a Louis Mortemart.

—Córtale la cabeza a la víctima del altar.

Diana vaciló. Fue Andrea quien le apremió:

—¡Obedece!

Diana levantó el hacha por encima de su cabeza. Sólo tenía que dejarla caer para provocar el tajo en la garganta de René, que yacía sobre el altar de los sacrificios.

El hacha se movió en el aire, pero la dejó caer sin golpear en ninguna parte. Diana fue incapaz de asestar el temible golpe.

—Andrea, hazlo tú —ordenó Louis, irritado.

Andrea tomó el hacha de las manos de Diana y, con seguridad, descargó el terrible impacto. Saltaron chispas al chocar el acero contra la piedra negra tras corlar el cuello.

Rápidamente, se produjo como una neblina densa y tras el altar, después de que la neblina se disipara en medio de un enloquecimiento de los móviles de calaveras, apareció Pucel, sonriente y satisfecho.

—Estaba harto de mover este cadáver —dijo—. Era más cómodo mover el cadáver de la muchacha llamada Vivi.

—Pucel, estamos aquí para que unas a Joana, esta joven hembra, conmigo.

—¡Yo no quiero esa unión, no quiero! —chilló la muchacha.

Trató de huir, pero Claire y Adeline la sujetaron, luchando con ella para impedirle escapar.

—Si persistes en tu actitud de rebeldía, haré que te sujeten al altar de los sacrificios —amenazó Louis.

Los ojos de Joana fueron de unos a otros y al fin, suplicante, gritó:

—¡Mamá, ayúdame; ayúdame, mamá; soy tu hija, ayúdame!

—Es inútil, Joana, nadie va a ayudarte —le dijo Louis—. Mi parte del pacto, a cambio de los beneficios que recibo, es entregarle almas a Pucel para que él, a su vez, las entregue a su rey y señor. Yo extraigo, pongo a flote vuestra maldad y cuando he conseguido un alma digna de Satanás, la sacrifico, de este modo impido toda posibilidad de redención. —¡Tú eres el asesino de todos los cadáveres que hay arriba!

—Son sacrificios, querida, sacrificios. Pronto tú me ayudarás a conseguir esos sacrificios.

—¡Jamás!

—Eso lo dices ahora, pero verás cómo te acostumbras a tu nueva y fascinante situación. Ahora acércate, por las buenas o por las malas.

Pucel empujó el cadáver de René fuera del altar y éste cayó al pie del mismo.

Louis Mortemart ordenó entonces:

—Diana, tiéndete en el altar de los sacrificios.

Diana, en silencio, sin rebeldía, hizo lo que se le ordenaba. Se tendió sobre la piedra negra y fría, boca arriba.

—¡Mamá, sal de ahí, sal!

—Ahora vas a aceptar unirte a mí en honor de nuestro amo Satán, matrimonio que celebrará Pucel en su nombre o Diana será sacrificada.

—¡No te atreverás!

—Andrea, sacrifícala.

Andrea se colocó como la vez anterior, su elevada estatura

quedó más realzada. Elevó el hacha y los ojos de Joana brillaron de angustia, de desesperación.

—¡No, no, basta!

Se arrodilló, volcándose hacia adelante, convulsionada por los sollozos.

—Acércate, Joana; acércate si no quieres que tu madre sea sacrificada en vida. No te entristezcas, será para ti un gran honor que la estirpe de los Mortemart prosiga.

Tuvieron que ayudarla a aproximarse al altar; Joana estaba derrumbada.

—Podrás violarme, pero jamás te daré un hijo. Antes me mataría que alumbrarlo.

—Claire, Adeline, soltadle las manos. —Miró a Joana y le habló tratando de ser convincente—: Ahora todo te parece horrible, pero… El tiempo te ayudará, el tiempo y otras cosas.

—¿Qué sucede aquí?

Todos miraron hacia la puerta. Con el casco en la mano estaba el aturdido joven, que no había podido llegar lejos con su motocicleta.

—¡Maurice! —gritó Joana.

—Andrea, mata a ese hombre —ordenó Louis Mortemart, tajante.

Andrea, armada del hacha, descendió hasta Maurice y Joana le gritó:

—¡Te va a matar, reacciona, te va a matar!

Andrea descargó un hachazo en horizontal, tratando de cercenar la cabeza de Maurice. Éste se agachó a tiempo y el hacha pasó por encima de su cabeza. Luego él replicó con el casco, golpeándola en la cabeza.

Andrea replicó, tratando de alcanzar a Maurice con el hacha sin conseguirlo. Los golpes con el casco la derribaron y se dio con el borde de un escalón, partiéndose la nuca.

—¡Maurice, Maurice! Dios mío, gracias, gracias que has llegado; esto es una ceremonia satánica, ellas están hipnotizadas.

Maurice se acercó a Louis Mortemart y le ordenó:

—Deje sus mentes en libertad.

Louis Mortemart le miró con desprecio y luego se rió de él.

—Estúpido, te mataré con mis propias manos.

Louis Mortemart se lanzó contra Maurice tratando de cogerle la

garganta con sus dedos acerados. Consiguió hacerle unas rozaduras, pero Maurice replicó y se entabló una feroz lucha entre ambos.

Maurice respondía, pero Louis Mortemart parecía albergar la fuerza de Satán en su cuerpo.

Joana vio con terror cómo Maurice caía y Louis Mortemart se lanzaba a su garganta, dispuesto a destrozarla mientras los huesecillos de los móviles entrechocaban ruidosamente. Joana vio el hacha todavía en manos de la muerta Andrea, la tomó y se situó junto a Louis Mortemart. La alzó por encima de su propia cabeza y descargó el terrible golpe.

La cabeza del malvado Louis Mortemart rodó limpiamente por el suelo. Sus ojos quedaron abiertos y, sorprendentemente, consiguió articular:

—Pucel, ayúdame…

—Lo siento, Louis Mortemart, yo no controlo a la muerte.

De algún rincón de la capilla satánica surgió la muerte volando con su capa hinchada. Tomó la cabeza caída entre sus dedos esqueléticos y prosiguió su vuelo, desapareciendo por la puerta.

Cuando Joana y Maurice miraron hacia el altar de los sacrificios. Pucel había desaparecido.

En aquellos momentos, un viejo tambaleante penetraba en la librería hermética, haciendo sonar el macabro móvil de calavera, cuyo sonido le inquietó.

—Un momento, caballero, enseguida estoy con usted para servirle en lo que desee —dijo la voz de Pucel, surgiendo del fondo del misterioso establecimiento, mientras el móvil seguía sonando, sonando, con su tétrico entrechocar de huesecillos.

FIN



Rafael Barberán Domínguez (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudett o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos sólo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olimpic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, Cinco mil dólares de recompensa, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.

Notas

[1] *Locución latina, significa*: el hombre es un lobo para el hombre. <<